

936 Para la Biblioteca
Nacional

El auto

Jorge Fernández

Antonio ha sido una hipérbole



**Prólogo de
Benjamín Carrión**

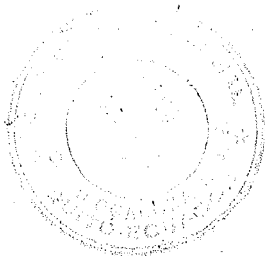
**Carátula de
Gonzalo E. Bueno**

Editorial E L A N

Es propiedad del
autor.

TIP. L. I. FERNANDEZ

QUITO - ECUADOR



Jorge Fernández

«...Y se acabarán todos los hombres? Serán ya inútiles los inventos, la ciencia, los nuevos descubrimientos, se perderá todo?»

(Pregunta del «muchacho moreno, de ojos profundos», al Profesor.—Motivos de una Agonía.)

«Para qué inventar? Para qué luchar? Paz en la miseria de tiempo que tiene un hombre....»(Idem).

Jorge Fernández

Exitabilidad nerviosa. Trascendentalismo. Trascendentalismo sobre todo. Y, por lo mismo, una frenética sinceridad de artista y de hombre. Este «muchacho moreno de los ojos profundos», se ha enroscado a la garganta la tortura de la autointerroga-

II

ción. Ante la vida, es una tensa pregunta pascaliana, que aguarda y teme la respuesta. Pregunta que no será satisfecha por ninguna respuesta. Ante el arte, la pregunta que quiere satisfacción «en sí», para adentro; que tenga como respuesta un «está bien», caliente, profundo, silencioso. Que no lo oigan los otros: el amigo, el pasante, el hombre....

Siento la resistencia al elogio, ante este temperamento que puede sufrir con el elogio. Ante este artista al que puede doler la quemadura violenta del elogio. Prefiriera hacerle comprender que he comprendido. Solamente eso. Y así, habré respondido mejor a su pregunta.

Poca literatura. Jorge Fernández, con su fervor de escribir, no tiene—dominador y absorbente—el fervor de leer. Por eso, acaso, se da tan largamente. Se entrega sin regateos de técnica, sin limaduras—a veces despersonalizadoras—de perfección verbal.

Escritor, hasta hoy, de cuentos. Quizás el mejor cuento suyo, el de realización mejor, es su cuento verbal que nos narra—en la plática amistosa—sus momentos de obra, sus obras transfiguradas de productor. Porque este Jorge Fernández de hoy—tan de hoy por su inquietud social, por su manera de encarar la vida—es un romántico exasperado, que no sólo cree, sino que vive «la hora inspirada». Con fiebre física, con momentos extáticos, con fuga literal de la realidad.

El Jorge Fernández que está escribiendo un cuento, tiene los ojos metidos para el alma, y el paso tan ingrátido, y la voz tan lejana, que no lo sentimos con nosotros, cuando está con nosotros. Se intoxica de exacerbación interior, y vive su paraíso

III

—o su infierno—artificial, distante, en crisis de ensimismamiento.

Enfermedades románticas. Claro. Yo digo romanticismo=exaltación. Y eso, ha de haber siempre. Fernández es un romántico de hoy, con las inquietudes de la hora del mundo, exaltadas al frenesí romántico.

Sus temas: de excepción, de uno por ciento, quizás de uno por mil en la vida. Pero, como hay varios modos de ver los casos de excepción, Fernández les ha abierto sus grandes ojos, redondos de alucinación romántica, y los ha hecho más excepcionales.

(Pablo Palacio es el individuo terrible y tranquilo, que va a los casos de excepción con maligna preferencia. Pero sus ojillos nos *dan viendo* con tan criminal naturalidad los casos del antropófago, del pederasta, del Teniente, del ahorcado, de Bienatendino Traumanó que, francamente, nos da la impresión —tan desmoralizadora y perniciosa—de que el antropófago, el pederasta, el Teniente, el ahorcado y Bienatendino Traumanó, son nuestros compañeros habituales, nuestros amigos de oficina y de calle, a los que saludamos todos los días: qué tal?)

Tan excepcionales son los casos de cuento de Jorge Fernández que, cuando se le muere alguno de sus personajes, casi no se lo queremos creer.—Pero hombre, si eso no es posible—. No por falta de verdad, pues él solo pone verdad, su verdad, en los relatos—sino por la excesiva gravedad, casi inverosímil, que asume la muerte, o el amor, o la desgracia, en las humanidades de sus cuentos.

Así, Jorge Fernández tenía que caer en las garras—con la lectura o sin la lectura, yo lo creo po-

IV

sible—del «ensuciador de las cosas puras que aún nos quedaban en la vida», como llamara alguien a Segismundo Freud. O en las garras de los realizadores literarios pre-freudianos o supra-freudianos: Proust, Joice, Heminway, Duhamel o Gide. Y cae. A su manera. Exaltado, asustado. Asustado ante la contemplación interior, deteniéndose con la trágica curiosidad de su interrogación y con el miedo de la respuesta, que la ve venir aniquiladora, amenazante para la destrucción del sueño o de la paz.

Muerto de miedo, se mete en el análisis interior. Con detenida, con morosa actitud. Sabe quedarse con trozos de memoria entre las manos. Retenerlos, hasta hacerles toda la aguda información que necesita. Urgarles porfiadamente el repliegue. Re-vivir lo que ya se ha vivido.

Alguna vez hice mi explicación sobre el caso de Torres Bodet, el más consciente, el más literario de nuestros introspectivos. Torres Bodet hace introspección al mismo tiempo que hace imagen: Giraudoux. El Giraudoux, el de «Provinciales» y «Bella». Lo de Fernández es más inusitado: introspección, análisis interior y, al mismo tiempo, exaltación. Quizás podamos encontrar esto, realizado duramente, en Stefan Zweig. No hay sino que recordar: «La Ruelle au clair de lune» o «Amok».

El caso de Fernández tiene una clara exégesis: su don de curiosidad y su don de asustado asombro. Infancia, pero infancia que perdurará. Infancia que es una actitud permanente. Miedo de la oscuridad y afán incontenible de acercarse a ella, como en los niños.

Dentro de las novísimas corrientes de la literatura ecuatoriana, dos tendencias,—que corresponden coincidentemente, a dos regiones, casi iba a decir a dos ciudades del Ecuador—se acusan inconfundiblemente: la corriente guayaquileña, cruda de realidad en el contenido y la expresión, caliente de intención, dolida de proselitismo, pero fuerte. Literatura viril, «hombrista». Asoma rotundamente en «Los que se van», de Gallegos Lara, Gil Gilbert, Aguilera Malta; se ascendra en José de la Cuadra, con sus cuentos «Chumbote» y los de «Horno». Halla su novelista de novela grande en Alfredo Pareja Diez Canseco. La corriente lojana, más actual, con vértebra humorista, teñida de literatura. Pablo Palacio—la realidad ecuatoriana mayor de la generación *moins de trente ans*—abre el camino. Siguen por allí Felicísimo Rojas, que ya dará su golpe quizás continental con «Banca N.º 17», Mora Moreno, Juan Cueva, Alejandro Carrión, Suárez Burneo, Manuel Agustín Aguirre, el de «Poemas Automáticos».

Cuenca, ha hecho un paréntesis a su marianismo—un paréntesis que ojalá no se cierre—, para ofrecernos casos aislados, como el de Cuesta Cuesta y su «Llegada de todos los trenes del mundo», y Humberto Mata, poeta volcánico.

Quito, con figuras de consideración, no precisa una modalidad, no insinúa una línea; la influencia de Palacio es quizás la más marcada, en los nuevos valores, en algunos de ellos. Aislado, fuerte de lirismo auténtico,virtiéndose al gran cauce de lo social, Jorge Reyes. La gran curiosidad comprensiva y ecuménica de Raúl Andrade. Humberto Salvador,

VI

afirmando una línea muy suya en la novela y en el cuento. Alfonso Moscoso, hombre de humor, de disparate, diputándose para la mejor ironía. Jorge Icaza, inquieto en su realización teatral, línea lenormandiana. Ignacio Lasso, lírica pura, clara, nutrida de imágenes. Alfredo Llerena, el más joven pero no el menor: preocupación científica, reciedumbre literaria.

Entre ellos—todos distintos y distantes—afirma su distancia fundamental Jorge Fernández.

Por su trascendentalismo. Y porque se da más larga, más profundamente. Porque vive su literatura. Sufre su literatura. Me consta que su cuento «Motivos de una agonía», lo llevó quince días a la cama....Y me consta también que hoy, después de haber escrito «Espejismo», tiene un terror superticioso, sin *pose*, por los tranvías.

Cuentista, no rehuye lo argumental, la arquitectura del tema. Acaso, en el arrebatado de la construcción, olvide un poco la forma. Pero sabe hacer cuentos, sabe *contar* en sus cuentos.

Vale la pena de citar la recia contextura de «Antonio ha sido una hipérbole» donde, además de cuidar el tema, ataca realidades artísticas tan fuertes como la del hombre que ve los escaparates, o la escena aquella de la orgía.

Nota nueva en la obra de Fernández, es la tocada en «Tierra del Indio». Es su romanticismo,—con entregamiento total—dado a la aspiración humana de justicia que viente todos los valles y todas las sierras del mundo. Fernández, para hincar su socialismo, para enraizarlo en verdad de emoción, no podía contentarse con la verdad teoremática del ma-

VII

terialismo histórico. Le era necesario transponerlo, en color y en dolor, en sitio y sensibilidad.

Así, él necesitó de la tierra, en operancia nativista, de arraigo, de amarradura. La tierra del camino largo para la andanza indiana, la tierra del sembrío y las bestias domésticas del indio. La tierra del canto triste, del aguardiente triste, de la hembra triste.

Fernández, al atacar el tema indiano, con todo de darse enteramente, hace un logrado esfuerzo de objetivación. No está con él, como con muchos, el tematismo de transposición y superposición, que refleja en el indio—en el pobre indio nuestro embrutecido por la injusticia de siglos, por el alcohol y la incultura, la explotación y el tormento—toda la ñoña sensiblería del criollo literatizante y libresco, que anda buscando Atalas y Chactas, Pablos y Virginias, entre los aborígenes a los que hasta les aplican todo el trasplante ridículo del lago, de la honra y de la luna....O—y esto es el colmo—lo hacen vivir en desconocidas provenzas mistralianas, de traducción barata, con todos los bucolismos de Mireya, y el tomillo, y el aprisco y las zagalas....

Hora es ya de reaccionar contra esa falsedad mala y dañosa, que nos ridiculiza hasta como pueblo. Que nos mantiene en el *pastiche* que huele a enmohecido, de puro viejo. Hora es ya de ver y sentir el tema indiano no con el ojo y el sentir turista, ni con la falsa y malsana curiosidad del buscador del «documento humano».

Que escriba indianismo quien sepa y tenga la fuerza de comprender al indio en plano de humanidad igual. Sin la aspiración caritativa del protec-

VIII

cionismo legal o de la conmiseración social, que apes-
te a perfume de fiesta de beneficencia. Quien pue-
da tener rabia ante la verdad, porque la sabe, la
siente, puede apropiarse de ella.

Buenos intentos, ejemplarizadores, honrados, ru-
damente sinceros, los de Fernando Chávez, en «La
Embrujada» y «Plata y Bronce». Fernando Chávez
a quien reclamamos—más ahincada, más objetiva,
más entrada en carne de verdad—la novela de nues-
tro indio nordesteño, con superstición y con lagunas,
con gamonales explotadores, con mayordomos y prios-
tazgos, con curas, ponchos de color y borrácheras.

Logro de angustia y fuerza, justiciero y román-
tico, el de «Tierras de Espanto», de Enrique Terán,
gran temperamento revolucionario, noble realizador
de arte con inspiración y sentido proletarios.

Jorge Fernández nos da un buen contador de
indianismo, en su cuento indiano de esta colección.
Nos gustaría verle insistir en el propósito. Su fuerza
de romanticismo, que él no se preocupa de embri-
dar—y no le hace falta—tendría buen campo, ancho
para la correría.

En el pleito—actualizado por Emmanuel Ber-
desde «Les Nouvelles Littéraires»—, de las dere-
chas y las izquierdas en literatura, y de su posible
coincidencia con las derechas e izquierdas político-
sociales, hombres nuevos—así, nuevos por la aspira-
ción a realizar obra nueva—como Jorge Fernández,
se sitúan en un plano de izquierdismo total: de
contenido y de técnica. Pero estructurados mental-
mente, conformados integralmente dentro de un mun-
do de ideas remozadas por el ecumenismo justiciero
en lo económico y lo social, dan preferencia al con-

IX

tenido, aún cuando falle en ocasiones la técnica. fuerte aún de siglos retóricos y preceptivos.

* * *

Detesto el elogio al cuenta-gotas. Detesto la exaltación irreflexiva y bombástica de los clanes literarios y artísticos, sin probidad ni vergüenza. Me parece igualmente nociva la posición magisterial del que—sin obra en que basarse, fuerte sólo de su posición de eunuco, irremediable—concede misericordiosamente la vida a los hombres que vienen a empujar la misérrima realidad artística nuestra, para la nueva y audaz edificación. Y la del que, con ínfulas de anunciador, nos promete a cada paso apariciones geniales, que hasta hoy no hemos visto confirmadas.

Yo quiero que se lea, con intento de sentir y comprender, a este Jorge Fernández que ha escrito tantos buenos cuentos antes de tener veinte años. Que en esta tierra de las notabilidades de plática y coloquio, de charla plazuelera y mal chiste de esquina, se lea esta obra sería, noblemente ambiciosa de ser. Obra de hombre nuevo, que no rehuye los pasos humanos por entre la letra, y que tiene derecho a estar seguro de su intención y de sus dones.

El Ecuador está haciendo hoy, recientemente, su literatura. Tierra hasta hoy pobre de letra, que se contenta con recuerdos viejos de medio siglo. Aquí no hay veinte años válidos de literatura.

Nadie tiene derecho, aquí, para cerrar las puertas. Para abrirlas. Menos para entreabrirlas. Jorge Fernández sólo podrá ser enjuiciado, literariamente.

X

te, por sus pares. Sus pares en edad, en tendencias, en posibilidades. Le pido no reconocer a nadie más ese derecho.

Jorge Fernández,—y poco antes que él, y poco después que él,—una escasa decena de hombres jóvenes, están haciendo la inicial de la literatura ecuatoriana.

Benjamín Carrión.

Diciembre de 1932.

Jorge Fernández

Antonio ha sido

una hipérbole



Cuentos

Quito.
América del Sur.
1932

*A ustedes, papá y
mamá, con todo cariño.*

Jorge.

Espejismo

¡ La Tierra !

Hoy he visitado donde está su realidad; donde son bien hombres los árboles; donde el viento sirenal está alejándose siempre y pasando junto al umbral de nuestro tacto se aleja saludándonos con su pañuelo blanco de polvo. Todas las praderas descubiertas el ombligo y el sexo de las cosas, generoso y a todos, no nos atrae. La emoción es tan clara!.... quedo desnudo a la tierra, descuartizado, con los miembros hacia todos los horizontes; así extendido, con las extremidades a lo largo, quemaré más mi carne con el fuego jugoso de la naturaleza.... Y juegan los ojos: a las pupilas he saturado de la periferia de los cuerpos. Hay un tacto de infinito y de nada: la naturaleza hacia mí en su rose lejano; la victoria de su vientre florecido empuja a crecerla; el deseo amontonándose en mi pecho; y esa calma atrevida de la naturaleza que sonrío poderosa. Quisiera poseerla.... pero es tan grande....

Con un grito inmensificado, pondría inaudita mortaja a la tierra; quizá destruyera la pretensión de su sabia; quizá desmintiera su solidez; pero mi grito solo a irrumpido hasta donde va el poder de mi pecho. Esta estructura de hombre, aquí, unánimemente sola ante tierra que desafía, es escasa e indefensa. Un hombre, es sólo un hombre....

Este eucalipto será el confidente de mi ambular ilimitado; a él vine a dar mi voz cansada de la ciudad. No me oye. Juega con el viento que masturba sus hojas. Como un poseso se inclina, huye de su verticalidad asombrosa, hasta querer rasgar su vientre de madera. Mi contacto hacia el árbol se ha estremecido. Yo adivino que este árbol se alimentó de el cadáver de un hombre: ¡entonces es un antropofago capilar!; tengo horror de mí ser; ahora tengo conciencia absoluta de la animalidad e inteligencia de aquel *homo sapiens* que encontré en la escala zoológica. Debería vengarme de este árbol, que ha devorado sin huella a todo un hombre.

Este cansancio desolado me hace huir a la ciudad; a abrigarme de otros hombres, a solidificar la especie.

Es ya la noche. Las primeras casas de la ciudad saludan mi presencia obsecurecida. Las primeras sombras secciono con miradas febriles. El viento ha seguido mi rastro y este paría descalzo, hoy envejece la juventud de la noche. El viento ha pasado silencioso por mi lado: un día menos. Ahora que no hay pupilas a mi contorno, quisiera reconstruir mi vida, homogeneizar mi materia y tener un hermano; un hermano idéntico, eso sería dos emociones hermanas, dos gritos que se confunden; restándonos surgiría un cero absoluto: cuánta belleza habría en esto.

Soy un vértigo en medio de la soledad. Las seis de la tarde. Esta hora, como una exclusiva que se abre y pasa la barca de la noche. Soy marino en un viaje sin olas y mi grito inhábil, sin tangencia, he aldabado en una entrevista al silencio.

Las calles. Como siempre. Cruzadas y estrictas. Que impotentes figuran estas calles vacías y obscu-

ras. Los pocos hombres que andan, recojidos, apagados, son más evidentes, más transeuntes; la estela de sus cuerpos bañados de escarcha va tejiendo: soy pasajero del tiempo.

El silencio y la silueta han copulado entre las calles anohecidas. Se besan sin confundirse. Complementan sus estructuras sin plasmas. El silencio viene como un fujitivo; al temor de ser delatado, asalta. No tiene garras ni musculatura. La mirada hierática del silencio oprime. Si fuera hembra, sangrara al besar y nos exprimiera. Es tan elocuente el silencio. La silueta es el silencio de la materia. Grito de líneas. La forma y su claridad.

Al andar extrangulaba la perspectiva de las calles. Se abrían. Sentía pesadamente su paralelismo delineado mi fe vagabunda. De este graboso intento de la simetría hay que huir. Pero todos los contornos gravitan en su unidad: calles. Correr como la hoja seca arrastrada por el viento: voluptuosa, dejándose. Razonar como lo hiciera la primera golondrina: bonito lugar, pero hay que irse. Así, olvidando que los hombres tenemos en la humanidad nuestra cárcel.

Los «Cafés» expendían hacia el aire, las notas blancas y gastadas de sus pianos. La gente tenía, en sus rostros como una mueca, untada la costumbre de oír: su emoción estaba perdida talvez en una ventana que dejaron, o junto al lecho en que van a dormir. Esa es su emoción cuerda y metrificada; distribuyen y saben siempre su hora emocional. Tangos, fox, vals, desprendese al espacio como gotas pesadas; toda su agilidad vaciada en la cerveza y el vino. Hay un conjuro de voces, gritos y victrolas. Yo me pierdo en este griterío y debía tener la apariencia de un ejemplar

prestado para una colección. De algún lugar, surge cristalina esa entraña y triste « Chanson Indú ». Todo cambió. Pude haber sido creado o increado, pero era propietario de mi emoción. Las imágenes urbanas se perdieron; mi retina se tornó oriental; solo oía. El viento azotaba mis cabellos que flameaban crispados; a esto, no abrigaba mi emoción: lo hacía el viento de la calle. Ese café era mi llegada y el retorno melancólico.

Evocar.

Yo andaba. Me abraza un júbilo infantil: era tan grande; había una alegría inédita apretada en mis dientes: habría querido ser un canto para aplaudirme. Estoy cerca de aquel « Café ». Es más nítido el sentido de carne y de templo que entraña esa música. Voy a entrar. Frente a la puerta, la figura obesa de la dueña; tenía el rostro desfigurado, sus ojos rojos y desorbitantes. Pienso que esta mujer emocional hará estallar la melodía. No. Ella está lejana, embrutecida, bárbara. En sus manos tiene a un niño y lo azota.

Vete a dormir, holgazán! Un grito sin eco y sin compás. Esta mujer que desnudaba en un instante religioso su salvajismo de madre, me descompuso; tuve miedo y no me atreví a entrar. A pesar de todo, la música está intacta, grandiosa, intachable. Pero ya no creo en ella y no la siento hacia mí. Resucité de sus escalas! Me alejo derrotado, crucificado hacia el hombre mismo que soy yo. Que mi derrota no sea conocida; por eso he arrimado la cabeza hacia mi pecho de hombre marginal.

Tomo la calle a lo largo; lento, inervado. Me he llenado de fastidio hasta nublar el deseo. Tengo

una sola conciencia: la de los ojos que miran de frente. Me doy cuenta que todo está conmigo; extremidades inferiores, tronco, brazos; todo, todo sin faltarme nada; y esto me pesa, no por cansancio, sino por la terrible animalidad de llevar el cuerpo a todas partes. Veo que mis piernas, rítmicamente se atrasan y adelantan; que extrañas me parecen; si también sintieran con un alma de brazo o de pierna..., no estarían tranquilas. Se ha desarticulado el cerebro de su pedestal. Hay ratos que sólo debieran ir los sentidos.... pesan tanto las cosas.

Al atravesar la bocacalle, corrió violento hacia mí un grito sordo, estridente: — ¡Cuidado! — Tenía incrustada la palabra resbalosa de baba, con la sensación de un hombre dormido a quien le gritan en su lecho: *Incendio*. Un ómnibus bajaba la pendiente, y habría sido capaz de atropellarme. Tomo la acera, impaciente. Detesto a aquel policía que gritó. Sus palabras uniformadas correspondían al cumplimiento de su deber. Qué extravagante. Un grito para salvarme la vida. Me gusta que nadie intervenga en mis cosas.

* * *

Extenuado, me perdía en el anhelo nocturno, en mi piel quedaba grabada la noche; maravillosa obscuridad. Yo adoraba la noche.

, el hombre
innumerable

I

Sentado al escritorio de la habitación está un hombre; los dedos largos y pálidos incrusta nerviosos en sus cabellos deshechos. La expresión de su rostro disecado es angustiosa; tiene una sonrisa prendida en sus labios: remotamente irónica, estatuaria; tanto tiempo está ya, ese modo de sentir en su sonrisa.

Hacia sus ojos lívidos están dos fotografías: dos mujeres casi idénticas. Momento en que la más sencilla intimidad de su retina y su cerebro, están ocupadas en adornar nemóticamente a las dos mujeres; por ello, cualquiera diría que hay avidez en sus miradas. Y no acierto a dilucidar, si sus dedos son la continuidad emocional de los ojos o si en los dedos están sus muelles psicológicos; esos dedos crispados que palpan a la mujer que fue motivo del mínimo instante de una cámara obscura; todo él, poseído de un espasmo cercano; sus dedos tiene una carcajada brutal; ríen sus dedos implorantes de la espléndida venustidad de esa mujer; las caricias son fuertes, mór-bidas, tal que si poseyera con sus dedos trémulos, toda la carne y la vida de la mujer estática en la placa.

—Mi hija. Si...te pareces tanto a ella, tu madre. Murió al dejarme a tí y sin embargo, no me

dió una hija, tengo su cuerpo y su existencia en tí; eres ella, ¡jella! Oh Marta, aún vive tu carne....

Pasea la alcoba a pasos lentos y largos. Su rostro alcaloidal es extraño. Los ojos incendiados quieren irrumpir los muros; yo presiento el sentimiento de sus ojos, interferenciales entre lo inanimado y la vida: creen que los muros de su pieza, tienen vida, y organizada. Son acción de los seres, a cuya ocupación asalariamos con los cuadros y retratos de las novias; en las paredes está lo que somos estéticamente. Tienen la única perennidad del ser. Esto que pensó, dió un instante de vida a la pared; pero ahora que sus ojos estrábicos, tienen en su fondo un infinito, esa pared volvió a morir y se encarga el viento de enterrar su perennidad.

Este hombre. Vicioso. Extenuado. Lejano. Desde la muerte de Marta, su esposa, su vida era una circunferencia exacta de vicio. Olvidar. Clávar en el corazón de todas las mujeres el loco despecho de su vida. Porque sus neuronas tenían una suerte de plasticidad hacia su único recuerdo; porque todo lo que había en él de creer y pensar más, quedó estratificado por la simplicidad de una muerta; que hombre tan absurdo: su pasado se adelanta a todo su futuro; pensaba en cuando la poseyó, y se enardecía, y brillaba; la deseaba aún y tenía un conflicto celoso hacia los muros testigos de toda su desnudez. La carne magnífica de Marta había fugado; estaba prendido de una vehemencia sexual inextruturada; ¿qué era ello? ¿actual? ¿momentos por la acción de las drogas? Su cerebro descompuesto, tenía el sólo recuerdo sexual. Palpó el cuerpo íntegro de la muerta al amortajarle. Tenía aun calor. Se dejaba tanto...inmensamente muerta e inmensamente suya. La

, el hombre innumerable

maldición de sus manos estaba engrandecida: ¡su hija! La hija de Marta.

Los pasos se precipitan a ratos por la alcoba; tiene el rostro sudoroso. Está encendido, lúbrico, vibrante.

—Oh, hija. Es mi pecado tenaz. Eres un deseo al margen de mi pasado. Tu caricia inocente me destruye. Quieres como lo hacía ella, tierna y toda. Mis besos que dices que te ponen triste. No sabes: no adviertes. No son a mi hija; ¿a ella?; no, no existe; no me siente; no puede....

Tiene un enloquecimiento inaudito; Los mismos huesos forman un alarido. Pero él ha caído; es posible que triunfe en él, el principio del desequilibrio vital. Sus miembros están todos deshechos, diseminados y caídos. La marchitación tiene su espectro: ahí está. Entre los párpados cerrados, parece estar atravesada una interrogación.

Ahora, él duerme; desde la sombra de su cuerpo, él da a luz un sueño; es tanta mi intimidad con su cerebro, que ante él soy un celuloide donde va impresionando su sueño. Yo me preparo, taquígrafo o inhibiente. Entonces, él sueña:

II

Noche. Todos los colores ennegrecidos en el pecho salvaje de la noche. Y en la alcoba toda la noche. Se ilumina por la parte superior de la pared con luz indirecta, que cae transversal, hacia el vértice

opuesto. La luz surge al derramarse, en cascada angulosa. La pieza está dividida. Sombra y luz. Se podría seccionarla.

Están él y ella, de frente.

La luz también los divide; emergen los bustos y los brazos decapitados. Son dos florecimientos de la sombra y sus sombras, están vencidas, dobladas hacia la pared. Hablan. El tiene fuerza y ardor. Ella, recogida y mística.

Son cuerpos opacos encarcelados en un pesar. Una emoción y una vida. Ahora la tiene en sus brazos. Sus labios secos e inhumanos murmuran:

—mujer....

Quizo ella decir algo; talvez: ¡Padre!, con una exclamación de sus entrañas vírgenes. No tuvo aliento y su grito enterrado, alcanzó a subir a la azotea del viento.

Era un Dios infernal desgredado y abatido. Su figura monstruosa, enardecida, desgarró todo el pasado y desde los pedazos de su carne fermentada, pedía a la mujer idéntica a la de ayer. La súplica enferma, íntima el alma de la mujer silenciosa. No más; no es posible más, su sueño maldito irá hasta el fin. El es un hombre innumerado en la especie, por ello concluirá todo esto, que no es más que un adjetivo situado antes de su cadáver. Si él pudiera presenciar todo lo que va después de su vida. Si él creyera en las sombras, si amara a las azoteas y a las torres; si él no habría desmentido la inmolación de un ser legendario; es que éste hombre sólo cree en los postes y en las ondas; cree en los inertos y ama los ceños de todas las cosas que crean. Por

ollo, es tan frío y tan duro; El, que ama a la naturaleza que hizo dos seres iguales; su hija fue su mujer, pero hoy su mujer, puede ser su hija; él desea, y esta acción de la sangre es lo que le ha maravillado. Pero no sabemos si esto piensa un instante, o es que todo él piensa esto; al fin, él ya está como todos

...y recostada, sangrante, sacrificada, ella

...el hombre de rodillas, inhábil y postrado. Sus ojos rojos, aterrados y simples. Sus miembros humillados, se desvanecen, o puede estallar la órbita de su cuerpo. Este ser tumefacto, simplificado, es el animal elevado a la potencia hombre.

Meses después. Sus pasos monótonos suenan como lamentos de la alcoba.

—¿Qué he hecho? Oh, perdonadme Dioses del Mal. Castigable locura. Pero, ¿por qué?. Ella es una mujer. Sí, mi hija, pero una mujer. No es verdad el pecado. Acaso, entre ella y yo, somos formas inaccesibles? Dos vidas elaboradas como cualesquiera otras, por el mismo hecho. Somos el fenómeno de dos hechos sexuales, que reclaman su identidad natural, Incesto? No. Nunca. Si al nacer se habría perdido, y al encontrarla mujer más tarde, la amaba, ella habría sido mía. No tenía mayor importancia la comunión de los sexos. Por ello nacemos. Es esa la vida.—Pero quien grita hasta ensordecirme. ¡Callad! Quién es? ¿de dónde parte la queja?—La paternidad es un hecho sexual. Muchas veces, pünible hecho sexual. Habrá una falta biológica. Sí, sí. Eso es. La misma sangre. Pero no deseo otro ser, y por qué he de ocuparme de la especie. ¿Moral? Ja. Ja. Ja. Quién puede decir tal.

Quién puede clasificar los actos buenos y los malos. El bien; el mal. Dónde está eso? Quién lo dice? Como se puede decir, esto es bueno: yo lo conozco! Lo malo, es lo que a los hombres les afecta; lo útil, es lo bueno. Pero para cada uno de ellos y lo que son sus vidas. Esto no es la verdad definitiva. Mañana, este mal no será. El bien y el mal. No es posible separar a los hombres en estas especies, desarticulándolos por sus actos. Al principio y al fin, el bien y el mal, son prejuicios fundamentales, simientos desde donde está elevado el edificio carcelario de nuestras conciencias y nuestras acciones. Todo hacemos creyéndolo; porque ha de ser malo ni bueno. Los hechos son. Es ese el desnudo de la vida. El hombre es; y vacío, y solo. Es la unidad. Se estructura por sus necesidades a constituir su conciencia. Esto es virtual, relativo; un ser, un hombre. La cosa vital. Una circunstancia biológica y el individuo ya, lo formal. La verdad está perdida. Quizá se halle en las moléculas del ser. Sería la verdad biológica.

Su figura está clara y admirable; los pasos acortinan el silencio. El muro elevado de la noche roba todos los horizontes; su obscuridad absoluta, sustrae todas las formas. Silencio en las cosas. Silencio en la vida. ¡Silencio e infinito! Este hombre envejecido se ilumina de la noche. Las pupilas contagian su claridad y su sorpresa.

—Es que no la deseaba como ella? Está hecho y me encuentro deshabitado. Informes mi ansia y mi deseo. Nada. Tanta nada, y ni siquiera la nada es absoluta, porque no llora la nada. Ya no puedo creer en la existencia. Vivimos porque se nos ofrece la vida. Por un hecho. Cumplido el deseo

ahorca el astío. Qué dice ahora ella? Me odia, yo pienso. Pero odio que no es suyo. Es su egoísmo. Le he robado quizá, lo que ella llamaría su felicidad. Su sociedad le señalará: ese es su odio. Ella mismo, su carne, no; soy un hombre ante su sexo. No es más. Entonces, ella como otros, llorarán a la muerte de alguien, por ese mismo egoísmo, porque entienden que también será ese su fin. Es que ante la muerte, comprendemos nuestro fin y tenemos miedo; ¡morir! A ese terror se oculta en la religión que quiere engañarnos con su bienestar supraterreno; lo que hacen es alagar a la tumba. No creer en el sepulcro el final de la vida; creer en una suerte de vida cósmica. No pensar en la podredumbre, en el cuerpo tumefacto y sencillo que nos da terror y náuseas; desvirtuar que nuestra forma humana ha de perder su belleza. Contentarnos, eso es, contentarnos. Ignorar, de miedo a la verdad. Egoísmo profundo y legal. Nadie imagina su espectro. Aquella fiebre lenta y quemante que aturdiría mi ser, ha desaparecido. Ella no era mi deseo; fue Marta. Pero ahora presiento toda su mortalidad. En el mensaje de carne que portaba tu hija, y a la sombra de su carne, traducí mi pasado; mi ser es el cofre de tu cuerpo, que sólo se halla insepulto.

Habíanse sucedido largos días desesperantes para el hombre. Este hombre; esa vida; la miseria infecta de su alma.

Ella está tendida en la cama. Sus quejidos son vagos y laguidecidos: pálida; siniestra; su dolor es todo el dolor de la humanidad: ya gritará la herida, como ha estado haciéndolo siempre; parir; el canto inmortal de la especie, la potencialidad vital. Los

dolores la hacen agitar; el ropaje es un hacimiento de sábanas y brazos, piernas y cuerpos.

El está trémulo y espantado; la acción biológica de su pecado está presente. Enloquecido, no puede encontrar el centro de su ser; quiere integrarse, completarse para poder suplicar.

—Ahí, tú. Deformada, voluminosa. Porque no incendias mi vida, como se encenderá pronto tu cuerpo con la sangre sacrificada a la especie. Sangre. Sangre. La base de todo; tuya, mía y la de nuestro crimen. Sí. La sangre purifica. Dame la tuya, es redención. Dame la sangre que inventó tu forma. Yo veré el ser que llevas dentro y hecho de sangre; de sangre. La mía te di dos veces; la tuya fluirá una.

Su voz ronca y embrutecida, vibraba toda como un trueno.

—Yo cantaré tu sangre. Ves? Con esto.

Brillante, enardecido, fue a la mujer y hendió un bisturí en el pecho; la carne cedió sin esfuerzo; de la herida enorme brotaba sangre roja y quemante; el rostro del hombre se edificaba, sus arrugas seniles iban restaurándose; el reflejo de la sangre que recogía en una fuente, tendía a vigorizarle: así, vigoroso al oír bullir la sangre como un canto oriental, leve y humillado, tenía un máximo ardor; danzaba, anguloso, petrificándose. Las venas tributaban hasta agotarse.

—Ya tengo tu sangre. Más sangre. Ja. Ja. Ja. Sangre, vida; tú.

Sus dientes crugían y se despedazaban.

....., el hombre innumerable

La inmolación estaba hecha. Levantó hacia lo alto la fuente llena y dejó que al caer, la sangre bañara su cuerpo.

III

Pero en él y la naturaleza, hoy es la mañana. La luz se entrega a las cosas amanecidas y recientes en el día nuevo. Es indudable que estuvo desnaturalizado. Su sueño criminal y sus manos inocentes.

Acerca del hombre que era todo,
como un tornillo

Jaime, era su nombre. Apenas lo que pude apreciar cuando lo conocí, fue su nombre; y me preguntaba, por qué no pude ir más allá de los límites atmosféricos en que cabía este hombre. Pero pude fijarme que su tendencia, cuando se quedaba parado, era solo la de mirar al Oriente; y no podía sustraerse a esta tendencia oriental; yo lo probé, y me habló de espaldas. Anduve más sobre este hombre, y sólo me quedé teniendo entre las manos, por más seguridad, a su nombre: ¡Jaime!; había fumado un cigarrillo agradable y estaba alegre. El nombre me pareció muy hermoso para este hombre blanco. Es verdad. Su nombre es confetti en los labios de una mujer. Entonces me quedé solito con mi cuerpo, temblando, porque el utrículo prostático, eso de hembra, mínimamente esbozado en los órganos de todos nosotros hombres, lo sentí con una conmoción hibridiscente y admiré lo sencillo que creí, el problema de la intersexualidad. Parecióme que iba tras el último invertido. Un cirujano al seccionarme, habría tenido la verdad. Pero tuve gran egoísmo y no pensé en avisarle a nadie. Soñé en la gloria que había de darme esta verdad si yo la descubría. Pero hubo un drama profundo: el instante fugó y he sido siempre incapaz ante la geografía biológica. Esta primera oportunidad que me daba a crédito la gloria, ida, por no tener a tiempo, a un mismo tiempo, la causa, el fenómeno y siquiera solo, los adjetivos de

los instrumentos. Mi revancha al instante será, vendrá: yo lo espero. Antes, aprenderé geografía y ruta genital. Al nacer creí que había comenzado. No. Hoy me inicio en esta temporada, en que seré el hombre que va a vivir en el vientre de cada creación. Es que cada vez que partimos de algo nuevo se puede decir: Yo no fuí; soy el hombre reciente desde la trascendencia de mi último hecho. Así, tenemos el placer del nacimiento, pensando en lo que vamos a ser, y ser madres, libertos de la maternidad biológica.

Jaime es la portada, a este nuevo hombre que seré desde él.

Este hombre, absoluto en sí, que será más fácilmente cognoscible desde un sistema geométrico, es de ninguna proyección, porque todo queda en él. Las cosas parten de él, y sin haber salido de él, vuelven impetentes con el mundo, como a arremeter sobre él. De modo que su emoción está cultivada en el triángulo.

Nos encontramos por segunda vez en media calle.

— Buenas tardes, Jaime....

— Que tal....

Nuestros dos cuerpos y las palabras formaron un triángulo. Y no se crea que era intransigente; inevitablemente se observaba que su totalidad, desde lo minucioso a lo complejo, pertenecía a él mismo. Yo admiré a este hombre unánime con todo él, de estructura absoluta y terminada, desde no se que umbral que debió pasar. Deduzco que hay ciertas mentalidades menores, en que llegado a terminar su alcance intelectual, subsisten con la misma probabilidad volitiva, que la de sus imágenes hechas en yeso. Dicen lo mismo, por cualesquiera de sus angu-

laciones, con escasa diferencia formal. Este es así. Tiene un molde interno actualizado perennemente, desde donde parten todas sus poses, augustamente idénticas y gemelas. Su única maleabilidad, es centrípeto del medio. Estando en un templo se nota como el Dios y sus oraciones devotamente se dedica. Hubo de ser como los muertos cuando el día de difuntos. El, que vive y que piensa, es tan sólo tangente a la tierra. El es, porque se mueve; y es una verdad, por su cuerpo. Que hermoso: es naturaleza y no es nada. El irá a la tierra, la lavará con el agua de su cuerpo, y así todos los hombres que iremos, redimiremos los minerales del planeta. Que hermoso: somos naturaleza y no somos nada.

Tenía que contarme que era el onomástico de su novia y se le había ocurrido enviarle una carta y un obsequio. Hora interesante para repetirle el amor que ya le había dicho siempre.

Yo no sabía escribir cartas, porque nunca había tenido una novia, y más aún, me faltaba valor para demostrarme en un acto tan solemne.

Antes de escribir presiento en él una gran acción meditativa. Piensa terriblemente. Es que hay que ver cómo piensa. Está purificándose; ya no es él solo, porque está invadido de recuerdos. Puede con la nada que es su novia y que no está aquí. Sí, yo estoy con Jaime; lo veo en toda su magnitud: puede ante mí y yo puedo frente a él. Lo tengo. Esta es la vida; cuando Jaime no está, cuando ha desaparecido frente a mí, está en su otra, la otra vida que no veo y que no existe para mí.

La situación intensa de Jaime, de la que sólo decidirán el papel y la pluma, aquello de la novia,

me invadía hasta llegar a una sorpresa sentimental. Una novia. Dos novios congelándose hasta formar un cristal, que al pasar del tiempo se derrite en otros nuevos seres. A través de mi vida y de mis lecturas, la mujer no tenía más admirativa que la que tenemos ante un cuadro, y que siempre, es otra cosa que nosotros. En mi casa habían muchos de estos cuadros valiosos. Cuando veía a una mujer, irremediablemente, la enmarcaba en donde podía situarla. Qué bella la mujer en el marco de una puerta de calle; qué maravillosa en los campos y jardines; ahí es también naturaleza. Una mujer de ventana, me pareció siempre pueril; medias mujeres en aquellas en que la pared sube a la cintura y al arrimarse, sus senos parecen dos ojos desorbitados y que la más tierna intención es la de esperar con cestos la hora que caen; y aquellas del balcón que no tiene piedad con los vientres.

El matrimonio creía una sociedad que discutía los pedidos de niños y que se regañaban, cuando por culpa de uno, vino malo el muchacho.

Decorativa e indiferente la mujer, hasta cuando no se capta el valor argumental y precioso del sexo.

Ahora, era una novia; y veía a este hombre, sembrado en la novia. La más larga raíz de esta siembra, alcanzaba hasta sólo el pecho. Por eso era pacífico y sentimental. Porque amaba hasta el pecho.

Jaime había adelantado la escritura; leyó:

«Sabiedo que soy el hombre terreno que más te quiere....»

Y tropezó; tenía la terminación de la frase, pero la dificultad motivaba una coma; tau inmensa ex-

presión, debía tener para seguir, una coma que suspenda mecánicamente! Como una súplica errante que dijera:

—¡Parad; no vez que yo he suspirado? Suspirad como yo, para que podáis seguir en mi fe....; que detenga y haga ver cuánto siente este hombre del planeta Tierra; era tan escasa una coma gramatical; debía ser una coma mineral, como aquellas que pone la naturaleza para separar el canto de los mares y el eco de las llanuras. Así, como los montes.

La coma fue un refrigerante. Aspiró y concluyó.

* * *

Después ví como su infancia salía de sus labios y quedaba en mi presencia, fuera del recuerdo.

Me hablaba de su niñez; de generaciones; de compañeros de escuela, hoy crecidos como él; de ellos que me decía: «edición biológica de Quito, del año 12....» saboreando en sus labios un tono puericultor. Siempre era solemne; creía que hacía mucho, siempre. Su falta estaba en no saber cómo era. Sentía su musculatura, notando su humanidad cuando se veía al espejo. Era cuerpo movible: que más haría, si ya habían pensado los hombres de todos los siglos.

Valoraba su inquietud a las cosas, plásticamente. Lo espiritual, se veía en un «peso neto», y le era indiferente cambiar con otro, de igual peso. Notaba la expresión de la forma, y arbitraba así, el contenido y la idea. Hombre desnudo y ciego. Pensaba en el futuro, pero sin la valoración de lo mediato de sus actos.

Sin embargo, este hombre sencillo, lleno de huesos, músculos y vida, de aplanamiento intelectual puro, sin intención ni poder, es el hombre precisamente necesario: hechura de la gran civilización. Sin contenido intrínseco, él significa la estructura de la sociedad, es el material de su construcción. Este hombre no hace nada y no está demás; la cultura de la comunidad social, avanza en sentido contrario al valor individual. Este hombre que son de los millones gran-civilizados, complementado por los manejos más rápidos y fáciles para sus deseos, que ve mejor que un medioevo, que siendo ignorante podría enseñarle positivismo al Júdas leyendario, no hace nada, porque todo tiene hecho y acreditado. Este hombre existe nada más, porque una máquina no puede funcionar sin su más insignificante tornillo. Estos hombres, son tornillos que aseguran, así, como ser de ellos, la subsistencia de la especie. Todo les es tan exacto y agredible! Lo imposible, es palabra a la que ni siquiera llegan, porque en ellos está, no superarse ni redimirse.

* * *

En el entreacto de la función, la gente ha salido hacia los pasillos o al salón de fumar. Es el lugar y el momento de comentarios, donde se cruzan las primeras impresiones sobre la obra; se ve gente conmovida, otras indiferentes o que les cuñe un gesto de desagrado. Aquí emplean en distintos grados de temperatura, todo su criticismo, llenos de fe, ardor; se ve el desarrollo de la obra, a través de multitud de sistemas nerviosos. Desde luego, para continuar la obra vueltos a sus butacas, donde no se queda más que cada uno, con su única subjetividad,

llevan fortificada su opinión o enmendado su error de haber considerado mal a la obra; están fortalecidos en el conocimiento y se consideran más aptos para aplaudir o reprochar el curso siguiente del drama; todos, porque se sienten acompañados en su opinión o más ciertos talvez de lo que es la verdad ética y estética de la obra, considerada desde el momento sensitivo de esos hombres y de esa noche. Sucederá a un hombre, que camino del teatro haya participado de una emocionalidad originada por una causa recia, fortísima, y su estado se halla subidamente nervioso; necesita que el arte que va palpar y arbitrar, tenga una entonación, una realización asimismo poderosa y de enorme fuerza emocional, para que, su espiritualidad y la intimidad escondida, eso lejano en el arte que nos hace considerar como una evidencia humana, que arde y se comprueba en el arte, recordando nebulosamente que vimos aquello desarrollado en la calle, o en no sé que parte, en un tiempo, pero hubo no se sabe como, fue, lo que está ahí en el tablado reproducido por los cómicos, esto amargo o aquello que nos da alegría, tenga un mismo cauce de sensación con su estado emotivo. Esto talvez, se controla en los pasillos de los teatros, cuando los entreactos. Uniformar la emoción, olvidando todo aquello personal y aparente, de que veníamos provistos, cuando desembocamos la gente en el teatro travesando las calles de todas direcciones; dejando nuestros barrios con sus mismas ventanas y los mismos muchachos enlodados, que nunca terminan de disputar el incansable partido de fútbol, con las pelotas hechas con los restos de medias de todos los habitantes del barrio. Olvidando que al cruzar las mismas actitudes de las calles y los edificios, al cruzar una esquina que la conocemos siempre, sucedió algo, nos impresionó en

todo y cambió nuestra actitud simple, poseyendo desde ese instante, terror a la vida o un profundo deseo de amarla con una longevidad costosa; piedad u odio, lo que quiera que pueda producirnos un hecho humano, en la noche o en el día, en nuestra obscuridad o claridad espiritual. Todo nivelamos en los pasillos del Teatro, cuando los entreactos; todos esos, hemos visto las mismas nuevas caras, unas nuevas calles, ciertas vidas de unos hechos, todos, y participamos casi igual del reposo de nuestros asientos y de las distancias objetivas. Entonces logramos inadvertidamente, uniformar la emoción y la actitud sensible de nuestras vidas. Es un rato en que todos nos vemos los mismos, tenemos el mismo dolor y la misma acción meditativa.

Aquella noche concurrí, por haberme obsequiado el Director de la compañía una entrada. Paseaba con unos amigos en los pasillos del teatro y comentábamos: la intensa sensualidad de la artista, el admirable sentido artístico del primer actor. Luego proclambamos la claridad del autor; su concepción inmensa, humana, aunque dolorosa. Ya habíamos cesado de hablar, vaciados de nuestra emoción. Nuestros rostros tenían una misma seriedad, un mismo ceño de creyentes, esta misma actitud de piedad y de amor, hacia algo lejano, desconocido y muerto.

Nos habíamos situado en una esquina desde la que veíamos el cruzar de toda la gente. Por una de las puertas de la platea, salió un muchacho; su ropa raída, bastante vieja, demostraba por el desarreglo de las líneas, que lo usaba los días y las noches. Llevaba una gorra así mismo vieja, llena de manchas, ajada y descuidada; tenía un cigarrillo en los labios y aspiraba con satisfacción, pleno de gozo; to-

da su presencia de vagabundo tenía un aire de felicidad; yo miré sus ojos negros y bellos, llenos de una inquietud intensa, atrevida y descuidada. Miré sus ojos que también estaban felices, que brillaban, hoy, quizá, después de abstinencias. Seguí mirando los ojos negros del muchacho y él que sentía la presencia de mis ojos paseando por todo él, se detuvo frente a nosotros con un gesto intraducible y me dijo:

—Mire señor; por qué me ve! ¿Es que acaso cree que he entrado *de pavo*? He comprado también mi boleto. Ya lo va a ver.

Registró presurosamente sus bolsillos, sacándolos hasta fuera para buscar el talón; no encontraba y el muchacho se ponía triste; por fin encontró y dijo:

—Fíjese! Yo también he comprado. Aquí está!

Estas palabras las dijo conmovido, acentuando, queriendo demostrar que su facha raída había pagado. Y siguió andando, más valiente entre todos los ternos planchados, con su mismo aire de felicidad, de alegría.

Yo me quedé pensando, me puse casi triste; temí haber ofendido la pobreza alegre del muchacho. Yo sólo miraba su alegría y sus ojos profundos. No dudaba, ni pensaba. Quería adquirir y felicitar con mis ojos su alegría descuidada, única. El creyó que mis pupilas le señalaban, y que no creían que su pobreza haya pagado. ¡No! Yo me quedé pensando. Ninguno de mis amigos ha dudado de mí y creen que yo pagué como ellos; si otros ojos se posaban en mí, todo habría creído, menos que esos ojos me acusaban. ¿Por qué todos esos hombres creían en

mí, en mi falsa presencia de posibilidad? ¡Yo entré gratis, señores, por qué no me acusan? Estoy *de pavo*, como dijo él, cuando pensó que le acusaba. Estos hombres ni advertían, ni dudaban. Yo me quedé pensando....

Salimos del Teatro, derramados por todas las puertas. Cada uno orientó hacia su obscuridad, los cuerpos que se entumecían; al virar en bloque las esquinas, parecían cascadas humanas simplemente verticales. Estaba en esta obscuridad, que la había palpado mil veces. Pero ahora me parecía presentir en la lejanía obscura, un algo infinito sin forma, que podía ver a un solo instante toda la naturaleza y que al pasar por este puesto de la noche infaltable y perenne, donde yo estaba casualmente, le decía la noche con una calma galante:

—¡Presente!— y seguía ese algo naturaleza, viajando a todas las naturalezas y requerir por su cumplimiento inequívoco.

Hacía frío. El pavimento, abarrotado de Luna, tenía una tristeza congelándose. Esta noche sublime porque yo no la tomaba en cuenta; y estaba tan debajo de ella, que me sentía sin la noche.

Una criatura de dos años, corría llorosa a alcanzar a su hermano, un muchacho grueso y feo. La pequeñita no tenía más ropa que una camisa, que no podía cubrirle sino hasta la cintura. Este pobre lloro de la niña arapienta irritó de tal modo al muchacho que regresó violento, y para conseguir que callara, imprimió un golpe tremendo en el pecho de la nena que no pudo hacer más que gritar. Fue grito agudo, estallado de su pecho impotente; no se oyó precisamente una articulación gutural, surgió

hondo, del cuerpo; su corazón y sus pulmones, pequeños, que chocaban y que gritaban así. Este crimen inmenso que iba desde las lágrimas de aquella niña, hasta ningún juez, encendió mi cólera hasta querer también maltratar a ese imbécil.

Partí; llevaba en el centro de mi ser, aquella emoción dual, de piedad y de odio. En sentido contrario, venían dos hombres traposos y sucios; posiblemente acababan de dejar su taller y hoy irán a desentumecer sus huesos en el cuarto de arrabal, sin mantas y sin calor. Hablaban alegres y oí una voz insegura, ronca, que decía:

—Hombre, pude comer hoy, siquiera a esta hora. Me cobraron tres reales plato. Yo me tiré tres....

Y siguieron perdiéndose entre la noche. Su compañero rió, y yo también reí. Reí bastante, fuerte, casi llorando. Dos lamentos que parecían oponerse por estar a diez pasos de distancia. Pero qué le importan al mundo esas lágrimas impotentes, esa risa hecha a todos los despechos. Caramba. Cómo se juega la vida. Cómo va el mundo, lleno de tantos hombres y tantas cosas diversas, con el solo fondo común de los desheredados.

* * *

Hacía días que no hablaba con Jaime. Pero hoy que estuve con él, me pareció mucho tiempo de no habernos separado.

Esta vez como otras, hablamos de *todo* y de *nada*.

De su familia me contaba un amor profundo a sus padres, algo como un fetichismo incontrolado. No era capaz de tener en cuenta la relación biológica de padre a hijo; podía decirse que ignoraba calificativamente al caso de él, por pudor. Era el hijo adorado de anunciación virginal. No admiraba a sus padres, como el buen macho que fecundó una hembra admirable, y crearon ese Jaime robusto, sano, lleno de fuerzas; y sin embargo de no existir la conciencia de tal relación biológica, tenían solamente esa vinculación: padre-hijo. Nada más; no había entre ellos amistad. Aquel necesitaba merecer un respeto de mayor, de más capacitado, de engendrador. Este le debía temor. La creencia del respeto y la sumisión, les obligaba a alejarse espiritualmente; a no ser los amigos, a ocultar sus intimidades; llegaba así, a tener temor a sus primeras inquietudes; por su completa ignorancia; le estaba ordenado, que todo lo que tenía cara de malo, debía desecharse. En la casa, hacían una vida los padres y otra realizaban sus hijos, por bajo de sus cuerpos y sus cuidados.

Jaime se sentía responsable de la obra de su padre y debía concluirla. Sería así como él, dador del dinero, prevaleciendo en todo al hombre-padre. Su primera aspiración consistía en ser un hombre como el que veía: gordo, reposado, bonachón; enérgico y cruel con las faltas de familia y muy obsequioso y amable con las amistades; que habla de los hombres y la política, con esa célebre demagogia autoritaria, cuando arenga también, a la familia.

De que un su contemporáneo, sea Presidente o Ministro, les tratará del nombre, precedido de imbecil o formidable. Entonces los nuevos chicos que serán como él hoy, admirarán la importancia del se-

ñor y pensarán también, que él, pudo hacer mejor que ese imbécil y desatinado Ministro. El no ocupa alto cargo. Es que no lo reconocen; entre todos los amanuenses del Ministerio, no hay cuál redacte mejor que él, cartas oficiales y contestaciones.

Jaimé. ¿Dónde están tu placer y tu dolor? Ayer te encontré jubiloso, con todo el placer de un triunfo a la vida misma, porque en el orden del día de tu oficina, constabas por no haberte atrazado nunca, en tres años, a la hora de entrada al trabajo.

Eres tan bueno y tan correcto. Nadie sabe que tú, en una máquina de escribir has nombrado Ministros y has encarcelado criminales. Todo es lo mismo para tus dedos insensibles y dactilográficos. Pero hoy sufres, tienes una amargura fatal nublando tu buen humor y desprecias la vida, sólo porque tu novia dejó de contestarte el saludo. Jaime; Jaime. No encuentro tu vida; es tan confusa, disuelta. En los catálogos del mal y del bien no constan ni tu dolor ni tu alegría. Te pierdes en una multitud enmarañada; esa multitud construye, destruye, grita; luego te vas tranquilo a la casa y has hecho la historia, sin que lo sepas y escondido. Jaime, despierta: ¡has hecho la historia, eres el mundo, reclama tu puesto! Qué hermosa es tu misión multitudinaria. Tienes una energía poderosa y una fuerza inmensa, a pesar de que no puedes levantar ni tu escritorio. Eres uno y eres millones. Eres un creador y un mártir. Das tus huesos desnudos, tu hambre, tu nombre en listas inmensas; te presentas al mundo sin exclamar, en masa, y estás haciendo la revolución. ¿Y quién eres ahora? Ya no te conozco. No puedo verte sino es dentro de un mar oscilante de cabezas y gritos. Tu eres amor, eres tra-

El depósito de cadáveres del Hospital Civil, se halla asediado de gente que va y viene, entre curiosa y espantada. El intento de esas multitudes remozándose durante las horas vacías del día, queda ciego. Nada podrán ver. La policía a cercado todas las puertas para impedir el acceso de los curiosos. Ya a las seis de la tarde, cuando eran escasas las personas que se retiraban de la Morgue, no se qué lugubridad estaba ambientada: esos últimos que habían deseado de un espectáculo, tenían en su andar, cierta mortificante pesadez; me imaginaban miembros casuales de una tragedia, y que sus cuerpos, eran gotas desgajadas de un gran dolor. Sí. Estaba cerca la noche, el advenimiento de la luz final. Ese claroscuro de la vida sugería cosas: la morgue, la noche. La una, despedazando cuerpos para buscar la luz; la otra, destruyendo la luz para formar lo absoluto: la obscuridad indiferente, inconfundible.

Derrumbado contra la pared, encontré a un hombre. Su estado de desequilibrio, ante la íntima verticalidad de la pared, intoxicaba mi condición de transeunte.

—Oiga, le dije; sus venas necesitan la posición.

Se irguió; su rostro mozo, se mostraba uraño. Podía encontrarse vitalidad suprema y angustiada, sensación definitiva de agotamiento, o un letargo morbosos y heróico; estaba así, intransparente, distanciado. Figura curiosa, que podía hacerme refr; pero no; mis labios se contrajeron a la risa, y quedaron en esa actitud; encontré que podía llorar a través de la mueca alegre. Y me dijo:

—Yo no conozco a usted, ni usted a mí; pero es necesario porque somos dos cuerpos, que le diga algo.

Me arrastró calle adentro.

—Esto tiene más silencio y es mejor. Mire, he estado tan grande, que he querido llorar, bien har-to, tanto que me lave y haga nuevo. Curso segundo año de Medicina. He tenido fuerzas para resistir el olor de los cuerpos enfermos y podridos; he visto hombres y mujeres de todas edades helados en las mesas y la sangre sin aliento y turbia a corrido por mis vestidos. ¡Pero es que usted no sabe, que está así, tan frío! La que ha muerto, a la que la gente ha querido ver, es una mujer. Sépalo. Una madre. Yo la conocía.

—Cuando vivía, tenía una hermosura risueña y humilde; en la mesa, su rostro seco, hundido y desgredado por todas partes, parecía quejarse... ¡y muerta! El profesor nos anunció como un caso digno de investigar y escaso; ha muerto de hambre. Concurrimos todos. Su vientre, cuando habríamos, estaba horrible. ¡Señor, comprenda! Los intestinos deformes, enmarañados y anudados entre sí. Los pulmones amarillentos como los de una viciosa y el corazón, falto de sangre pura, negro y estallado. Es demás esto. Yo conocí al acaso, su vida. Debo de-

circle a usted, hombre y todos los hombres que principia un ser. Es necesario que usted conozca; no debe sólo quedar conmigo; callando, me siento criminal o cómplice de la injusticia humana.

—Se llamaba María. Nombre claro y puro. No conoció a sus padres y ella pudo creer que no los tuvo. Una expósita, abandonada una madrugada en el cesto de la Casa Cuna. Todos esos seres, que tienen de señal este crimen cometido sobre ellos, deberían aprender, primero, a vengarse. No son culpables, pero sin embargo, son las víctimas. En ocasiones, el honor inservible o en otras, la miseria, les destina este bochorno despiadado. Cómo no encontrar esos padres y extraer de las venas y los nervios ese nombre que les negaron por vergüenza. Arrancar los senos de las madres, que niegan su leche a la vida del hijo, y entregar a que se sacien los perros. Es mejor que se destruyan los ovarios, para que no exista la conciencia de otra vida.

Al relatarme, estrujaba sus cabellos negros, y como queriendo triturar las palabras que salían de sus labios, decía, despacio, para él: Hay que cambiar; debemos reformar. Luego, habló dirigiéndose a mí:

—En la Casa Cuna, los abandonados tendrán la piedad pagada, de las mujeres que se deben al deber de caridad, sin ser las mismas madres. El fastidio y cansancio, cuidarlos breve para atender a tantos, hará que esas criaturas sufran los primeros castigos de sus lágrimas inocentes. Toda su vida se castiga. El desarrollo es atrofiado, incompleto. Cumplidos dos años, trasládanlos al Asilo de Huérfanos y créamelos, principian a luchar por la vida. Sus dos años se ganan el pan y la ropa. Es verdad, señor, no

miento. Ellos trabajan. ¿No ha visto esas largas filas de huérfanos cuando los sacan a la calle, a enseñar la cantidad de su caridad? Ninguno ríe y son niños. Pálidos y sin gracia, los vemos pasar como ellos; los abandonados; los huérfanos; ¡sin perdonar! Conocen el rigor y la disciplina. Como podrán ser hombres, estos, arrinconados, donde se oxida su vitalidad y su carácter. No pueden exigir como todos los niños, porque se les hace entender que nada se les debe y se les da vida por misericordia. Y es que es así. La sociedad quiere cubrir sus crímenes, con estos nuevos gestos de caridad. Un hijo, no necesita de que otros hombres aprueben con una ley para ser tal; hubo un engendro, y esto es basta para que tenga derecho.

—Como mujer, María debía aprender quehaceres domésticos. Sencilla y recogida, siempre empleaba sus fuerzas en el servicio. Tenía ya doce años y apenas si conocía los halagos de una muñeca. A esta edad, ya se la consideraba mujer y podía producir. Fue destinada a la sección de planchado. Esas casas reciben obras de la calle, para que trabaje toda esa gente.

—La educación de María era superficial. Los problemas de la vida, no iban más allá, de las dificultades de trabajo. Vida inconclusa y atardecida. Al margen de el mundo, pero en el vientre de los hechos humanos. Ellos son una arista de la desgracia y tienen que formar la figura total. No puede dejar de existir esta miseria, porque se desquicia la arquitectura de las sociedades de hoy, refinadas y viciosas. No debo hablarle más, de lo que fue la vida de María: un punto que extendió una línea que-

ta, escondida, decapitada en el momento preciso de la juventud.

—Del Asilo de Huérfanos se sale de dos modos: muertos o recogidos por alguien, que al concepto amigable de la Dirección, es «buena persona». Se los entrega por «papel». Acta levantada en una comisaría, en la que constan las estipulaciones de entrega y recepción....¿se vende? ¿se obsequia o encarga? El nuevo rumbo de la vida de esos seres, depende de esta tutela. María era hábil y cumplida. Laboriosa. La Dirección le demostraba afecto y pronto fue encargada de la vigilancia de sus compañeras, cuando la ausencia de las superiores. Esta vida de aislamiento, llega a caracterizar tipos de extraordinaria personalidad sexual. Deseos extraviados, intensos, o muchas veces un complejo impotencial. María era un caso de deleite místico. Su carácter sensitivo sexual, dependía de su vida encerrada, alejada. Era delicada y emocional, hasta edificarla. Quizá había un puritanismo del placer; sensualismo inconsciente hacia las imágenes religiosas. Esto, posiblemente evitó en ella el contacto sexual con sus compañeras. O si presenció invitada, le fue repulsiva aquella unión en que la agitación de las mujeres, desesperante y brutal, tiene una actitud de lucha, de destrucción, antes que de placer. Los hombres de ciencia aceptamos esto, porque cada individuo tiene una distinta sensibilidad sexual. La verificación del placer, en los seres, quizá no se refiere a un capricho, sino a su estructura y sensibilidad; conducta, cuyo antecedente mediato e inmediato podemos encontrar en pormenores que tuvo que apreciar y vivir en su infancia. Aluda esto, a formación y evolución. Generalmente, los internados de hombres o mujeres, tienen consecuencias funestas. La convivencia íntima

y total, tiende a toda clase de acercamientos; muchas veces, es esa misma vida monótona la que hace, que la inquietud natural, haga provocar algo frenético, sísmático a su actitud vegetativa.

María fue íntimamente religiosa; amaba a Dios, a quien se entregaba en un placer desolado. Habría verificado un mazoquismo místico, si no hubiera salido al mundo; a ver y creer en la vida; a probar.

Se detuvo un instante. La luz de la noche, erigida, tenía una vigilancia secreta desde su inmensidad. El frío ponía nuestros rostros morados. Latía una fiebre de sepulcro en torno. Casi todo alcanzaba el valor de la muerte. La despedida de las horas y el ruido lúgubre del viento. Las conciencias salvajes y nuestros cuerpos helados. Todo. Hasta las pupilas opacas de mi compañero desconocido. Me hablaba tanto, era tan desesperante su actitud de narrador, que para ser un descreído de las verdades humanas, quería tener la certidumbre de su locura. Creía, por lo menos, que este hombre odiaba. Casi, no cabía en mí; yo, vivido tranquilo y con calor. No. No. Es imposible. Este hombre miente. Nunca he podido saber tal; yo sé de las caricias que deben tener, y la comodidad que se ha dado a mi vida. Debo huír de este hombre anormal, que cree en la maldad y en la miseria.

Continuó, bruscamente, como calculando que iba a huír.

—Un cura de parroquia, se acercó un día al Orfelinato, y dijo a la Directora que necesitaba una muchacha que cuidara de él. Entonces le dieron una mujer piadosa y humilde, sencilla y creyente, tal que merezca la valía divina del personaje aquel.

—Vamos, así debía de ser, le dije. Los sacerdotes merecen esa veneración. Son el contacto que tenemos en la tierra para acordarnos de Dios.

Tuvo un grito formidable y sanguinario.

—¡Callad ignorante!, me increpó.

Sus cabellos se desgredaban y batían con el aire que oyó ese grito.

—Usted ha muerto ayer mismo. Creí que vivía con estos días. Usted no tiene la transparencia de los años activos, no tiene acción ni savia nueva. ¿Por qué no vive y presencia más? Porque no actúa como hombre de hoy. Porque no se sacrifica a la lucha. Usted conoce sólo a sus hombres. Crea en las masas, en la acción multitudinaria y enérgica de los millones. Usted es uno. Se olvida de los demás. Oiga: ¿por qué no se muere? ¿para qué vive usted, cobarde?

Este hombre me insultaba y yo tenía rabia; extrañamente, sin embargo, sentía que lo admiraba. Deseaba tener también el dolor profundo de este hombre, por lo que no le toca y no debe importarle.

A pesar del frío, mi cuerpo sudaba y tenía una agitación radiante. Se cambiaba algo, que podía tener dinamismo, que podía saltar y gritar. Una capa espesa se esfumaba de mí. Parecióme que recién llegaba, que partía de una profundidad oscura, con mis manos queriendo engazarse en un claveteado de luz. Oh! Me creía incapaz para odiar y para amar. ¿Por qué no abrazo a este hombre?

Tenía la cabeza encorvada; pensativo; lleno de grandeza; su frente amplia y blanca, me parecía sagrada. Nuestros ojos se vieron; se acercaron; él siguió:

—Su encierro sólo cambió de lugar; seguía la misma vida de ceguera e ignorancia; la vida que se rodea de escasas alternativas, es muerta, asfixiada. Pero ahora tenía junto a ella a un hombre.

—El sacerdote ocupaba una casa pequeña; vivía solo. El piso alto tenía para él, y abajo, se le asignó a ella una pieza. De modo que en aquella casa habitaban dos seres: un hombre y una mujer, juntos, todas las horas, todas las emociones y todos los deseos. Ella debía cuidar y arreglar de sus cosas. Ante los hombres, nada había de dudarse. María cuidaba de un sacerdote, pero ante todo, era un solterón místico. A las ocho de la noche, ella subía la cena y le acompañaba en las últimas oraciones nocturnas. Pasó así el tiempo, sin alterarse, monótono, de costumbre, vacío y religioso. Ella era pura. No tenía ninguna conciencia de tentación a la carne. Pudo haber sentido cierta nerviosidad, cierto histérico leve, pero sin el acerto y pasaba.

Amaba a Cristo; era el único desnudo de hombre que pudo ver. Se imaginaba, con su mayor alcance estético de lo masculino, hermoso, intenso, apasionado. Sabía que dijo dar su amor a todos los seres. Como ella le amaba, tenía su parte y cuando moría alguien, le pedía a Cristo, que el amor que tenía dado para aquel que murió, se lo dé a ella; ya no necesitaba el otro y ella sí que vivía para él. Casi era un deseo a El, su amor sublime; ideado, un tanto profano, sin comprenderlo.

—El Cura le habló de Cristo; era su representante; estaba al servicio de el Creador. Podía hacer saber su amor a Cristo y recomendarle. Claro. Tenía en sus manos, dado por aquel, perdonar y castigar.

—María; yo sé de tu amor que redime y purifica, le decía; es grande, supraterreno, divino. Pero tú si apenas, simple mortal, puedes ofrecerle. Yo estoy más cerca que tí, de El; dame el amor a mí, que estoy a tu lado, entrégamelo todo, de tus manos, así, dejado como holocausto, yo lo pondré a sus pies y más aún, mis manos santificadas pueden encarnar en la hostia el amor de tu ser.

—Y María santificaba también estas razones. Amaba con su fe a Cristo, y ese amor, para que llegue, debía depositarlo en su sacerdote.

Y una noche, ella subió como siempre a la alcoba:

—Hay una intensa claridad en la noche. Hoy siento que debemos amar al Señor; juntemos nuestras oraciones; hagamos de los dos una sola vida, que se elevará como incienso de nuestra carne, démosle a El, todo. Ven. Oremos los dos.

—Y la atraía, acercándola fuerte; ella dejaba, creyente.

—Hacer una nueva vida, es crear un ser nuevo, otro más que ame por los dos. Que grande, comprendes, los dos que lo amamos, engendrar una criatura que también le amará y entonces seremos tres, de amor idéntico, insuperable. No existe pecado, porque hacemos por amar.

—Ella lloraba silenciosa, obediente; no sabía. La acariciaba despacio y humilde. Al sentir que cedía, que se entregaba temerosa, cerró sus labios que iban a hablar, besándola, todo jugoso y enardecido, diciéndole: ¡yo sé perdonar!

—Fue la primera vez. Todo se hace costumbre. La hacía orar por este concubinato místico, para que siga creyendo. Los días pasaban con la naturalidad de siempre. Al concluir el día, ella creía cerrar, tierna, los ojos del amado que se tendía cada vez para verla, en el infinito.

—Pero ya, dentro de ella, en su vientre, se gestaba el nuevo ser. Una vez se dió cuenta de que algo extraordinario le pasaba y preguntó. Entonces supo que ya venía y que debía esperarle. Iba a ser madre. *Esto no lo decía con el lujo de la hembra* que se siente victoriosa al poder procrear y amar lo que parte de ella, sino también, como algo sutil, transparente y entrañablemente de su vida.

—El cura meditó su situación difícil. Comprometía su dignidad y el rango. Había que ocultar, ya que era tarde para borrarlo. Le explicó mucho y sólo le dijo, que era necesario que ella salga de la casa, viva en otra parte y se inscriba en la Maternidad para cuando sea tiempo. Le indicó todo y y le mandó con dinero que creía suficiente, para seguir enviándole luego.

—Casi todo el dinero, lo empleó en la ropa para el hijo. Se sintió con un malestar profundo y fue a que la examinaran. Debíó ya quedarse, a sufrir y presenciar lo extraordinario. En una cama cualquiera, como arrinconada, para acordarse cuando la mujer de un alarido tremendo y extraigan al ser, apresurados. Este espectáculo superaba a sus fuerzas. La pieza tenía un olor a sangre y sudores, y sólo se veían mujeres jadeantes, vencidas por el esfuerzo brutal; ese modo de parir, grosero y en promiscuidad, hacía degradar el sentido humano de aque-

llos, que nacidos así, serán más tarde lo mismo que nosotros.

—María se vió desnudada por gente extraña y fría. En la mesa común, fue manoseada y exprimida por hombres llenos de máscaras. Ella sentía las miradas de aquellos que paseaban su cuerpo. El rato final le encendió el grito decisivo: era madre!

—Diez días después, según el reglamento, ella abandonó la Maternidad.

—Extenuada, febril; con sus músculos pesados y sacrificados. Llevaba el ardor de esa revelación inaudita.

—En dónde vivía, volvieron a consentirle permanezca. Pero necesitaba alimento para ella y para el hijo; no tenía dinero, pero era urgente vivir para este ser que lo veía hecho y que debía amar al Señor.

—Vendió lo que tenía: quizo trabajar. Inútil. Sin fuerzas y sin aliento, con el hijo recién nacido, era deshechada. El primer día pudo concluirlo; vinieron el segundo, tercero, cuarto y seguían, desesperantes; en sus senos se había agotado la leche. El niño lloraba sin grito y sin fuerzas. La vitalidad de él, resistía menos que la madre. Eran dos vidas, crepitando al secarse. Ella tenía fiebre y veía al hijo agonizar en sus brazos. Todo fue breye. Exprimía sus senos hasta no poder, para que cayera una gota en los labios resecos y morados del hijo. La muerte venía lenta, pausada, haciéndose sentir. El pecho apenas latía y se dilataba con un estertor gangoso. La madre no podía llorar ni sentir el dolor de esta muerte; ya estaba helado en sus brazos y seguía esforzando sus senos a que gotearan.

—Fue encontrada así, triturando los senos. Tenía incrustados los dedos en los pezones y la sangre estéril, había refrescado la piel reseca del niño.

—De él no he sabido más. Es posible que la buscó.

El desconocido jadeaba. Tenía su rostro bañado de sudor. Creo que lloraba. Se alzó y estrujando violentamente mis hombros me gritó en los oídos:

—Señor; vivimos ¿verdad?; sobre todo esto, en nuestra vecindad; pero dígame, ¿podré ser culpable?, ¿qué hay de mí en esto?. Yo sólo ví sus entrañas horribles, pero no oí latir su vida. Me relató en la maternidad. Yo podía ayudarla, y no sabía y no creí en su muerte. Pero el corazón que lo ví negro, quería despertar para acusarme.

Yo sentía terror; este hombre entenebrecido, agitaba toda su vida para relatar. Pero no. Este hombre salvaje odia, y por eso ha soñado en la maldad. Miente, no es posible tanta miseria; no tiene por qué el dolor en los hombres. ¿dónde he visto dolor en mi vida? Oh, quiere dañarme y tener un compañero para su alma miserable que siente así.

No le dije nada. Procuré que sus ojos descuidaran de mí, y fugué. Empecé carrera veloz, hasta alcanzar a la gente que paseaba en los parques. Medroso, como el que teme haber hecho daño, me escondí en un recodo del paseo para examinar en los rostros de la gente, si en alguno de ellos había tatuado algo el dolor.

Cansancio

XXXXXXXXXXXXXXXXXXXX

En los hombres existe algo íntimo, natural, acumulo inconsciente de la herencia sentimental de generaciones anteriores y de *el medio* porque han atravesado las etapas de su vida, sencillo y profundo que escapa de los altos conocimientos, que puede designarse como el acerbo de intimidad subconsciente. Todos los hechos realizados ante nuestros ojos y nuestra emoción que impresionan la película psicológica y que se proyecta luego, en nuestros actos, inflexiblemente, orgánico y emotivo. Eso, quizá, es lo duradero, porque actúa en las formaciones mínimas de nuestro carácter como sedimentación interior, lejana.

Por todo lo que se parece tanto a esa misma sencillez que tiene el hombre cuando engendra un ser, sin darse cuenta de eso trascendental y maravilloso.



Aquello de tratar sobre la vida, es para levantar la protesta de todos los organismos. Porque a un ser se le declara con las vísceras imperfectas; porque se calculó la vitalidad de una mariposa en dieciocho días y tiene veinte. La huelga biológica, pone sordos a los microscópios y tubos de ensayo. Esto se trataba calurosamente en la sustancia gris de Alberto, al respecto del Editorial de un Anuario Bobino.

Pero él debió resolverse a no pensar más sobre esto. Concluyó que es necesario inculcar un poco de franciscanismo biológico a estos seres inferiores tan susceptibles. Y es que un hombre correcto, debe sólo pensar económicamente en el día de mañana y en unas u otras, las mujeres morenas o rubias. Es así que hoy es 14 de Mayo y realizará el balance de todo lo que ha existido en él durante la quincena; además, verificará una perspectiva de acción, ante la inmediata proximidad de su salario. Dejará ya aparte todas las filosofías; es injusto, acurrucarse en un sillón, y pensar, pensar, jugar con todas las ideas, cuando hay una imperceptible relación de propiedad entre todos los anuncios luminosos y la personalidad económica del que ha adquirido dinero. Para qué aumentar a la vida, tantas cosas confusas,

ver en todo problemas, si evadiendo de toda metafísica, el consumo de energías se recupera con alimento y descanso tal, equivalentes a la acción de pérdida; la relación según los casos, asciende o rebaja. Con un equilibrio epicureano de asimilación y consumo, podría asegurarse la paz, disminuyendo los grados de ambicionismo y pasionismo. Alberto se comentaba así. Y tuvo una grave risotada, hacia lo ridículo que le pareció la formidable discusión en una asamblea, entre un conservador y un socialista. ¿Por qué?, se preguntaba. Ellos son sólo dos cerebros, sin que esto acredite a una masa; es sólo el sistema único y de un hombre que aprecia así, frente a otro, de distinta nerviosidad.

Alberto es así; la raíz última de toda filosofía: sencillo, templado, hombre; puramente homo-sapiens. Pero como es carácter en formación, tenía inquietudes, y tales, que histeriaban su concepto de tiempo y espacio. Por eso, casi nunca estaban de acuerdo sus momentos: de la mañana a la noche, de un día a otro, era un niño inocente que jugaba seriamente y sorprendido; otro joven lleno de victorias o un hombre senecto, anciano de vitalidad y de espíritu: absolutas y caracterizadas cada una de sus metamorfosis; pero en todo, intrascendente, sin importancia; le juraba amor a una muchacha morena, sin haberse despedido de la rubia Natalia; y no engañaba a ninguno de sus amores: decía la verdad. Tal amor pertenecía a uno de los miembros de su cuerpo. «El amor de mi brazo», «el amor de mi cráneo», sinceramente. El amor de su pecho, nunca ocupó otra que su madre. Sus traiciones, eran también, sinceras. Caminaba así, cantando la vida, con un himno que llenaba de belleza y de aire: Yo voy por el camino de todos, el camino por el que va la leyen-

da de los hombres; y me siento de tierra, tanto como la tierra. Por eso me equivooco, porque me penetra el agua y el sol me calcina: porque no soy de piedra.

Profano y humano. Como una planta cualquiera a la que miran todos los ojos. Un libro abierto, que al voltear de las páginas, sigue en blanco la misma página.

Y digamos la verdad; este hombre estaba al centro mismo de los hombres.

—Mira Alberto. Es ya tiempo de casarnos. Toda la gente habla y puede perderse mi reputación. Haz feliz a tu Clara.

Alberto tenía ya, casi, un adormecimiento emocional. Esto encendió alguna inquietud lejana, indecisa. El, juzgado tan frío. Creído incapaz de una piedad a los otros, no era en sí, un egoísta. El amaba y sentía, profundo, desde toda su humanidad.

—¡Felicidad!

Pronunció esta palabra, como el hombre que quisiera encontrar en la distancia una luz que no existe, pero con la certeza que debiera estar. Así, borroso, como ensoñado.

—¿Dónde está la felicidad? ¿Cómo es un hombre feliz? Débiles mis ojos talvez, que no han visto a ese. Yo creo en esta emoción junto a tí, Clara, y creo que esa emoción te ama. Te ama, hoy, mujer, que eres nueva, que tienes un despertar a todas mis sensaciones. Pero, habrá de ser justa, la unión absoluta e irremediable, que impida la devoción a todos los seres? Tú y yo nos amamos; esto esto es libre y espontáneo. Casual. Nos conocimos sin ad-

vertirnos y talvez una afinidad física y espiritual nos llamó. Ahora que nos ligan nuestras voluntades, tiene absoluta pureza nuestra unión. Amemos lo puro y lo humano. El que a nuestra voluntad obligue una ley, desvirtúa la unidad del amor: ¡amar! Y dime, Clara; tú eres bien mujer. Admirablemente mujer: ¿No habrá en absoluto otro hombre en tu vida para mañana? ¿Tienes aquella fatal seguridad de que no? Hoy me dices, porque tu horizonte termina en mi cuerpo. Pero te cansaré y te hastiaré, lo mismo que tú a mí; nuestra demasiada unión; *aquello de vivir enteramente. Sentir tu carne y tu sexo en todas direcciones.* Que un recuerdo o un erotismo tuyo o mío, despertado en otro lugar, lo saciemos los dos, ardidos en nuestro roce, pero con un material de emoción aprendido en otra parte, como instrumentando lo que ha estado lejos de nuestra intimidad. Será un estado emotivo el que hará que te posea, y del tuyo, a que cedas. La costumbre mata la curiosidad. La pureza absoluta no es humana, pero mantengámonos en las situaciones de pureza relativa. Créelo sin romanticismo, esta verdad interior de los seres, cuyo ayer está muy lejos, desde los primeros humanos. Cualquier día, uno en que tú, tiernamente surces mi ropa, pasará un hombre, uno cualquiera, y quedarás pensando en la sombra que quedó frente a tu ventana; pero vendré yo y decapitaré tu emoción natural. Entonces, me verás menos y me compararás. Serás mi prisionera y lo seré yo de tí. ¡Ah! Pero está la especie frente a esto. Estamos obligados biológicamente. Sí. Yo te amo. Debemos casarnos. Nos casaremos. ¡Los hijos! Eso es lo hermoso: nosotros cuando somos los hijos, y nosotros mismos cuando tenemos hijos.

No llegó a afectuarse el matrimonio. Ella cam-

bió a este hombre que pensaba no se que cosas, por uno más evidente y práctico, como es el hijo del dueño de casa.

Desgraciadamente, Alberto ni se inmutó. Porque iba ha detenerse la ancestralidad humana, por tratarse sólo de él; él, uno, nada más que uno. Sin embargo, tenía su emoción una presencia inusitada: estaba algo así, como el miserable vendedor de colaciones y dulces a quien no le compran por no estar limpio y que sus palabras agostadas y sus ojos desesperantes parecen decirnos: Señor, cómpreme! ¿No ve usted que vendo? Por favor, haga que venda. Esto es para comer y yo no puedo hacerlo. Sería tan visible el robo. Cómpreme. Haga que viva. ¡Compre! ¿por qué no compra?...

Era su amor que estaba así, que gritaba sin dueño. Pasó una prostituta raída y Alberto la miró como haría a ella mismo, el vendedor. ¿Por qué no? Ellas que recogen siempre las sobras tienen en su misión algo de purificadoras, aún, en la cruda verdad de ser las del fango. Su horizontalidad descubierta a todos los desprecios y a todos los deseos. Vidas sacrificadas para templar nuestra animalidad. Obsequiémosles siquiera una hora o un minuto de tantos que tienen los años, y digámosles con fe:

—¡Mujeres!....Matilde, Carmen, Inés....

con honor, desinteresados alguna vez; ellas también son historia y están entre los vivos.

Alberto se enganchó al brazo de ella y siguieron. Estaban unidos por una finalidad y no se tenían palabras. Marchaban con los pasos uniformados. Alberto razonaba de todo lo que se actualiza-

ba en ese instante. De casi un salto verificado para salvar un hoyo. De la verticalidad de los postes que iban quedando. No imaginaba el lugar ni a que se dirigía. Entonces, se dió cuenta de lo que significaba su compañera. Era necesario iniciar un conocimiento exterior; pero principiar por algo diferente y la dificultad se anudaba porque no encontraba el primer motivo, la primera palabra. A ellos se cruzó otra pareja en iguales circunstancias. Volvió los ojos a ella, se miraron, y tuvieron los dos una sonrisa copulativa. Ya pudo decirle que le era agradable. Notó que sus palabras brotaban sin interés sexual, con la intención única de hablar.

Una inconexión momentánea de las ideas, un instante de falta de dominio sobre la voluntad, hizo que la más mínima inquietud le atrajera de tal modo que defina y constituya ese momento, perdido ya, de esa vaguedad, esa indecisión de acción física o volitiva, que siente un individuo, cuando se han sucedido momentos distintos y fuertes.

Ya estaba Alberto junto a esta mujer, y había de ir adelante, asimismo, confundido y apático.

Estaba abandonado un amor y quería satisfacer su egoísmo, encontrando otra fidelidad; una fidelidad próxima y completa a la que él ha de ser el que concluye.

Eso podía darle ella; una fidelidad integral y precipitada a la que podría recorrerla, porque conoce el principio y precisa el fin. Eso necesitaba. Además, una suerte de voluptuosidad histórica. Ir en una mujer más. Alguna vez, esta mujer a quien no conocía, se acordará de este tipo, Alberto, que estuvo con ella; al recontar sus horas, nombre su

imagen, algo suyo, aunque su mismo signo haya desaparecido. Comprar una hora de la vida de esa mujer; tenerla, llevarse como dueño. Saber una hora inédita e indistinta de ella, aunque se porte con todo el material de farsas aprendidas, con sus gracias llenas de cansancio; su vida escondida o a la que hace flotar. Hacer, talvez, que una vez más, de mil, ejecute el truco piadoso del placer. Saber un punto de la imagen de su existencia.

Entraron a la pieza. Todo deshecho y sin gusto. Desnudos ridículos, querían dar ambiente de prostitución elegante; más bien, era desorden y hastío; un olor a sudores y sexo, hacía pesada la atmósfera. Las paredes chorreadas tenían como un desaliento, pesimismo, de las cosas viejas y manoseadas, que se nota poseídas por cantidad de épocas y deseos.

—¿Cuánto tiempo tienes?

—Mi hombre viene a las once, después del trabajo,

—¡Ah!, pero no sabía!

—No te preocupes, vida. Ni huele.

—¿Por qué haces esto?

—¡Qué! Ya es irremediable. Aunque no sea mi vicio; aunque siga siendo buena, todos verán en mí a aquella. Además, tenemos hambre mi hijo y yo! Ya traté, por este ser que no tiene la culpa de ser desgraciado. Traté de ser normal. Oh, en ninguna casa de aquellas de personas piadosas me recibieron. Todos me echaron y me señalaron; constaba yo, como la lepra de su moral. ¿Entiendes?

¡Quise ser buena! No se podía darme trabajo, porque las mujeres de los talleres protestaban la honradez de mi vida. Soy algo infectante, nocivo. Pero tengo también mis triunfos; soy una dignidad en la sombra, cuando todos ocultándose me buscan en la noche y se disputan, y para aturdirse más, me proclaman. En esa fiesta dolorosa, yo soy la reina, mando y me obedecen, sumisos, necesitados. Durante el día, se apartan ocultándose al verme; asimismo, yo he muerto también en el día, ¿y sabes?, ahora creo en Dios por las noches. Durante el día El me vota y yo no lo necesito y no le creo. ¡Buena! Apresura.

Alberto no pudo. Era una revelación hecha con calma, pero que le ahogaba. Tan impresionante la frialdad de la mujer ante el dolor, como su dolor mismo; pálida, demacrada; era una juez sentenciando inflexible su propia historia. Creer escupiendo en su vida irredenta; buscar pan, trayéndolo de la miseria. Miró sus ojos amarillos, para admirar la heroicidad de esa vida, y no tuvo valor para seguir. Le hablo de cosas amenas. Se disculpó y dejó dinero, porque algo había de hacer. Ya sintió una hora de su vida amarga; sintió también como ella, frío. Su emoción se congelaba y congelaba a las cosas que entraban en sus sensaciones.

Aquello doloroso de la baja galante, tenía un acuerdo íntimo con eso otro, el dolor miserable.

Alberto era un hombre que había estado colado en el lado de las puras bondades. Su actitud como juez subconsciente de los hechos humanos, era parcial; creía en lo bueno, sencillamente, sin preveer. Y casi amó, inocente de un mundo de conveniencias

y convencionalismos. Al principio, vió al hombre y a la mujer, aptos para amar y ser buenos, en línea recta, sin comprender que esos mismos seres que se juraron, podían hacerse daño. Pero hoy ha vivido, ya conoce todos los sectores del amor y del odio, y ha perdido su risa de creyente, ese calor, esa gracia del hombre que da su alegría. Su risa es seca, desprendida de lo que la ha motivado. Hay maldades con razón interior, pero que no queremos verla, para que sean consideradas buenas; y de ciertas piedades, que es urgente destruirlas, porque atraen como un alcaloide, como la idea del suicidio, y al fin, matan. Preciso es concretar lo humano como una sucesión de casualidades; no buscar ni intención ni figura, sino como un hecho tal, en un rato del tiempo, iniciado y concluido en el espacio que conocemos. Proyecta, lo que nosotros pensamos ha de proyectar necesariamente, como si se tratara de un fenómeno físico. Esa es la trascendencia. El acto de un hombre, no tiene un complejo de continuidad, sino, se verifica.

Alberto ya era el hombre que comprendía; habían visto monótona a la circulación austera de esa vida, pero no se fijaban en su profundo asentimiento a todas las cosas. Sin censurar ni aprobar. Un hombre inmenso y nulo, que baña su frente en el centro, en el vientre mismo de la humanidad, sin salir hacia esa parte de la que recogen los filósofos, ni a donde utilizan los hombres para el mal y el bien; para todo ha de decir, con un tono inequívoco:

—¡la vida!

Al recorrer un campo ensangrentado, lleno de cadáveres sembrados por la ambición criminal de

unos hombres; sólo ha de mentar a la infatigable caminante:

—¡esa vida!

Cuando las revoluciones hayan exterminado una raza, reconstruyendo nuevas formas sociales; cuando a los guerreros y a los sabios se les levante en la inmortalidad; todo es lo mismo:

—¡la vida!

Hasta las pequeñas orgías y pequeñas tragedias; el duelo o el gozo universal por el anuncio de una buena nueva. Todo corre en la misma vena, unas veces tiñéndose de negro esa sangre, otras tornándose cristalina. Lo uno paga lo otro, construyendo el gran equilibrio que nos permite subsistir.

Alberto sentía en su cuerpo correr a toda esa humanidad; aun en sus trastornos naturales o patológicos evidencia todo lo que hace esa: la vida.

A pesar, vamos como una caravana interminable de visionarios y locos que luchan contra ella; la batalla continúa y ya han caído muchos siglos de hombres; unos, hambrientos y desnudos; víctimas de su propia maldad o de su riqueza, otros. Pero todos avanzamos con la misma fe invisible de paz y felicidad, sin que al andar, en nosotros haga eco la desgracia universal, aunque al final del camino, cansados y viejos, tengamos un sabor amargo en la conciencia; todos caemos en la vorágine espantosa de la ancianidad o de la muerte; dejamos de ser, impávidamente, aunque en la vida fuimos peleadores fieros de nuestra existencia; todo, nuestros crímenes y nuestras bondades todo, lleno de dolor y de asco, para un rato fugaz y abandonado del tiempo; en pie, sólo queda

nuestro, un nombre y un recuerdo bueno y un recuerdo malo. Toda la vida tiene un solo pensamiento, desde la adolescencia hasta cuando estamos cansados: vencer en la lucha. Esta victoria nos quiere decir derrota a otro hombre, muchos, miles de hombres a quienes tenemos que destruir o agotar para vencer el un yo, el yo pernicioso y fatal. Todo es nada, a pesar de la fuerza del yo. Y caemos en la misma fiebre devoradora, todos, enceguecidos y sordos al clamor de la paz, peleando por una hora mejor, por una hora de paz, y esa hora no viene, y esa hora no es aún, a pesar de que han caído algunos siglos de hombres en la lucha desordenada. Vida incansable y atroz: te tengo miedo y me has cansado. Quisiera retroceder a la obscuridad inefable de la que vine; pero hoy se me hace necesario vencerte: vida indomable y alevosa.

Alberto ha despertado como siempre, temprano. Por las ventanas de la pieza, se filtra la mañana opaca y lluviosa. Los cristales empañados, dejan ver, neblinados, algunos tejados de la ciudad mojada. De la calle sube el ruido de la ciudad que empuja a vivir ese día. La bulla de las primeras faenas, tiene como un chirrido húmedo, falta también de claridad; el peso de esa atmósfera cargada, roba libertad a los sonidos y obstruye las lejanías.

Está enfermo. Su enfermedad va minando su cuerpo y su espíritu. Está, asimismo, con una indiferencia demacrada. Por fin ha tenido cierto terror; tiembla al declararse la verdad fatal de su estado, porque él deseaba amar a una generación que iniciaría, y aquí, una traición inconsciente, su deseo y las necesidades de otra, pueden oxidar toda su virilidad. Este es el motivo de su meditación; está intranquilo; siente, como hoy la naturaleza, empañada su vida que es otra naturaleza, pero la lluvia es interior, única hacia él.

El criado ha dejado en la mesa de dormir el diario de la mañana. Trae extraordinariamente, noticias sensacionales; cambios políticos; hechos espezuznantes. Revisa todos los títulos. En la esquina inferior se encuentra un anuncio de dos pulgadas:

Dr. ARTURO VIVERO
Especialista.

Enfermedades venéreas. Sifilografía.
Tratamientos eléctricos.

Dirección:

Pichincha 1437—Teléfono 41-37 C.

Atiende las mañanas y las noches.

Retuvo cuidadosamente en la memoria esa dirección; quizá este hombre ha de salvarle; pero tiene que exigirle que sea inmediato y certero. Esta ayuda que iba a tener, le tranquilizaba.

Solicitó licencia de la oficina, alegando un pequeño agripamiento. Por lo regular, la gripe salva de muchos apuros.

El consultorio se encontraba un poco distante; necesitó atravesar gran parte de la ciudad. Era una de las escasas ocasiones en que Alberto vagaba en horas de trabajo y encontró un tanto raras las calles con la agitación de vendedores y gentes apuradas; todo tenía carácter de intercambiarse, de dar y recibir: miradas, gritería, objetos, con un aire discreto, casi burlón, con alegrías estalladas de corrido; podía encontrarse la libido comercial, rodando de la acera a la vía.

La calle Pichincha estaba casi sin trabajo; cocineras y criadas que saludaban a gritos. Precisó el local. Entró. Tendría que esperar hasta ser atendido; el recibimiento estaba ocupado por mujeres y hombres, con ese aire enfermo de espera impaciente de consultorio, tan característico; al cruzarse las mi-

radas, ruborosas y descomedidas, presentíase existir no se qué interna complicidad. Salió el doctor para despedir a un paciente y recibir a otro. Era muy amable con todos, atento; parecía joven, aunque se portaba un tanto solemne.

Le tocó entrar.

—Buenos días doctor.

—Buenos días señor, en qué puedo servirle?

—Curándome lo que tenga.

Mientras le examinaba detenidamente sus órganos, le extraía un poco de sangre y recibía sus orinas para analizar y poder conocer el microbio, refirió todo lo antecedente, el origen y hasta el más insignificante detalle de sus síntomas.

Recibió la noticia fatal. Estaba declarada la enfermedad y con caracteres alarmantes. Había que someterle a un tratamiento fuerte y continuo.

Alberto aceptó, todo, hasta la terrible sentencia de apartarse, porque era un peligro. Tendría que permanecer escondido, lejos de todo contacto; huir de los hombres para no hacerles daño. Esto era terrible. Condenarse, exilarse de toda fraternización, ¡por un tiempo! ¿Cuál sería ese tiempo?—Tú, mi amigo, no sabes ni puedes oírme en este instante; debo repudiarte, traicionar nuestra amistad, indignarme contigo porque puedo hacerte daño. A todos; a esa amiguita piadosa que la acompañó a la escuela; ya no podré recibir su último caramelo que me guarda; pobrecita, tendré que decirle que estoy enojado, para no hacerle mal; y ella me dirá que soy malo, malo; ese pequeñito dolor me enferma más

que nada: no podré ser amigo querido de esos niños y hasta esconderme para no recibir sus manecitas tiernas, que me entregan la bondad bienhechora: esos han sido mis únicos cariños, yo he guardado como algo bendito de mi vida; me sentiré como aquellos infelices que desgraciadamente tienen algo natural, malevo, que aleja instintivamente a los niños y éstos no pueden quererlos. Seré así, desgraciado como ellos, lejos de la única amistad sublime, que ha sido la de esos niños—.

Yo que he visto su vida, recién apenas noto un aliento humano de vida, en este Alberto misántropo y abandonado. Ahora que estás atacado, te he visto llorar, pero por tí; no pensaste nada de aquellos que te encontraban siempre en la misma espera del Consultorio. Sin embargo, te apenas separarte de aquellos que has querido y te amaron. Yo quiero tu maldición, porque tú solo, al fin, enseñarás a los hombres el amor mejor. Vive, desgraciado, y ama en tu dolor, las llagaduras terribles que ostentamos todos los hombres, sin que hayas sabido...

Acudió constante a todas las curaciones, que se efectuaban en la noche; el microbio permanecía inextinguible. Era un incendio brutal en su cuerpo que no cesaba. Caminaba lento contra toda la medicina, contra su sangre impotente. Miraba su miembro amoratado, destilando materia pútrida, hecho una sola llaga y de olor malsano. Era una parte de su cuerpo, de su personalidad animal, podrida, dañada. Y el microbio, su enemigo poderoso e invisible, era su huésped y no estaba al alcance de su cólera.

Llevaba ya largo tiempo con su enfermedad, y continuaba inmóvil, intacta. El doctor le anunció

que era necesario decidirse por un tratamiento con «puntas de fuego».

—Ya. Eso es. Quemar la parte dañada de su órgano; incinerar su carne, matar a fuego al microbio!

Salió del consultorio, pendiente de el nuevo método que ha de seguir su curación. Necesitaba de ese fuego para sostener su vida. En su mueca de espanto, ya parecía presentir el chirriar de la carne chamuscada; ese olor extraño que expide la carne al quemarse; la humareda espeluznante hasta cuando la carne queda hecha un tizón. Todo eso y en su mismo cuerpo; todos los nervios quedarán corrodos por ese dolor; sus venas, las venas correctas y formales, quedarán alteradas, templadas, se alzarán en la piel, descompuestas y como desbordantes. Todo esto, si el corazón resiste la impetuosidad con que ha de correr su sangre.

La noche tenía una obscuridad deprimente. Hacía frío. Dentro de él, había una conmoción terrible, violentada. No se podía prever lo que quedaría después de la curación, pero había que decirse para salvar en su existencia, el residuo de hombre que quedara. Todo está en la profundidad a que haya avanzado el microbio venenoso. Había también probabilidades para una curación perfecta.

Andaba cabisbajo. Faltaríanle unos diez pasos para llegar a la esquina, cuando oyó un estallido, una explosión formidable de aceros. Dos automóviles que venían veloces acababan de chocar con impetuosidad desastrosa y yacían totalmente despedazados y derrumbados. El ruido enorme hizo detener a Alberto, pero una vez que hubo conocido la causa, siguió. Cruzó la esquina del choque, sin cu-

riosidad y sin detenerse. Pero vió dos montones enormes de acero que se raspaban y aplastaban; a la gente correr precipitada, confusa; gritos desesperantes, gritos agónicos venidos de lejos por un auxilio contra la muerte palpable. Un tumulto de todo. Avanzó escuchando, sin oír, camino de su casa.

Estaba como disuelto, estallado, sin precisión ninguna de imágenes; pasaban ante sus ojos y se borraban las cosas. En su pieza colocó donde caía la ropa, y se acostó, lleno de rendimiento, como un vencido total. Cerró la llave de luz. Y necesitó mucho tiempo para dormirse.

La pieza está absolutamente oscura; es como un gran manchón negro, intransparente, inconocible. Es una quietud intensa de la vida, de la luz y de las cosas. La oscuridad ha barrido y confundido todo, en un solo cuerpo invaluable. Es un puesto en el que no existe nada más que la luz negra.

De pronto, el cuerpo que dormía en la cama, se levanta; se calza las zapatillas y pónese a pasear recorriendo la pieza. No se le puede ver, pero se oyen los pasos claros e intactos. Tiene una precisión admirable. Parece conocer profundamente cada centímetro de la pieza, que en ningún momento topa los muebles, ni tropieza con los objetos tirados. Toma ciertas cosas y las torna a su lugar. Es Alberto, sonámbulo, con una claridad de recuerdo mental en el sueño, que actúa, al parecer, normalmente.

Pero ahora se agita y parece discutir calurosamente. Protesta. Riñe. Como que quisiera defenderse de un asalto y exterminar ese ataque.

Con una voz, tal que si fuera pronunciada en

el fondo de una caverna, grita, como si enérgico o vencido:

—¡Fuego! Ese fuego....

Se precipita a la mesa de dormir y extrae del cajón un revólver. Su cuerpo se temple como un arco, se contrae.

Al tiempo que suena un disparo tremendo, la alcoba se enciende y apaga instantáneamente con luz roja. Alberto cae desplomado sobre la alfombra.

La pieza a vuelto a callarse. Es otra vez, como un gran manchón negro, intransparente, incoñocible.

Al día siguiente, al encontrarle lleno de sangre, la gente le creyó suicida. Despertó en el hospital, incoherente. Preguntaba quiénes eran y qué lugar era ese. Le explicaron. No se daba cuenta como ha sucedido; no sabía nada.....

La bala había tocado parte del miembro y atravezado el muslo, rompiendo el femur. Ahora es difícil salvar esa vida. Se desangra y las heridas principian a colorarse, amarillentas, negruscas, infectadas con lo mismo. Van perdiendo el color rojo de carne.

Y ahora es una mañana clara y soleada. En las calles circula la gente con un agitarse de vitalidad enérgica; las cosas, llenas de sol tienden hacia el aire, con un efecto de victoria.

La humanidad no se ha dado cuenta que un hombre está a punto de morir, en la misma superficialidad de sus tangencias.

Antonio ha sido
una hipérbole

Existe el amor. Me han dicho las vértebras del tiempo que se llaman todos los siglos. Ha sido esa unión, con su individualidad en todas las edades, desde que es una verdad la estructura de los hombres, Hoy, hay amor. El mismo de antes, pero creemos verlo de otro modo: incoloro y desvestido, sin salones y sin cortinas; está lleno de carne, huesos, sistemas nerviosos y aritmética. Es como un amor de transición, que no se ha colorado aún con una ética definida; allá vá, pendiente de las resoluciones que tomen los espacios en blanco que quedan entre el punto final de un acápite y la primera letra de las próximas opiniones, en los intensos artículos de hoy sobre sociología y economía. Vaga con una sonrisa equívoca, en el pecho y en la conciencia de los hombres de lucha. Y hoy se aman hombres y mujeres, aunque con revoluciones y con física. El amor hace a una unidad. La especie tiene la unidad hombre-mujer, que subsiste y que es eterna mientras la vida. Es amor, porque están al frente dos sexos, porque crean y porque hacen bienes y males. Al final, es idéntico: se ama casi, una hora a la ramera, toda la vida a la esposa o hasta que exista como ser o hasta que exista como amante.

Tengo frente a mi memoria, a unos hombres, a un hombre. Es, como le ha indicado la moda y le ha hecho época. Un Antonio. Pero en él, extraordinariamente ha faltado la biología; no cumplieron las leyes en su formación y no acudió la energía vital para enterarlo. Tiene defectuosas las piernas, y el cráneo y la cara son de volumen excesivo al tamaño del tórax. Sus facciones son gruesas y surcadas. Los ojos enormes y hundidos, enterrados al fondo de la perspectiva que se inicia en los pómulos y las cejas. Los labios son también excesivos, anchos y carnosos, de un mutismo inquietante. Sus labios parecen en su cuerpo dos armas temibles y dolorosas. Es una boca cuantiosa, erizada de carne y de dientes. Le cubre una melena espesa, que llega hasta la raíz del cuello. Esta cabeza enmarañada, aturde más su expresión, da una cualidad propia, a su aspecto de rabiosidad. El tórax y los brazos tiene correctos. Las piernas son raquílicas y torcidas. ¡Este hombre es triste porque es feo!

Hay cosas que nos producen un enardecimiento indistinto, nos repugnan, nos atraen. Antonio tenía una expresión recia, musculada. Primitivamente, exasperaba el desequilibrio de su figura, pero luego, viéndolo adentro de cada gesto, llegaba ha tener, aún, valor estético puro. Tenía una belleza de fiero, de hombre solidificado en tormentas, caldeado. No era expresión criminal; era de macho enérgico, de hombre formidable.

Al cruzar, yo me he encontrado con su vida y con su figura.

El cerebro de un hombre, es la tienda de campaña que levanta y construye cada vez más fortalecida y poderosa, para luchar con la vida.

Antonio es un vagabundo; vive en las orillas que le restan los hombres. Su presencia deforme, su estética brutal, le obliga a apartarse de todos, para no contaminar su geometría a la figura uniforme de la especie; ni por el olor que exhala el sudor de su cuerpo, ni por lo que piensa con su cerebro enorme, que pertenece también a su individualidad deforme. Además, su cuerpo es un tatuaje grande de la huella incisiva de todos los fracasos. Se armó de ilusiones, soñó....como los otros; quiso vivir y quiso amar, pero cada uno de sus deseos tenían que estallar y reducirse. Bien pronto dejó de ser niño; su juventud fue corta, casi pasó desapercibida y en no tiempo es un hombre viejo, sin fuerzas y sin coraje. Le faltaron caricias y comodidades; una vida errante de dolor abnegado; sin hogar, vivía despacio, retardado, pero su vitalidad consumíase precipitada; sin espacio ni tiempo: en su cuerpo.

Todos los dolores y las miserias, eran figuras conocidas que iban pasando a turno, en el transcurso de su vida. Tenía un infierno interior, implacable y terrible; no encontraba para su alma, la paz bienhechora; luchaba contra algo invisible, superior a su dominio y a su visión; en ocasiones, clavábase los dedos en el pecho para calmar su delirio y con su musculatura irresistente pretendía detener su locura, situada en el cerebro, en el pecho, no sabía dónde. Estos ratos de desequilibrio le asustaban. Fué al médico y su terror aumentó, cuando frente a su cuerpo, sondeando y buscando el mal, le dijo que no era nada o al menos, que no podía encontrarlo. Es que provenía de un espanto cósmico, de una sed violenta por la distancia, golpeante e inmensurada, por un deseo de fe, de amor depositario y tenaz, único. Era por un canto ecuménico que quedó

comprimídoe n el interior de su cuerpo, que recorría de las vísceras a la facultad de ver, de oír y de sentir. Por una angustia ignota, andando hecha fuego, quizá por las médulas, por los nervios o por donde caminan las ideas; se extendía, formaba una curva, seguía otra línea, no encontraba el fin y regresaba el mismo camino, veloz e infinita. Partía de una íntima profundidad de su ser, llegaba hasta sus labios, y no hablaba, llegaba hasta sus ojos, y no lloraban; enmudecía y destrozaba silenciosa, esa angustia desconocida y extraña.

Sus sensaciones eran terribles y exóticas. No buscaba ningún futuro, vivía innata, devotamente con su presente; para qué vivir la angustia del mañana; si la de hoy es tan cruenta.

Creía aún, cuando se teorizaba, que no debía transitar por los lugares mismos en que casi todos los hombres van, al parecer, alegres y felices. Sí, felices!; sólo para ellos se exhiben en los escaparates lujosos tantas cosas bonitas, pero que se muestran tan distintas y ajenas a él; por eso admiraba desinteresado y sencillamente creyente de la verdad de alago que puede encerrar una cosa bonita. Se quedaba frente a los cristales de las tiendas que retrataban borrosamente su imagen contrahecha y se colocaba aquel sombrero elegante. Que bien estaba así, y con los zapatos brillantes y finos. En verdad, quedaba elegantísimo. Era una felicidad en su cuerpo la de aquel sombrero y aquellos zapatos. Esta fantasía le dejaba ilusionado y rendido frente a su imposibilidad; pretendía alegar de su estado y arrimaba su cara a la vidriera enorme y los dedos de color opaco, raspaban febriles y acariciantes la actitud impenetrable de la materia transparente. El empleado del

almacén le mandaba enérgico a que se separe, porque desvirtuaba el efecto en el arreglo del escape-rate. El era un hombre, una vida, y no estaba bien junto a esas cosas que la gente cree que vale. No comprendía que decapitaba así, la pequeña felicidad discontinua de Antonio por soñarse puesto aquel sombrero y esos zapatos.

Era temperamento de artista intenso y grande. Antonio amaba la música. Tocaba violín que aprendió en el Conservatorio Nacional de Música. Cuando se es muchacho, todo se dispensa; defectos, talento y hasta clase. Es verdad que los muchachos apodan y hacen uso de sus travesuras para molestar al que padece de algún defecto; pero se hace sin llevarse a serio, y casi inadvertidamente. Son los niños: esa es la cualidad salvadora. La desgracia en un niño, llena de piedad a los hombres y a veces son generosos. Pudo hacer todos los cursos de violín gratuitamente. El plantel le obsequió un instrumento, merecimiento a su dedicación y al enorme sentido artístico que empleaba en todas las interpretaciones.

Cuando se deja de ser niño, el individuo se nivela automáticamente a los demás seres y se es en general, hombre. Entonces se olvidan todas las garantías y cualidades y tiene que luchar por sí mismo y contra los demás. Necesita vivir. Tiene que vivir a pesar de todo y esa vida le exige sacrificios y trabajos. Entonces lucha, y ama, y odia. Combate todas las armas para ganar el mejor la dura contienda. Los medios bajos y miserables que fueron urgentes en la lucha no le acusan y quedan olvidados formando el pasado. El mal que se hizo, fue por su vida! Está bien todo aquello que fue nece-

comprimido en el interior de su cuerpo, que recorría de las vísceras a la facultad de ver, de oír y de sentir. Por una angustia ignota, andando hecha fuego, quizá por las médulas, por los nervios o por donde caminan las ideas; se extendía, formaba una curva, seguía otra línea, no encontraba el fin y regresaba el mismo camino, veloz e infinita. Partía de una íntima profundidad de su ser, llegaba hasta sus labios, y no hablaba, llegaba hasta sus ojos, y no lloraban; enmudecía y destrozaba silenciosa, esa angustia desconocida y extraña.

Sus sensaciones eran terribles y exóticas. No buscaba ningún futuro, vivía innata, devotamente con su presente; para qué vivir la angustia del mañana si la de hoy es tan cruenta.

Creía aún, cuando se teorizaba, que no debía transitar por los lugares mismos en que casi todos los hombres van, al parecer, alegres y felices. Sí, felices!; sólo para ellos se exhiben en los escaparates lujosos tantas cosas bonitas, pero que se muestran tan distintas y ajenas a él; por eso admiraba desinteresado y sencillamente creyente de la verdad de algo que puede encerrar una cosa bonita. Se quedaba frente a los cristales de las tiendas que retrataban borrosamente su imagen contrahecha y se colocaba aquel sombrero elegante. Que bien estaba así, y con los zapatos brillantes y finos. En verdad, quedaba elegantísimo. Era una felicidad en su cuerpo la de aquel sombrero y aquellos zapatos. Esta fantasía le dejaba ilusionado y rendido frente a su imposibilidad; pretendía alegrar de su estado y arrimaba su cara a la vidriera enorme y los dedos de color opaco, raspaban febriles y acariciantes la actitud impenetrable de la materia transparente. El empleado del

almacén le mandaba enérgico a que se separe, porque desvirtuaba el efecto en el arreglo del escapate. El era un hombre, una vida, y no estaba bien junto a esas cosas que la gente cree que vale. No comprendía que decapitaba así, la pequeña felicidad discontinua de Antonio por soñarse puesto aquel sombrero y esos zapatos.

Era temperamento de artista intenso y grande. Antonio amaba la música. Tocaba violín que aprendió en el Conservatorio Nacional de Música. Cuando se es muchacho, todo se dispensa; defectos, talento y hasta clase. Es verdad que los muchachos apodan y hacen uso de sus travesuras para molestar al que padece de algún defecto, pero se hace sin llevarse a serio, y casi inadvertidamente. Son los niños: esa es la cualidad salvadora. La desgracia en un niño, llena de piedad a los hombres y a veces son generosos. Pudo hacer todos los cursos de violín gratuitamente. El plantel le obsequió un instrumento, merecimiento a su dedicación y al enorme sentido artístico que empleaba en todas las interpretaciones.

Cuando se deja de ser niño, el individuo se nivela automáticamente a los demás seres y se es en general, hombre. Entonces se olvidan todas las garantías y cualidades y tiene que luchar por sí mismo y contra los demás. Necesita vivir. Tiene que vivir a pesar de todo y esa vida le exige sacrificios y trabajos. Entonces lucha, y ama, y odia. Combate todas las armas para ganar el mejor la dura contienda. Los medios bajos y miserables que fueron urgentes en la lucha no le acusan y quedan olvidados formando el pasado. El mal que se hizo, fue por su vida! Está bien todo aquello que fue nece-

sario para el triunfo. Cada hombre tiene que derrotar a ese otro que se le opondrá. Tiene que ir dejando atrás a todos esos y emancipar su camino, habriéndolo para la comodidad de su paso sonoro. ¡Quién creó esta humanidad! Un hombre vale una vida y éste tiene que usar muchas vidas para sostener la suya. ¿Por qué son permitidas las audacias minoristas? Ya vendrán los que nivelen con un borrador de fuego las diferentes posibilidades físicas e intelectuales, construyendo la paz con la igualdad económica.

Los ojos sucumben ante la expresión de la forma, los sentidos ante el ideal de lo bueno y lo bello y sólo el arte muere ante el arte. Antonio, a pesar de un esfuerzo y lucha tenaces, cada vez va quedando atrasado; como hombre, le han vencido hasta el último de todos los seres. ¿Qué vale su arte sublime? ¿Su grandeza emocional y su pureza de espíritu? ¿No es él una negación terrible de la forma humana y una censura del vicio y degeneración de esa misma humanidad?

Nada le valía, ni su comprensión sublime sobre la música, como decía devoto, la síntesis de todas las artes y de todas las humanidades. Dedicaba y comprendía su amor a la vida y a los hombres, sintiéndola como la expresión de un pueblo, la vida de toda la tierra. A veces creíanle loco oyéndolo hablar. No tiene en sí, cuerpo ni forma, está sobre todo lo tangible; pero cada ser que ha oído, abre una habitación en su cuerpo y alcanza un carácter de biología, de creación, de amistad. La música, es la voz única del hombre, en su dolor y alegría, en su amor y en su odio. Es el sonido de nuestro cerebro que funciona; de la bulla que hacen nuestros pulmones cuando respiran; es el murmullo incesante que tiene

la sangre al recorrer todo nuestro cuerpo, envolviendo y agitándolo hasta llegar a nuestro corazón, donde se centra y sostiene la vida; hasta como deben tronar las grasas para darnos las calorías necesarias para nuestro equilibrio térmico; el choque de los alimentos y los jugos digestivos; el sonido agitado de los nervios que trabajan, el roce de los huesos, nuestro pensamiento y nuestra voz. Esa es la música, decía. El movimiento sutilizado de nuestro organismo y la comunidad de todos los hombres. Lo que flota, y es, y no es la materia. Que nos señala lo que es la vida y lo que es la muerte. La música es unidad biológica, ética y metafísica. Es un hombre y todos los millones de hombres que han crecido al borde de la tierra. Como la humanidad, es naturaleza: carne, tierra, árboles, y fango, y fuego. Esta profanidad bella en su credo a la música, indicaba la gente como una de sus locuras; no les era posible comprender ni la profunda y humana emocionalidad, ni su tono de hombre de los infiernos.

Dé nada le sirve esta grandeza superior. Para llegar con su arte, necesita hacer aceptar el horror de su asquerosidad física. Pero aprenderán las aves y florecerán las flores con su nuevo sonido. El viento recoge sus notas magníficas y el eco que va llevándose, entierra en el corazón de las flores, en el oído atento de los troncos erectos, surcan la sabia hasta hacerse raíz, se armonizan los vientres y tal vez se enriquecerá la sensibilidad de las maderas; que en el húmedo corazón de palo rezongue su música, quede encerrada y se herede a las nuevas generaciones vegetales. Pagará así la sombra que le ofrecen al calor del sol y por el agua de lluvia que detienen sus hojas, cuando se favorece del tiempo al pie de los bosques.

* * *

A las calles concurren y se ve a las mujeres; Antonio las veía cruzar, reír, hablar y a sus cuerpos cubiertos de telas de colores. Se imaginaba de ellas como escaparates, adornadas de lujo o discretamente; y él empañaría sus arreglados al acercarse. Pero estos escaparates estaban cubiertos de cristales opacos y ni siquiera podían retratar borrosamente su imagen y tampoco podía penetrar con sus ojos y poseer viendo, esa verdad interior. Veía piernas macisas y fuertes y adivinaba el desnudo desconocido. Conocemos y podríamos bordear imaginativamente un desnudo, perfectamente fríos y morfológicos, pero cada vez que se nos ofrece a la vista, nos detenemos ante una revelación que no sabíamos, que parece espantarnos y temblamos junto a la realidad. Veía los senos titilar al andado de las hembras, sus labios, sus ojos, sus cuerpos, y sabía todo lo que se hace con ellos, y era un hombre. Para él también debía de haber una mujer; amar, gozar; todo. La mujer se burlaba de su forma y la hembra despreciaba su virilidad. Un ser que vive tiene derecho al amor, amar y ser amado. Amanse a los muertos con el recuerdo que de ellos queda en la vida y a ellos se les ama, aunque es un amor siniestro, de sacrificio. ¿Vive Antonio o es un muerto? ¿puede amársele? ¿y él, derecho de amar? Tenía un resto de deseo enfermo, sin valor; un macho anémico que necesitaba convencerse de una fe, que indique la perennidad del amor ideal.

En la evolución sexual, como imprescindible e inviolable ley biológica, se tropieza con la fase au-

toerótica, que es el desahogo de las primeras excitaciones, tímidas, a la elección del objeto sexual. Lo primero encontrado al inquirir por la incógnita dolorosa, es el descubrimiento del propio cuerpo. En las primeras edades no es vicio ni pecado, pero es la prueba de la que depende el futuro sexual e intelectual del hombre.

En Antonio se problematiza en todo orden, el conflicto de la vida de relación y su derrota en el medio le hacía tornar desalentado, sin proyección de su hombridad; para él y por él; a veces se daba asimismo un carácter de víctima y otras de triunfador. Con los ojos abiertos y estupefacto entendió su drama, el más sencillo y fatal. Es que su masculinidad estaba cruelmente reducida; no podía relacionarse, proponer; esto obligaba a su espíritu y a su sexo, a una cualidad de timidez, de encierro, buscando dentro de él, filones de placer e interpretación de sus inquietudes. Hasta llegó a creer que su honor de hombre horrible y asqueroso no le permitía; aún más, por delicadeza. En su humanidad misma, explicaba y terminaba todo el acerbo de inquietudes difíciles que germinaban a cada floración de una hora de su vida.

Su inclinación seguía irreemplazable y desgraciada con su valor negativo. El desnudo, una mujer excesiva, de afecto sexual desbordante, eran motivos suficientes para la verificación. Esto era fatal e inclemente de su vida; recludo y amordazado hasta los límites de su cuerpo. Pretendía a pesar de todo, acercarse a una mujer, sentir el calor de otra carne, su olor, su palpitación. Lo aprovechaba siquiera en los grandes tumultos; se juntaba fuerte, asfixiado y gozoso.

* * *

Antonio habitaba en un cuarto de las afueras de la ciudad. La pieza tenía un aire sombrío y pobre. El mobiliario constaba de una cama antigua y apolillada. Una mesa escritorio y comedor. Tres sillas manchadas, en una de las cuales hay amontonados papeles escritos y música impresa; junto, un atril. El violín está en una caja cuidadosamente apartado, en el mejor lugar, bajo la ventana en cuadro. Las paredes negruscas y lastimadas sostienen algunos cuadros, entre ellos, un retrato terrible de Bethoveen, un Cristo, la Magdalena y algunas alegorías. Indudablemente, en las paredes va acumulándose como se sucede el tiempo, de la personalidad del hombre que las posee y las educa. Tienen sedimentado el resto de valor que no utiliza fuera, contra las paredes crecidas que limitan las calles y contra las paredes de carne que limitan el cuerpo de los hombres. Como que sorvieran los ratos ocultos de alegría y dolor, sus vicios y sus oraciones. En las paredes de la pieza de Antonio, estaba esparcido el color de su enfermedad, el olor nocivo del vicio y la maravillosa dulcificación de su música.

Es que Antonio tenía una personalidad vigorosa, sublime: la musical. Era un artista refinado y cruel. Su música era grande. Sí, su música. La que creaba como un Dios ermitaño, la que también rugía como destilada del morbo jugoso de su cuerpo. Vibraba humana como arterias y como deleite sutil. Todo su poder y su acción tenían expresión única, vaciamiento integral, cuando vibraban las cuerdas encendiendo su corazón y su cerebro. Triunfaba de su cuerpo miserable. Era su música gran-

de y maravillosa, era en sí, la sola expresión de toda una vida. Al tocar, no era el Antonio que cruzaba las calles vencido y despreciado, era un hombre magnífico, poderoso, capaz de conmover a los campos y a los corazones; a los pies de su arte se posaba el latir de cientos de dolores y la alegría de miles de pechos.

Su cuarto era también sala de conciertos. Allí se refugiaba todas las tardes; allí retiraba sus meditaciones y escondía su cuerpo.

En esa pieza engrandecía su música y acumulaba el odio intenso que pensaba en contra de los hombres; ellos evitan su roce, les repugna su sudor. Imprecarles con su baba, contaminar su forma para que persista la imagen en el cerebro calenturiento de las mujeres preñadas; manchar las sedas, rasgar los trajes de fiesta. Que vibre su horror entre los cuerpos hermosos. Que más da. El y su forma son una verdad y una realidad incontrovertibles, y parecen cosa extraña, un horror. Está su cuerpo como un castigo biológico, pero hiriendo las pupilas de la gente quizá hiciera constar su protesta.

Antonio musicaba también en medio de los bosques, en las praderas, junto a la corriente de los ríos, en la naturaleza toda. Cuanto amaba a la tierra. En ocasiones, se entendía como ejemplar único, como individualidad absoluta, como humanidad completa y unitaria, al mismo tiempo ser toda la tierra, en llanuras, mares y montañas: toda la superficie irregular y montuosa. Comprendía la vida sembrada y madura de la tierra, traducía su lenguaje inmenso, el del viento, el sol, las tempestades.

Jorge Fernández

Espléndida en verdad, la tierra, con su poder para justificarlo y para amarlo, para rendirse a su emoción con la luz, y para derrotarlo piadosamente con la noche.

Era una cosa humana su forma. Algo conmovido y horripilante, pero humano. Y reía incesante, a cada gesto desordenado que tenían los seres cuando le veían y no alcanzaban a disimular su afección. Al principio, esto le hizo sufrir. Pero luego reía, y se burló de todos y se burló de él. Sólo le hacía sufrir el cariño de alguien. Es que amarle a él...
Ja. Ja. Ja!

II

Antonio vivía del sueldo que recibía por tocar desde las nueve de la noche, hasta lo más avanzado de la madrugada, hasta clarear el día, hasta cuando despachaban al último de los que fueron por aturdirse en el «café del ciego», que llamaban los clientes.

Desde que entró allí, cambió su concepto sobre la vida o por lo menos, la conoció un poco más a fondo; los espectáculos fueron demasiado fuertes para su espíritu humilde.

El color de las noches era el mismo dentro del local; el trayecto variaba. En invierno, muchas veces llegaba calado de agua hasta los huesos y debía aguantar así la función, tocando música baja, la que pedía y obligaba la demencia de los hombres. Por aquellas calles oscuras, se le veía pasar cabisbajo como una sombra que llevara en los brazos un violín, con paso tardo y quejoso, por el fondo, por donde más escondían las obscuridades de las noches.

El «Café del Ciego» era la guarida última de la podredumbre de las horizontales y tenía la concurrencia asidua de maleantes, perseguidos y gente baja. Las escenas se verificaban brutales y feroces. Peleas tremendas entre los hombres borrachos; disputas de mujeres por el hombre de la noche; reñían

histéricas y felinas, hasta sangrar y despedazarse. Las orgías eran inauditas y mortificantes. Todos los ejemplos de deseo y animalidad, al ayuntarse en promiscuidad. Cuando más ardiente era la ebriedad de la gente, era corriente ver resbalar a una pareja que bailaba y como nadando en los cuerpos y baba de alcohol, quedarse horriblemente amorosos y dedicados. En las bancas se emporcaban y revolcaban, entre sudores, saliva y vino. Escupía, rugía, y gozaba toda esa animalidad pura. Parecía que se batían. La hembra y el macho se atraían y repelían con los músculos tensos, apretándose y triturando la carne. El ambiente se empañaba de humo y olor de sudores, hasta un calor asfixiante. Muchas mujeres caían agotadas e iban quedándose derrumbadas, descuartizadas, en el lugar que les tomó el desvanecimiento final. Las parejas se quedaban cruzadas; algunas desnudas, con su carne pálida y empolvada.

El deseo escondido, hacía que Antonio aprovechara a veces la inconsciencia absoluta de cualquiera de ellas, para poseerla, escondido y trémulo, y se abusaba del espasmo seco y terrible que le sobrevenía.

Una noche le pilló una de las mujeres y se decidieron a jugarle una burla. Sufrió esa vez el ultraje y la pifia más horrendo. Prepararon la fiesta. Llamaron a los amigos de gran confianza. Le pidieron a Antonio que vaya esa noche lo más arreglado. En esta sola ocasión se le atendía y ya estaba también un tanto embriagado. Avanzada la noche y la orgía, un hombre fornido le tomó en sus brazos y comenzó a batirlo por el aire, sosteniéndolo de los pies. El hacía gestos de dolor. Produjo una algazara terrible y las mujeres entusiasmadas vivaban y alentaban al héroe. Una detuvo en el aire la cabe-

za y atrayéndose la colocó entre sus muslos y la apretó removiéndola de los cabellos; anduvo varios pasos hasta caer y quedar con las piernas abiertas, al aire, con la cabeza de Antonio tal que un pulpo horrible prendido al sexo. Produjo una festividad impresionante. Le alzaron, colocándole en una silla puesta sobre una mesa, desnudo, con sólo la camisa que le cubría hasta la cintura. Siguió la orgía al ruedo de esa ficción de sátiro, de ícono asiático, terrible, enloquecido y siniestro. Una mujer se desnudó totalmente y se abalanzó como una tigresa sobre las piernas colgadas y oscilantes, parecidas a dos huesos sucios cubiertos de cuero seco: montándose le manoseaba y rozaba con sus muslos y su calor a la desnudez ridícula de Antonio. Ella le hacía una simulación, se agitaba sobre él, hasta hacerle provocar un deseo doloroso; comprendió que gozaba y se botó fuera haciéndole una muñeca despectiva con la lengua como prueba de su maldad, y cogió un hombre, porque ella también ya no podía. Antonio tuvo una polución. Fue lo máximo. La gente ardiente se entregó a su más alta bestialidad. Realizaban con actitud brusca y trepidante, dislocados, en medio de su potente normalidad de hombres uniformes, unitarios en los actos y en el fin, estricta y plenamente fríos de lo espiritual e inteligente, bajo el dominio del calor de la sangre, de la fuerza ardiente del instinto, en estos hombres de espontaneidad animal, que están fuera del poder de crear y perdurar. Antonio se desmayó y le botaron así sin vestir, amontonándole como un fardo, sobre otro cuerpo tendido.

Desde aquella noche no regresó más. Tenía náuseas y horror. Huía de la gente como si se sintiera culpable, que cada uno debía acusarle. Las orgías, la carne rodando, la ferocidad brutal de los

hombres poseídos de una angustia frenética revivían como visiones en su cerebro calenturiento. Durante un mes, permaneció enfermo de susto.

La brutalidad humana, en su deseo ciego de aturdirse, ensaya las formas más atroces. Mientras más torpe tiene el concepto del arte y de la vida, más salvaje se muestra su expresión de locura bárbara.

El placer es una necesidad biológica y es un arte. Es un requerimiento de la materia y se ejecuta mediante el arreglo de la inteligencia. Poseemos la mujer, como esposos, como amantes o como bestias. En cualquier forma, es trascendente para la especie o para nuestra vida. Creamos otra vida, o destruimos la nuestra. Se unen tanto en el instante biológico la vida y la muerte, que creemos en la perduración o en la abolición inmediata de nuestra existencia. La vida y la muerte. Ser y nada.

La tierra se inauguró de tierra y sigue siendo tierra. Tiene plantas, árboles y flores. Insectos, animales feroces y potentes, además de hombres. Todo se mueve al control de una gran energía. La Física nos enseña la dirección del movimiento de la tierra, la caída de los cuerpos, y por qué principia y termina nuestra vida.

III

Es un paraje solitario y augusto. Campos, árboles y plantas. Dos hormigas, empeñadas en un trabajo incesante, tratan de llevar a su hogar un pequeño terrón. Lejano se oye un ladrido jubiloso de perros, y aquí que hay extensión infinita, la voz remota de los perros parece que anda cavilando por la búsqueda del término de ese infinito que se multiplica tras del sol. A ratos se calla la naturaleza; parecen las cosas pendientes de la altura milenaria. Surge entonces una vibración dulce, una melodía sublime. Antonio entona su concierto espléndido, ahora, en el manifiesto del sol a la vida y a la multitud de montes y llanuras. Su canto se eleva sonoro, lleno de victoria, himnando la alegría universal de la tierra, desde la pureza del cielo al ofrecerse a todos los ojos de las cosas claras en la mañana. Su canto también tiene esa luz transparente de la mañana, arde en esa alegría de savia fresca.

* * *

La noche es sombría. La naturaleza obscurecida, jadeante y sonora. Por la ventana de la pieza de Antonio, se ve caer la lluvia copiosa y negra. Una vela alumbra tenue, colocada en la boca de una botella. El viento hace temblar la llama, y la luz

oscilante, hace mecerse en el suelo a las sombras escuálidas que proyecta. Él está en una silla, con el violín cruzado sobre la falda, pensativo, visionario.

—El vientre de la madre que me engendró, debió tener una obscuridad siniestra como la de esta noche. Debíó estar así, sin claridad, sin pureza. No todos los engendros merecen la vida...quizás mi padre debíó masturbarse antes que darme el ser...yo... pero estoy bien, a pesar, porque siquiera repugno. No. Recuerdo. Serían la seis de la tarde. Sí, era esa hora. Miraba la luna y me bañaba en su esplendor pálido y frío. Estaba como en éxtasis. Verdad. Yo soñaba, y me suponía que era un atleta, un campeón. Ja. Ja. Ja. Pero esta incertidumbre de mi vida! Yo amo todas las mujeres bellas. Las amo escondido, de lejos, sin hacer notar mi presencia, para que no se destruya ese encanto que me utilizo, cuando los ojos bellos notan la presión de mis ojos enfermos. No. Aquella que se fijaba tanto en mí, con piedad. No, piedad no era! Eso me ofende. Era acercamiento, afinidad; ¿tentaría ser buena, comprendiendo? No; hoy está la naturaleza triste y no quiero ofenderla con mi alegría. Ella me miraba amorosa, tierna. Que hermoso el calor de sus ojos. Debe ser muy buena. En su ventana están siempre frescas las flores. Ví una vez, que un pájaro cantaba a su ventana posado en el alambre eléctrico que queda a la misma altura. Ella le oía atenta y me pareció como que suspiraba cuando voló. ¡Vamos! Yo ví esto por casualidad. No me interesa. Sus ojos son negros. Que bellos son esos ojos. Esta nueva cuerda para el violín ha resultado maravillosa; da voces voces nítidas, claras; me produce una música tan fina, que a veces no la conozco. Son las diez de la noche. Guardaré este resto

de vela, que quizá necesite mejor mañana por la noche.

* * *

Antonio volvió a encontrar a aquella mujer de los ojos negros y dulces. Y se quedó temblando, lelo, sembrado en la acera, hasta que se perdió de vista. Pasó, y no se preocupó más. Una noche no podía conciliar el sueño y tenía la cabeza pesada. Salió a tomar aire; paseaba indistintamente por las calles. De pronto se detuvo impresionado, frente a la casa de ella; había llegado sin advertirse. El faro de la esquina la iluminaba en partes. Los balcones estaban cerrados y silenciosos. El alambre de la electricidad, se mecía despacio con el viento. No se por qué, pero se detuvo gran tiempo, pensando en la forma del edificio, en los alambres, en la noche.

Al día siguiente, se acordó del paseo verificado y quiso volver a rondar por esa calle. Era tan agradable. Tenía una melancolía suave y parecía tonificar su organismo enfermo, el aire puro de la noche por esos lares. Era plana y sin gradiente la calle, de modo que el paseo no le cansaba. También había placidez; esa atmósfera le parecía ya tan conocida y propicia.

Antonio se agotaba paulatinamente. Tenía como una agonía resistente, una fuga lenta de vitalidad. El aire húmedo y malsano de la pieza, congestionaba sus pulmones. Le faltaba alimentación eficaz; su misma vida reducida, sin alagos ni alegrías, matabanle despacio, haciéndole sentir cansancio y como un letargo morboso de la vida. La falta de fuerza

le hacía andar más recogido, encorvado; parecía que su humanidad se fuera simplificando cada vez.

El segundo paseo le pareció poco expansivo; debía hacer algo mayor. Por lo menos, que la soledad espléndida note su presencia. Ocupar gran espacio, ya que se limitaba su libertad de infinito... Mecánicamente regresó a su casa y llevó consigo el violín.

Con el instrumento se sentía armado, fortalecido. Las sombras se extendían a sus pies alargadas y disformes; había una pequeña claridad, que formaban un poco de luz lejana mezclada con las sombras. Cavilaba indeciso antes de tocar; le atemorizaban, talvez, las paredes altas y silenciosas. Luego se abrazó de una alegría inmotivada, una alegría simple, y tocó. Su música estaba ardiente, devota. De las notas fluía un deseo de amistad. Sin tener un propósito objetivo, sin que se diera cuenta, la música se informaba de un amor puro y brillante. Era, como la caricia de un niño jubiloso que entrega íntegro y fiel, todo su alcance de piedad, toda esa dulzura que construye y remoja a los espíritus sombríos. El sonido se extendía como una fibra leve y clara; pasionada, llena de ardor; con la fe única de todo el hombre.

Luego se retiró satisfecho. No creía haber hecho nada, pero nunca se sintió tan gozoso después de tocar, que al hacerlo por esa calle. Estaba satisfecho como nunca y al dormirse, quedó dibujada en sus labios una sonrisa tenue y acariciante.

Al día siguiente despertó tarde, pero tenía en orden las ideas y estaba tranquilo su pensamiento. Se dispuso a conseguir alimento. Ahora estaban

en paz, su cuerpo y su espíritu. Tenía una plenitud de concordia. Su comida fue pobre, pero la saboreó frugal. Por la tarde, salió a pasear por la orilla del río. La tarde era clara y el agua corría susurrante y pausada. Todo este colmo de felicidad en él, provenía de algo, que obscuramente comprendía, pero sin valor para confesarse a él mismo. Amaba a esa mujer. Habría puesto en ella toda su fe, su vida y su perdón. Una sonrisa a él, podía hacerle eternamente dichoso. Pero tenía temor de concebirse en el sentimiento de la mujer de los ojos negros. Las horas sucedíanse lentas y monótonas. Le venía ya una inquietud molesta, apremiante, un deseo de precipitar el tiempo, acortarlo a que llegue la noche. Es mejor la noche como el color de su piel. Tenía necesidad de la noche, del enmudecimiento total de las cosas y al parecer, hasta de la vida. Y todos sus actos, inclinábanse a forzar las horas y acrecentar su ilusión opaca. Por este empeño infracósmico, olvidó sus necesidades y se olvidó de él; llegada la noche, a la hora deseada, de tanto esperar estaba cansado; tomó estrictamente el violín y se dirigió a aquella casa. Esta vez, tocó lleno nostalgia, de pesar. Coplas tristes y sonoras de un fastidio interior; su tristeza era dulce y evocaba; no terminó de tocar, rasgó un acorde sin concluirlo y fugó hasta su casa. Estaba nervioso y febril.

Desde entonces se descuidó totalmente de sí mismo. Estaba abstraído, pendiente de la noche. Varias veces concurrió a esa hora de la noche. Más o menos, han transcurrido diez días. Casi sus fuerzas no responden a ninguna función. Durante el día, permanecía tumbado en la cama, en espera de la noche. Hoy tiene fiebre y un sudor gris exhala de su cuerpo; está débil y anhelante.

* * *

En la casa, la mujer de los ojos negros, había oído todas las serenatas. La primera vez oyó sólo porque hasta ella alcanzaban los sonidos. Luego recorrió su intimidad y encontró entre ella y la música, una dulzura afable, una amistad espiritual. Sintió que las notas parecían recorrer su cuerpo y hacíanse de su vida; y para ella fueron de emoción intensa y elocuente. ¡Cómo amaba esa música! Tenía gran belleza y estaba en todos los conceptos humanos del sentimiento: amor, deseo, calor, cuerpos... ¿Quién tocaba? No importaba saberlo, lo importante era amar la emoción de las notas. También ella tenía inquietud por las horas, y procuraba acostarse temprano, en espera de aquellas notas que cubriendo su cuerpo, le hablaban cada una. Y se figuraba al tocador: un hombre alto y hermoso; los ojos azules y claros; será tan blanco, que no se atreverá a besarlo, por no empañar su color. Ya lo verá; ya ama su arte; amaré al hombre; no será difícil revelarse.

* * *

Antonio meditaba en su pieza. Por primera vez, recordó de la mujer que vivía en la casa ante la cual él daba su serenata. Ella había estado en él, inconscientemente, pero en un gran recuerdo informe. Precisaba su imagen.—Hoy deseo más que nunca llegar en la noche a su ventana, y tocar. No; mi vida ni mi cuerpo pueden amarse. Sólo la música a podido amar; por eso a veces, estas notas surgen ajenas y desconocidas. Que sigan amando...

Antonio, en esta noche helada, ante el asombro de la noche piadosa, al pie de la tiniebla, frente a la ventana de la mujer de los ojos negros, gemirá una vez más, como siempre, erguido en su música, su caricia fiel y dolorosa.

Su cerebro tiene una claridad sorprendente. Tiene fuerzas y dominio seguro. Esta gran vitalidad ha entrado de improviso en su cuerpo. Se dispone a entonar la pieza que tiene más su personalidad, su yo. En la música parece que vibran Antonio, el violín y el espacio. Todo él centrado en la música, con la cara de frente para arriba, con los ojos cerrados y los músculos de la cara crispados de emoción. Está ensañado, ciego a la vida, dejado en su música. Todo su cuerpo tiembla. Va a iniciar una escala difícil, en la que necesita toda su actitud como hombre y como artista.

La mujer aturdida, anhelante, se levanta de la cama y avanza hacia la ventana, abre despacio y busca. Entonces vió a ese hombre horrible, con el rostro descompuesto, a ese de aspecto siniestro y diabólico. La emoción intensa y sublime, y el contraste hiriente de la figura del hombre, no tuvieron lenguaje. Espantada, no pudo contener un ¡ay! en explosión de dolor y de angustia.

Desnaturalizado Antonio en su enorme fervor al tocar, no se dió cuenta de que salieron a la ventana, ciego, creyó que al gravar su emoción, había producido un sonido humano, una queja, una voz de mujer en las cuerdas, que sintieron rozarles una brisa viviente y animada. La escala quedó suprimida violentamente. Prendió los ojos en todos los contornos, temeroso y egoísta de que algún intruso le haya

vigilado y corrió como quien se precipita a alcanzar algo que se escapa. Entró en su cuarto y cerró herméticamente la puerta. Tomó el violín y le acarició delicado. Inició la misma escala para repetir aquel ¡ay! No oye nada extraño. Vuelve a repetir varias veces. Su rostro se idiotiza y enloquece. Increpa al violín con sus mayores insultos, y luego ríe, como proponiéndole la paz. Inicia otra vez su intento terrible. Aun no puede, pero él podrá. Ah! él podrá. Las horas pasan hasta venir el día sin hacerse sentir. Pero ha perdido el concepto del tiempo empeñado en su deseo fatal. Transcurren las horas y él, en medio de la pieza, descompuesto y tenaz, es un espectro que estrangulara algo inmaterial para arrancarle un grito. La noche ha vuelto a esparcirse sobre la tierra y él, fuera del tiempo. Todo su cuerpo se ha mantenido en una tensión poderosa, superior. Casi está impotente. Adula temeroso al violín; luego le escupe, rabioso, la sangre de sus labios triturados. Recoge todas sus fuerzas, inicia, y sus dedos convulsos rasgan feroces las cuerdas y con una crispación violenta de su vida, abre los brazos y el arco y el violín se estrellan contra las paredes, mientras cae pesado y sin aliento.

Está helado. No se mueve. En sus labios contraídos por el esfuerzo, parece dibujarse un ¡ay! de dolor y despedida.

Muy lejos, un campanario, como sortilegio de brujas, ejecuta en el bronce doce cantos de media noche.

Quince días después, la sanidad recogió su cadáver, ya negrusco y maloliente. La putrefacción avanzó tanto, que estaba completamente descompuesto, y

Antonio ha sido una hipérbole

recogido en un paño, fue botado en el hoyo común de los que mueren sin merecer una lágrima.

La tierra se inauguró de tierra y sigue siendo tierra. Tiene plantas, árboles y flores. Insectos, animales feroces y potentes, además de hombres. Todo se mueve a la orden de una gran energía. La física nos enseña la dirección del movimiento de la tierra, la caída de los cuerpos y por qué principia y termina nuestra vida.

Motivos de una agonía

Intempestivamente, después de separarse normalmente, Carlos Alberto a caído enfermo. Me ha dicho que tiene un malestar total y como un fuego terrible que le consumiera a lo largo del vientre. Está completamente excitado y nervioso. Más que nada, la intranquilidad y el susto, pueden causarle mayor daño. Su cuerpo se dibujaba toscamente en las colchas desarregladas; a cada instante se mueve para buscar mejor comodidad. La frente brillante y pálida, transpira de un intenso movimiento cerebral. En el corto tiempo que estoy con él, me ha hablado de cosas tan diversas y desiguales. Su cerebro parece dispersarse en la fiebre, pero la piel no dice más que el dolor físico; en sus ojos, ratos en éxtasis, otros aplanados y mudos, después de excavarlos, encuentro una multitud de imágenes febrilescentes. Tiene los ojos prendidos de la bombilla eléctrica y se dijera clavado en el surco de luz. Casi ignora mi presencia; Carlos Alberto sólo presiente la terrible insolación interior, que, me parece, terminará por enloquecerlo. Trabaja con sus ojos enfermos y escucha una voz secreta, única, creada por su mismo dolor a su misma sensación: —llevo dos días en cama, con un dolor oprimente, agudo, al lado izquierdo del pecho. No estoy seguro de que estoy enfermo, pero tengo una desmoralización nerviosa total. La sangre corre a veces normal y otras precipitada. Una fiebre angustiosa a ratos se sucede y me desequili-

bra. No quiero convencerme de que estoy enfermo, pero esto es lo más seguro. La respiración se me dificulta. El corazón, el pulmón, ¿qué es? No acierto aunque es verdad que no vivo en estos instantes. No es vivir, derrumbado en una cama, imposibilitado, destruyéndome, fuera de toda posibilidad física e intelectual. Es que no puedo pensar en nada. Siento una cobardía escalofriante, para poder pensar de mi vida luego de unos minutos, una hora o de un tiempo más. Si el mal cobarde, que me parece tan leve, súbitamente se engrandece y me imposibilita fatalmente ¿qué será de mí? Todo lo que he hecho, he estudiado, más que nada, lo que deseo y pienso hacer más tarde por mí, por todos los hombres, por mi raza, todo truncado, decapitado por una sencilla y obstinada circunstancia: la muerte. Este hombre que ha pasado frente a mi ventana es moreno y es, ya un anciano. Por lo menos a vivido cuarenta y más años que mí. Esto es admirable! Yo estoy enfermo y no voy a poder vivir lo que aquel hombre. Como quisiera cambiarme con él, pero la edad que hoy tengo, trasladada a la misma edad mía que tuvo en su vida transcurrida. Entonces habría vivido los cuarenta y más años que él me pasa; sería ese hombre, pero con mi personalidad realizada. Cuantos recuerdos tendría. Oh, como no ser ya anciano, pero que haya sucedido absolutamente todo lo que me tiene que suceder en mi vida posterior y no importarme hoy, estar enfermo; es espantosa la incógnita del futuro. No puedo seguir con el tiempo, tengo que destrozarlo, para avanzar un tanto más de mi vida. ¡Tiempo! ¡Tiempo...! (Carlos Alberto tenía las mandíbulas apretadas y los músculos contraídos. Yo seguía silencioso, escuchando la voz débil de su cerebro). Ya viejo, hecho

y deshecho todo; ¿qué me importaría? Pero ahora, tengo veinte años recientes; veinte años mozos; no he hecho nada ¡y si me muero! Que horror! No es posible. No tener juventud, no vivirla, quedar tan obscuro como naef. Sólo se acordarán mi madre y mis amigos y nadie más, porque no he hecho nada bueno, nada perdurable. Qué dolor en el pecho! Si ya fuera ese anciano, todo lo que mis posibilidades habrían estado al alcance de hacerlo, lo habrían hecho. Qué feliz será ese anciano que ha hecho todo lo que tenía que hacer, malo o bueno. Cuando era como yo, tenía sobre su vida una responsabilidad terrible; con una orden cósmica sobre sus hombros; ser hombre. Ya ha sido él; ha cumplido y es un viejo. Qué hermoso es ser viejo y no importarnos la vida de la muerte. Es admirable aquella frase de Wilde: «Los abuelos nunca tienen razón»... Y es tanta precisa; ninguno de ellos, ni este tan sereno que ha pasado frente a mi ventana, acordará conmigo en esto. También querrá seguir siendo hombre; pero su virilidad entumecida, su anemia y melancolía intelectual no le dan lugar. Ya no pueden ni crear ni renovar; eso es sólo posible a nosotros, porque es el valor característico de la juventud; ellos fueron, y ya dejaron de serlo. Ahora que puede ser que me muera; ya quisiera ser hombre anciano; no tener razón; haber cumplido todo mi encargo de hombre. Es que está tan obscuro el futuro de mi vida frágil, desequilibrada, de estos instantes. Estoy jugando con algo desconocido una partida dolorosa. Inca en mis sienes la desesperación del jugador que va a perder o ganar todo, pendiente del valor de la carta nueva y final, colocada en cualquier intersticio de mis minutos. Como el obscuro y misterioso enigma de una carta virada, está mi vida o la muerte. Es

que esta enfermedad, puede no dejarme crecer, diseminarme. Si pudiera hacer algo. No se si estoy o no enfermo. Voy a probarlo con el cigarrillo; si no me hace daño, no estoy en absoluto enfermo, pero si me hace mal, no hay duda. Pero no, es mejor que no. Que diga el médico silencioso y brutal con su frialdad. Que importan a él, ni yo, ni lo que pueda hacer. Sólo veo la vida desde los cristales opacos de la ventana. Como no quisiera estar en ella, ahora creo es más necesaria para fortalecerme y curarme. Suenan los autos, el correr, el hablar de la gente; la vida que trabaja y se agita; todo. Aquí, silencioso, olvidado, inútil. Este hombre joven que cruza, puede también enfermarse. No usa chaleco y el saco abierto en este frío tan crudo puede hacerle daño. Casi está descubierto el tórax y se dibujan clarísimos los pectorales. Su lado izquierdo puede afectarse como me ha sucedido a mí, sin darme cuenta. Y él tampoco se da cuenta. Pero no. El está completamente bien. No le pasará nada. Me acuerdo que también he andado así, descubierto, casi al aire, sin que me suceda nada. A él tampoco le sucederá. Como pudiera correr, ir de un lado a otro. Todos pueden, andan, pasean, tranquilos, serenos. Me muero en mi angustia y nadie acude!—. En este divagar de Carlos Alberto, se sobrecogió instintivamente y con los ojos enormemente abiertos, buscó por la alcoba, algo, como que le apoyara, que le consolara. Únicamente yo he permanecido a su lado y, al verme, se quedó mirándome fijamente, hasta turbarme. Quise hablar, pero eran demasiado intensos sus ojos sobre mí. Debajo de la almohada estaba un pañuelo, lo tomó y se sonó fuerte, repetidas veces. Seguidamente, de su ternilla derecha, principió a gotear sangre. Era peligrosa una he-

morragia para su estado; acudió la mamá para curarlo; taponos de alcohol, agua oxigenada, percloruro de hierro; la nariz hinchada, y completamente manchada de sangre la cara y las ropas. Diez minutos de un gotear incesante; la sangre se escurría silenciosa, precisa y desesperante. Pudieron calmarle con una inyección de Ergotina; Carlos estaba totalmente sucio; su color había cambiado; el rostro lívido, demostraba un cansancio poderoso. Respiraba fuerte y defectuosamente. La cabeza tenía hundida en la almohada, y los ojos cerrados. Seguía pensando, enfermo, incansable. —La hemorragia me ha desesperado. La sangre es el líquido precioso de nuestra vida, al ver fugarse del cuerpo, desperdiciarse, he sentido gotear mi vida, disminuirse por gotas, una más y una más y otra....Cuanto trabajo y tiempo del organismo requiere la formación de la sangre. ¡Esa gota que salpicó tanto que fue la que avanzó más! Saltó como si lo haría en el corazón; es que debe saltar así, roja, ardiente, delgada; y puede conocer en ese instante una intimidad familiar de mi organismo. Esta gota de sangre, esta misma que desde la arteria rota del interior de la nariz se botó al espacio, acaba justamente de recorrer todo el organismo; todo. Estuvo en el cerebro y ayudó a pensar, ¿qué habría pensado yo en el momento en que cruzó por el cerebro?; pasó por los ojos, los oídos, invadió todos los órganos y al pasar el corazón, en compañía de más sangre, latió; estoy pendiente de la pulsación para controlar la fiebre, de modo que yo la sentí, clarísima, viviente, sonora. Es una revelación maravillosa; que admirable la gota de sangre; si pudiera revelarme algo más, sobre la vida, sobre su calor. Este rumor de frío, de helación, que circula por la epidermis y el centro del cuerpo;

es un frío nervioso, de agotamiento, se ha disminuido un tanto mi vida con la sangre perdida; tengo menos energía, menos vida, menos sangre. Este frío lleno de horror e incertidumbre. Hizo bien aquel exquisito romano, el *arbiter elegantiarum*, de sumergirse en una tina de agua a 37° centígrados de temperatura, cuando se suicidó habriéndose las venas; así no sentía este frío inquietante y bárbaro, por no ser un frío puro, afilado, atacante, sino sólo un rumor interno de frío, que encuentro difícil calorizarlo. Que pobre es el hombre. Se agita sólo por la esperanza, lo que ha de darle el futuro, lo que será el devenir. No tenemos coraje para ejecutar algo sin esperar, no podemos formar una unidad absoluta y ciega de el presente, necesitamos del más tarde benéfico y plácido. Espero pasar tranquilo esta noche. Dormiré bien porque estoy agotado y ya debo dormir, descansar, olvidarme de mí mismo y de todo. Pero que solo, absolutamente solo, en esta debilidad; en este cuarto abandonado y en esta obscuridad. Y la obscuridad no es que sea nada, sino que es imposible e impenetrable; es idéntica en el principio y el fin, igual en Quito, en Tokio o en una estepa. Cómo no he de nombrar a la muerte; ni siquiera deseo nombrarla, pero me asalta sin poder desprenderme; este frío y este silencio de luz debe ser anterior a toda muerte. Alejémosla. Sueño... Sueño... Seguramente voy a dormir ya, ya. «La poesía de hoy, es el álgebra superior de la metáfora»... ¿dónde?... ah! en el folleto, «El nuevo clasicismo en la poesía». Muy interesante. El epígrafe colocado en la primera página me llamó la atención por lo sonoro, por la extraña distancia emocional y sensitiva que hay entre el álgebra y la poesía. Necesariamente me ha hecho recordar la frase de Franz Roh,

apuntada en una crítica publicada en la revista «Élan», «Orientaciones de la nueva estética», en la que regaña justamente a los que creyeron que la muerte de Anatole France, era «el principio de defunción por agotamiento del género novelístico». Decía el crítico interpretando maravillosamente toda una época nueva, «....que es muy posible que el arte esté en soterránea relación con la física de hoy, es decir, con su base de la «rígida tetradimensionalidad» con que la nueva física elimina todo dinamismo y pretende descomponer todo proceso en estados. El epígrafe del folleto está muy bien, tiene un perfecto acierto; está íntimamente de acuerdo como expresión de una nueva sensibilidad poética, pero me parece demasiado escrita, demasiado expresada. Es precisa pero muy brusca. Sueño. Sueño. Caramba! Pero como voy a dormir si he tenido ajustados entre sí los párpados, apretados, casi remordidos los dientes en un gran esfuerzo. Con esta energía física que he desarrollado sin sentir, no es posible dormir; pero no me he dado cuenta tampoco. ¿En qué pensaba? Creo que no he pensado en nada durante todo este tiempo. Ahora voy a soltar la vida, para cortar estas amarras de la conciencia, a formar una disyunción funcional muscular. Pero ahora ya los suelto. Así, así, ojos, boca....

Carlos Alberto, con los ojos fuertemente recojidos, ha permanecido en un solo sopor, que le creíamos dormido. La señora me ha hecho retirar de la alcoba, ofreciéndome una pequeña cena. Le he prometido pasar la noche junto al enfermo, por si sea necesario en las horas negras del amigo.

* * *

Las horas amplias de la noche, se suceden pesadas y oscuras. Estas horas así, lerdas y enormes, afectan con una gravidez mecánica en el espíritu de las cosas y en el cerebro solubilizado de los hombres en vela. Es un plomo negro que nos encierra en su cuerpo inmaterial y obstruyendo toda agilidad, nos obliga a ejecutar unos movimientos negros.

En otras noches, en esta misma alcoba, hemos estudiado obedientes al impulso de un futuro inquietante; hemos aturdido nuestras horas en jugar, cantar y talvez, soñar. Creo que hemos hecho todo y voy a convencerme de que esta pieza tiene parte de mi vida afectiva y orgánica. Momentos confidenciales de temor, alegría, entusiasmo, fuerza y fe de nuestros actos; nuestros espíritus se han desnudado en esta alcoba, han sido hermanos. Estar. Es una palabra más grande que existir y ser. Abarca todos los aspectos, ingramaticada e infinitiva, a los seres que existen y a las cosas que son; tiene derecho voluptuoso y enérgico por el presente. Estar. Es una verdad flagrante y visual; simplismo perfecto, sin responsabilidad, real y absoluta. Están ante mis ojos, las paredes, la cama con el enfermo, una mujer en esa butaca, las siluetas de otros objetos que no se precisan por la falta de luz; esto es irrefutable y magníficamente verdadero; están ante mis ojos, en la verdad palpable de ser esos objetos y esos individuos. Después de unas horas no estarán mis pupilas orillando sus formas; no serán la verdad de *estar*, y lo único real, seguramente serán, la silla y el escritorio del colegio. La verdad de *estar*, es la de *existir* y la de *ser*; sucesivamente y

casual, somos dueños positivos de la impresión en nuestra retina de la figura de cualquier cosa. Es una verdad sencilla, pura y momentánea. Primitivismo de la posesión, escueta, absoluta: está.

Un movimiento brusco del que dormía en la cama, paralizó mis divagaciones, haciendo que bajara la mano en la que tenía arrimada mi cabeza. No era nada. Carlos Alberto, mi amigo hace muchos años y hoy compañero del curso, está enfermo. Vine a visitarlo temprano anoche, precisamente para contarle lo que le ha pasado a Amelia, su novia divina como la llama, y no me fue posible. Bruscamente la enfermedad le ha puesto en peligro inminente. No me reconoció y su mirada vagaba indiferente por cualquier parte. Esto es extraordinario. En verdad, me he asustado. Tengo miedo, su enfermedad dicen, puede ser contagiosa y en ese caso, yo también en un momento dado como le ha pasado a Carlos, puedo enfermar y morir. Esto sería muy triste para mí. ¿Por qué me moriría yo? Es angustioso y tremendo pensar en la muerte y más aún, cuando se está enfermo. Ahora que la enfermedad le ha producido un desequilibrio mental debe tener una razón sensible de el concepto muerte, como diría el profesor de Lógica, y desearía saber cuál es la acción de su cerebro al tratar con su locura emocional a la muerte; la presiente como cosa, y debe amarla u odiarla; si espera la visita terrible y graciosa, o procura huír, sintiéndola como si dijéramos, que se agarra de sus miembros y quiere atraerle con esa risa dislocada de la imágen de nuestros huesos. Sería muy bonito que se acuerde de todo esto y me relate detenidamente. Y me parece que tengo fiebre. Siete horas en esta media luz imposible; un moribundo que nos enciende de temor; la compañía

de una madre, su dolor profundo, inconsolable. Ha sido una noche exitante a pesar de que el enfermo ha pasado tranquilo; ¿en qué ha consistido mi compañía? Casi en nada. Ha sido imposible consolar a la madre y mi impotencia se revela ante el avance audaz de la muerte. Si al menos la muerte fuera un potro cerril; la enjaezara de arneses hechos de fuego a que hiervan su poder y su maldad; entonces, dominándole con espolones candentes hacerla salir derrotada y que fugue, y fugue lejos del alcance de Carlos; podría salvarlo y sería un héroe extraño, dominador salvaje de la muerte. Oh!, pero si la muerte no es nada, nada. La muerte al fin, no es sino arrancarse unas venas, paralizarse el corazón; un pequeño disturbio orgánico puede producir el desequilibrio fatal. Y que sencillo es matar; un pequeño esfuerzo en el gatillo de el revólver, una puñalada certera y fécil. La muerte está en nosotros, en nuestra fuerza, en nuestra inteligencia. La muerte somos también, nosotros. Oh!, en mis manos está la muerte; ese fuego para mis manos, ese fuego, dónde....?

Inconscientemente escondí precipitado las manos tras de mi espalda, y esto produjo un movimiento brusco.

—¿Está nervioso usted?, me preguntó la señora. Ha sido demasiado bondadoso con Carlos y conmigo al acompañarnos. Cómo podré pagarle. Esta media luz silenciosa, el enfermo, todo se muestra tan inquietante. Quizá le siente bien una taza de café.

—No se inquiete señora. Me hiqué con mis uñas descuidadamente y el dolor hizo me moviera. No es nada. Nada.

Me encontraba anhelante, sudoroso. La intranquilidad me ponía nervioso y se fatigaba mi cerebro en suposiciones absurdas. Meditaba sin control; ideas inconscientes que surgían, precipitadas, nerviosas. Eran como sucesiones de un sueño, sin objetividad, obedeciendo al influjo de un deseo intenso y pasional. Abarcaba una fe de horrores, sacrificios ilógicos y brutales. No raciocinaba salvar a Carlos, pero me inquietaba la muerte frente a él; por lo menos, imaginaba sinceramente que lo salvaba, involuntariamente. No podía detener y normalizar. Para ello ensayé repetidamente, en acostumbrarme a pensar sobre otras cosas e inadvertidamente me prendía de cualquier palabra y se tejía toda una hurdidumbre tenebrosa. Como si mi cerebro se hubiera encabritado sobre la muerte y ejerciera sobre ella, su acción de defensa y venganza.

Cada media hora, había que cambiar el hielo de la bolsa que se le aplicaba en el vientre, y hacerle tomar jugo de piña en agua mineral. Esto era embarazoso y delicado. La piel tenía color amarillento y resbalaba la mano sin poder sujetarlo; el cuerpo inerte se hacía pesadísimo y era necesario un esfuerzo cuidadoso y tenso para levantarlo. A ratos, por su languidecimiento adquiría ciertas poses que provocaban una hilaridad extraña, de risa fuerte, larga y sin sentido, y hacía esfuerzos para callarla; también me producían terror. Y pensar que es el mismo Carlos Alberto, aquel muchacho robusto y risueño, tan amable y querido de todos, al que más he querido, y ahora, quien lo creyera, le tengo miedo; no me detiene, quisiera huír y no puedo. ¿Quién es? Parece una sombra, el reflejo espectral de lo que fue, que ha alcanzado andar, hasta más allá de la vida.

Ligeramente, por la ventana principia a iniciarse el nuevo día en la alcoba. La luz escasa y plomiza se iza atrás del último horizonte. Siento que esa luz se filtra por los poros del cuerpo, y parece que dentro, ya hay claridad, espacio. El sueño me agobia y mis párpados cansados obstinadamente se cierran. La noche ha sido larga. La señora está dormida en el sillón y su cara demacrada por la vigilia, está triste y dolorosa. No puedo imaginar la angustia de esa madre, pero su rostro conmueve; quisiera llorar para que mis lágrimas refresquen su piel y acompañar y detener su temor. Estoy completamente incómodo, pero no intento el menor movimiento para respetar su descanso. Nada se mueve ni agita; parece flotar un silencio majestuoso. Pero yo siento el reflejo lejano de los sonidos que producen todas estas cosas que me rodean, cuando se las toca, chocan entre sí o contra otro objeto; esos sonidos sin vibración me aturden; hay bulla; el aire tiene voces y sonidos concentrados, que explotan sólo dentro de mis oídos a la deriva, sin rumbo, en el silencio.

Carlos ha despertado y quiere cambiar de lado. Me acerco para ayudarlo y le saludo cariñoso. No me hace caso y se queda nuevamente estático, aplinado. No comprendo ni quiero suponer. Son las siete de la mañana, me queda el tiempo necesario para arreglarme e ir al Colegio.

He salido de la casa sin hacerlo notar; estoy agotado, inútil. Tengo un temor desconocido, inadvertido y presente. Me cruza del pecho a la espalda como un eje. Flota en torno una atmósfera extraña, densa, rara, que me sigue equivocadamente, como parece hacerlo la Luna en las noches claras.

No es posible trabajar ni tomar un estado normal. ¡Carlos Alberto! ¿Cómo sigues Carlos? Toda la noche a tu lado, he seguido cuidadosamente en cada segundo una a una tus palpitaciones; quería calmar la violencia de tu sangre, frenar esa vehemencia fatal. Me dabas miedo y te quería más. Estaba a tu lado como otras veces y no lo podías saber. Me veían tus pupilas, pero mi imagon no se impresionaba en tu retina, o si estaba dentro, impregnado, no podías captarlo y acoger en tu cerebro. ¿Qué tienes?

* * *

Han pasado dos días angustiosos para la vida de Carlos. Cada vez su estado es de mayor gravedad, paulatina, insensiblemente. Ha permanecido en un adormecimiento letal, sin deseos y sin fuerzas. Remedios y alimentos ha ingerido de un modo artificial.

Su madre se desespera; vela día y noche, cuidadosa, tierna, temiéndose también por su salud. La junta de médicos no responde y parece desalentada.

Son las dos de la tarde. Hace calor sofocante que aletarga. El cielo está azul, limpio. Por las ventanas chorrea abundante todo el sol. He oído decir que el sol es más benéfico que toda la ciencia médica. Siempre debió venir el sol en esta abundancia a la pieza de Carlos. ¿Qué ha hecho y qué hace ahora que no le salva? Quisiera arrastrar un poquito más a la cama, para que le iluminen de lleno los rayos, a ver si esto consigue componerlo.

En la pieza contigua están el doctor y la madre de Carlos. Conversan en voz baja.

Me acerco. Hablan sobre él.

Sus rostros están enternecidos. Pero cada uno quiere manifestar valor y confianza, y al borde de sus labios hay una fe temerosa de revelarse, que quiere decir, esperanza. Un poco confundido y para enmendar mi falta al intervenir entre ellos, alcancé titubeante a decir a la señora:

Me parece mejorado Carlos. Permanece tranquilo y puedo asegurarle que me reconoció.

—Quizá. Espero su vida y me aferro a toda esperanza. Todo me dice que vivirá. No puede abandonar a su madre. Me quedaría desamparada y sola. Usted le conocía; era robusto, sano. Gustaba los deportes y era apto a todo por su fortaleza. Cinco días de enfermedad no pueden consumir su vitalidad recia. Yo espero: quizá un milagro, quizá el doctor.

—Aun no estoy vencido señora, respondió el doctor.—El rostro sereno del hombre de ciencia infundía respeto. Sus cabellos estaban un tanto encanecidos. La frente amplia y arrugada. Me pareció ensombrecido y lúgubre su ceño. Este hombre habrá tratado y hablado repetidas veces con la muerte. Sabe lo que es la muerte. La ha visto entre los típicos, los envenenados, entre los locos y afiebrados. En todas partes. Tiene su recuerdo crizado de muerte y es tan sencillito y sereno. Es un loco que lucha con la muerte y no la encuentra. Si supiera que la muerte está en sus manos, y él, también es la muerte.

—He examinado detenidamente y el caso me interesa. Lo salvaré, siguió diciendo. He coleccionado todos los detalles, he vigilado todos los síntomas

y he rebuscado en toda la ciencia el remedio. Aun no lo encuentro. La enfermedad se presenta de pronto, violenta y terrible. Ha sido un muchacho robusto, sin afecciones, y su vida, todo su poder anímico se detiene en un instante y se consume veloz. Señora, no me tenga rencor, yo hago todo. Su hijo tiene un fuego interior que está incinerando a todos sus órganos. Es un incendio formidable que carbonizará de las vísceras al corazón. Es en el vientre y en el cerebro. He buscado en todo y no sé que es. Mire usted. Mire usted, ya son cincuenta años de estudio e investigaciones; he encanecido en esta lucha contra todos los microbios y todos los males, teniendo en cuenta que uno de ellos podía imposibilitarme para siempre; hoy no puedo y me detengo. Hay tantos males y tantos dolores. De una misma enfermedad, es distinto el caso de un enfermo a otro, aún cuando el contagio sea común. Ninguna se parece. Quizá esta enfermedad fue contraída en los primeros meses de su vida, o talvez cuando aún se estaba gestando; hoy se declara, estalla y devora. Ante un caso de muerte, siento cada vez una angustia profunda, y quisiera agarrar esa vida que se escapa, con mis manos, detenerla a fuerza de músculos, ya que no es posible salvarla con ninguna fuerza inteligente. Una vida en sí, no es nada en relación a todos los millones de hombres de la tierra. A un oriental no le importa la muerte de un occidental, no lo sabe nunca y si ha conocido el nombre, el hombre le fue enteramente lejano. Pero un hermano, un amigo, tienen toda importancia; mayor de la necesaria talvez. Si nos libertáramos inhumanamente, acaso, de afectos, sentimiento, del amor a nuestro propio cuerpo, quizá no nos importaría la muerte de un cercano. Cada vida es una humanidad y tiene

Me acerco. Hablan sobre él.

Sus rostros están enternecidos. Pero cada uno quiere manifestar valor y confianza, y al borde de sus labios hay una fe temerosa de revelarse, que quiere decir, esperanza. Un poco confundido y para enmendar mi falta al intervenir entre ellos, alcancé titubeante a decir a la señora:

Me parece mejorado Carlos. Permanece tranquilo y puedo asegurarle que me reconoció.

—Quizá. Espero su vida y me aferro a toda esperanza. Todo me dice que vivirá. No puede abandonar a su madre. Me quedaría desamparada y sola. Usted le conocía; era robusto, sano. Gustaba los deportes y era apto a todo por su fortaleza. Cinco días de enfermedad no pueden consumir su vitalidad recia. Yo espero: quizá un milagro, quizá el doctor.

—Aun no estoy vencido señora, respondió el doctor.—El rostro sereno del hombre de ciencia infundía respeto. Sus cabellos estaban un tanto encanecidos. La frente amplia y arrugada. Me pareció ensombrecido y lúgubre su ceño. Este hombre habrá tratado y hablado repetidas veces con la muerte. Sabe lo que es la muerte. La ha visto entre los típicos, los envenenados, entre los locos y afiebrados. En todas partes. Tiene su recuerdo crizado de muerte y es tan sencillo y sereno. Es un loco que lucha con la muerte y no la encuentra. Si supiera que la muerte está en sus manos, y él, también es la muerte.

—He examinado detenidamente y el caso me interesa. Lo salvaré, siguió diciendo. He coleccionado todos los detalles, he vigilado todos los síntomas

y he rebuscado en toda la ciencia el remedio. Aun no lo encuentro. La enfermedad se presenta de pronto, violenta y terrible. Ha sido un muchacho robusto, sin afecciones, y su vida, todo su poder anímico se detiene en un instante y se consume veloz. Señora, no me tenga rencor, yo hago todo. Su hijo tiene un fuego interior que está incinerando a todos sus órganos. Es un incendio formidable que carbonizará de las vísceras al corazón. Es en el vientre y en el cerebro. He buscado en todo y no sé que es. Mire usted. Mire usted, ya son cincuenta años de estudio e investigaciones; he encanecido en esta lucha contra todos los microbios y todos los males, teniendo en cuenta que uno de ellos podía imposibilitarme para siempre; hoy no puedo y me detengo. Hay tantos males y tantos dolores. De una misma enfermedad, es distinto el caso de un enfermo a otro, aún cuando el contagio sea común. Ninguna se parece. Quizá esta enfermedad fue contraída en los primeros meses de su vida, o talvez cuando aún se estaba gestando; hoy se declara, estalla y devora. Ante un caso de muerte, siento cada vez una angustia profunda, y quisiera agarrar esa vida que se escapa, con mis manos, detenerla a fuerza de músculos, ya que no es posible salvarla con ninguna fuerza inteligente. Una vida en sí, no es nada en relación a todos los millones de hombres de la tierra. A un oriental no le importa la muerte de un occidental, no lo sabe nunca y si ha conocido el nombre, el hombre le fue enteramente lejano. Pero un hermano, un amigo, tienen toda importancia; mayor de la necesaria talvez. Si nos libertáramos inhumanamente, acaso, de afectos, sentimiento, del amor a nuestro propio cuerpo, quizá no nos importaría la muerte de un cercano. Cada vida es una humanidad y tiene

un complejo de relación, entre muchos ligados a él; además, es un hombre, una vida; esa vida hay que detenerla, conservarla, servirla hasta el último. Una vez la muerte se extingue todo; no se ve, ni se siente, ni se oye, en ninguna forma supraterránea. Cesa el motor y queda el almacén a pudrirse y consumirse entre todo lo que devora en el sepulcro. Los restos de los cadáveres podremos encontrar, suponiendo una microscopización metafísica, en la savia de las plantas que crecen en la superficie de la fosa, en la madera de los tallos, en los millones de gusanos que viven al ruedo o los que están en el cuerpo, alimentándose de la última sobra del muerto. En una generación de gusanos nacidos desde que los antecesores se alimentan del cadáver, puede decirse que se ha verificado una transfusión biológica, de la materia del muerto, al cuerpo y a la vida del gusano. En eso queda el resto de la vida, en gusanos: y la defendemos de la podre y de los gusanos. Aunque creo en la muerte y que es necesario morir, me considero feliz al poder conservarla un pedazo más; una hora más que se haya vivido es mucha suerte para el hombre, que al fin, es menos que un segundo en medio del tiempo milenario. ¿Se extraña usted señora, de que hable de todo esto? Conozca esta verdad y aumente su valor. No desespere. Su vida nos es necesaria a nosotros; es útil para usted y para Carlos, si vive o muere. ¿Por qué? Para la perennidad que debe tener todo hombre que ha vivido. La otra vida del muerto somos nosotros y no la imaginada en regiones etéreas, premiado o castigado por haber vivido. Somos nosotros nuestra vida y la otra vida de los muertos. Nuestra imaginación que recuerda, no quiere acordarse de ellos, putrefactos o diseminados, perdidos entre las molé-

culas de tierra—por qué va ha morir si fueran bueno, y aquel malvado, se muere sin que le alcance nuestra venganza—, informes, sino corporales y hechos. Recordamos como vivieron, sus actos, sus gustos, deseos, no queremos creer que todo eso se haya pulverizado; los interpretamos como fueron, el cuerpo transparente, con la síntesis ideal del hombre, con la energía volitiva, y hemos creado la ultratumba. Esto es por amor, por bondad. Porque la otra vida de ellos que existe en nuestro cerebro, está afecta por nuestra inquietud vital y temor por ellos y por nuestra propia mortalidad a que vamos. Si la vida de la mayoría fuera indefinida, a cada hombre que se ha muerto, lo increpáramos por tonto. Ahora, la otra vida de Carlos Alberto estará en usted, sus amigos, todos los que lo hemos conocido. El nos necesita; vivamos perennizando su existencia hasta que nosotros hayamos dejado de ser, y talvez, ya no habrá más nada, distarán mucho esos hombres para haberlo conocido.

El doctor hablaba despacio y correctamente. Tenía convicción y parecía amargarle esto mismo que creía y revelaba.

—Es humilde y edificante sentirse engañado, creer una mentira, ser de ira vulgar, no conocer sino lo urgente.

—Doctor, dijo la señora. Talvez crea todo esto. Pero no quiero saber y voy a olvidar, aunque esté convencida. Admiro su valor frío y desinteresado. El último soplo de vida es el final, y lo dice sencillo y veraz. Y usted sabe que también morirá. Déjeme creer, ignorante de la verdad: deseo creer en la fe, lo que puede sostener y ayudarme hasta el final. La fe no es nada, es una ficción, pero es sen-

cilla, clara, ideada hacia nuestra pobreza espiritual y nuestra falta de valor. En lo que se ha hecho religión cristiana y ni en lo que será religión socialista, no habrá nada, habrá sólo fe: nuestro deseo, nuestra vehemencia, la necesidad de perdonar y pedirlo, vivir, amar, odiar....

—La fe. ¡La fe!—Las palabras salían de los labios viejos del hombre, con tono evocador, dulce—; la fe redime. La fe es lo que hemos creado o imaginado nosotros, o al menos, hemos figurado hacerlo. Es necesario no conocer, no saber, para tener fe, y esto es mejor. He penetrado en nuestra verdad científica, fría, desnuda y espeluznante; mi cerebro saturado de interpretaciones, no tiene una emoción de cariño, de ignorancia. Le decía, es muy hermoso ser engañado. Sí, que le mientan un milagro, la leyenda cándida de un creyente, que le hayan vencido con una razón pueril y de fe. Esto es hermoso y humilde. Es humano. La humildad y la fe. Esto es grandemente constructivo. Pero conocer el origen interno de la emoción, penetrar en el cuerpo, al sexo, al corazón que late muy de carne, al cerebro; la función mecánica de los centros sensoriales, en el amor, en la pasión; deseos y todo lo que usted cree de la belleza por sí....pura en sí, es....

Un grito desesperado se oyó en la alcoba vecina. Un grito agudo, sin vocalización, una explosión gutural.

Corrimos asustados. Era Carlos Alberto, que repentinamente pretendía fugar y se esforzaba en una lucha tenaz. Le detuvimos sin que consiguiéramos calmarlo. No podía articular, bramaba; batía las colchas con la intención de botarlas lejos.

El doctor me hizo una seña, indicándome que era necesario sacar a la señora. Ella estaba en el umbral, pálida, estatuaria, fuertemente abrazada a la cortina.

—¿Qué es?, me dijo al acercarme.

—Nada grave. La fiebre le hace delirar, como antes le hiciera enmudecer. El doctor quiere quedarse solo, para examinarlo libremente. El lo salvará.

—Por qué voy a salir? Tenga usted más valor y no me oculte. Se muere ¿verdad? Es mi hijo y me corresponde un deber y un derecho: asistir a su muerte, recoger su última sensación de vida, como estuve con mi cuerpo para el primer rato de su aliento. Es una felicidad ver la primera al hijo que nace y ahora que no tiene remedio, quiero esta otra felicidad siniestra, obtener su gesto, su angustia final.

Yo temblaba y habría querido huír violentamente. Esta madre tenía un valor doloroso y desafiaba. No pude articular y me quedó sembrado, frente a la imagen descompuesta de esta madre que sentía atenuadas y trituradas sus entrañas; esta angustia, la de la muerte del hijo, talvez mayor al dolor biológico en el momento del nacimiento, porque ahora, después de otro gran dolor, no se espera ni se tendrá nada, sólo el cuerpo frío e inanimado del ser querido, que se va, se pierde, se difumina en la nada. Antes era nacer; hoy es morir.

Se acercó el doctor y le rogó se retire. Dominándose, fue a esperar. ¿Qué esperaba? ¿A su hijo? ¿a la muerte? Angustiosamente, no se podía esperar ni pensar en nada.

Carlos Alberto seguía agitado. Su rostro tenía una expresión de velocidad, de angustia terrible y formidable. Los brazos batía en el aire, como queriendo detener, taparse de algo invisible.

—¡Cuidado! ¡Cuidado! Me voy a matar; los frenos no obedecen!....¡Ay! ¡Ay!, me caigo....el automóvil se despeña ¡Me caigo! ¡Me caigo! ¿No ves que me despeño? Ayúdame a frenar. Se va el auto. Oh! el precipicio....

Me atraía fuerte a su lado, para que simule con el pie en el aire, un esfuerzo poderoso para frenar a un carro misterioso que se va al abismo. Así se calmó, pero no me soltaba. Después de dos minutos en que parecía físicamente rendido por el esfuerzo de frenar, quedó aletargado.

Le miré suplicante al Doctor.

—Es fatal el caso. No puedo. No sé que tenga. La vida es impenetrable en el mal y en el bien. Nuestra medicina a pesar de su adelanto, es empírica; con ciertos datos tenemos que adivinar la enfermedad, pero nuestros ojos no pueden penetrar en la intimidad orgánica y no encontramos a tiempo una energía destructora capaz, que mate las poderosas energías microbianas. Intuición, intuición necesitamos, pero no es suficiente. Somos como otros brujos, elegantes e higiénicos. No hay un método positivo. Es necesario matar las enfermedades, como triturándolas con las manos; quizá con un sistema eléctrico: una enfermedad corresponde a cierta vibración eléctrica, con una dimensión de onda característica y a esa onda hay que destruirla con otra de igual tamaño que nosotros produzcamos. Con fuerzas iguales se debe luchar.

Yo no podía entenderlo. Este hombre visionario y abstraído, en la confusión, a veces me parecía un profeta, otras un loco.

—Ves. ¿No te decía? Ya viene la muerte a llevarme. Ahí está. ¡No! ¡No! No quiero ir, gritaba Carlos. La muerte es ese muchacho vestido todo de negro que está parado en la puerta y me llama haciéndome gracias. Déjenme salir. Me quiere llevar. Me voy a morir sólo por no dejarme salir de aquí. Afuera, correría más que este chico y no podría alcanzarme. ¡Déjenme salir! Me va a llevar. ¡Quítenle! Llévale a ese niño mamá que es la muerte, aunque no creas porque es tan pequeño. Si me dejaran salir! ¡Quítenle! ¡Ma...má!

Hacía un esfuerzo desesperado y quería acurrucarse en un rincón de la cama procurando distanciarse de la puerta, y se cubría abriendo las manos, como si sostuviera un velo.

El Doctor estaba sereno e inmutable.

—Ya es tarde, me decía. La enfermedad tiene todo su desarrollo y es incontenible. Antes ha estado en un mutismo desesperante y hoy delira. Si lo habría hecho antes. No quisiera alargar su agonía!

Yo dí un salto, trémulo. ¡Le iba a matar!

—No crea, me dijo. Sería más humano. Seguirá sufriendo. Conscientemente, no se da cuenta, pero su organismo, sin control nervioso y sin sensaciones, se destruye en libertad. Seguirá delirando. Y esto es terrible. Avanza la enfermedad, toma los órganos y estos hacen que la volición desequilibrada tenga tales o cuales aspectos. Podría gráficamente acertarse, como un encuentro de líneas coordenadas, el

Carlos Alberto seguía agitado. Su rostro tenía una expresión de velocidad, de angustia terrible y formidable. Los brazos batía en el aire, como queriendo detener, taparse de algo invisible.

—¡Cuidado! ¡Cuidado! Me voy a matar; los frenos no obedecen!...¡Ay! ¡Ay!, me caigo...el automóvil se despeña ¡Me caigo! ¡Me caigo! ¿No ves que me despeño? Ayúdame a frenar. Se va el auto. Oh! el precipicio....

Me atraía fuerte a su lado, para que simule con el pie en el aire, un esfuerzo poderoso para frenar a un carro misterioso que se va al abismo. Así se calmó, pero no me soltaba. Después de dos minutos en que parecía físicamente rendido por el esfuerzo de frenar, quedó aletargado.

Le miré suplicante al Doctor.

—Es fatal el caso. No puedo. No sé que tenga. La vida es impenetrable en el mal y en el bien. Nuestra medicina a pesar de su adelanto, es empírica; con ciertos datos tenemos que adivinar la enfermedad, pero nuestros ojos no pueden penetrar en la intimidad orgánica y no encontramos a tiempo una energía destructora capaz, que mate las poderosas energías microbianas. Intuición, intuición necesitamos, pero no es suficiente. Somos como otros brujos, elegantes e higiénicos. No hay un método positivo. Es necesario matar las enfermedades, como triturándolas con las manos; quizá con un sistema eléctrico: una enfermedad corresponde a cierta vibración eléctrica, con una dimensión de onda característica y a esa onda hay que destruirla con otra de igual tamaño que nosotros produzcamos. Con fuerzas iguales se debe luchar.

Yo no podía entenderlo. Este hombre visionario y abstraído, en la confusión, a veces me parecía un profeta, otras un loco.

—Ves. ¿No te decía? Ya viene la muerte a llevarme. Ahí está. ¡No! ¡No! No quiero ir, gritaba Carlos. La muerte es ese muchacho vestido todo de negro que está parado en la puerta y me llama haciéndome gracias. Déjenme salir. Me quiere llevar. Me voy a morir sólo por no dejarme salir de aquí. Afuera, correría más que este chico y no podría alcanzarme. ¡Déjenme salir! Me va a llevar. ¡Quítenle! Llévale a ese niño mamá que es la muerte, aunque no creas porque es tan pequeño. Si me dejen salir! ¡Quítenle! ¡Ma....má!

Hacía un esfuerzo desesperado y quería acurrucarse en un rincón de la cama procurando distanciarse de la puerta, y se cubría abriendo las manos, como si sostuviera un velo.

El Doctor estaba sereno e inmutable.

—Ya es tarde, me decía. La enfermedad tiene todo su desarrollo y es incontenible. Antes ha estado en un mutismo desesperante y hoy delira. Si lo habría hecho antes. No quisiera alargar su agonía!

Yo dí un salto, trémulo. ¡Le iba a matar!

—No crea, me dijo. Sería más humano. Seguirá sufriendo. Conscientemente, no se da cuenta, pero su organismo, sin control nervioso y sin sensaciones, se destruye en libertad. Seguirá delirando. Y esto es terrible. Avanza la enfermedad, toma los órganos y estos hacen que la volición desequilibrada tenga tales o cuales aspectos. Podría gráficamente acertarse, como un encuentro de líneas coordenadas, el

el lugar donde está dañando el mal, su intensidad, etc., porque todo eso responde intelectualmente en el delirio. Habría que fijarse también en los antecedentes, ya físicos, ya intelectuales, capacidad de comprensión, inteligencia, lecturas que frecuentaba, y más que nada, el grado y sentido de su cultura. De ahí podríamos encontrar todo lo asimilado en el subconsciente del individuo. Todos los recuerdos, saberes, que están como embodegados desconocidamente en el cerebro del hombre. Es esto mire. Cierta parte del pulmón u otro órgano está presionado. Eso afecta a ciertos centros nerviosos, que accionan en el cerebro produciendo una imagen. La del delirio. Esto no puede ser nunca arbitrario. Cierta recuerdo, movilizado ilógicamente por el calor de la enfermedad, coorrelativamente, la imagen vista y la acción biológica. Esto servirá para calmar la enfermedad, con una intervención oportuna y precisa. Ya todo es tarde e inútil.

Podía seguir hablando. No le hacía caso. Sus palabras retumbaban en mis oídos. Me había olvidado del enfermo y quería recordar una frase que dijera antes el doctor. Ni la gravedad del enfermo tenía tanto valor, con mi intención de recordar aquella frase impresionante, materialista, que era todo un nuevo sentido de la vida a la muerte,

Carlos seguía delirando, y yo me asustaba cada vez y no sé por qué se me cruzó una idea horrible, fue como una ráfaga helada que se atravesara en mi conciencia. Suprimir la agonía, presurar la muerte y evitarle tanto sufrimiento. Pero esto fue por algo extraño e inexplicable; por piedad, por coraje o impaciencia; pudo ser egoísmo; o ya que estaba anunciada su muerte, debía morirse y nada más.

Casi me tenía pena en mi estado lamentable, sentía tener trasladada la agonía a mi nerviosidad.

—Yo no tengo la culpa. Esto es muy injusto. Voy a contarle para que sepa como ha sucedido, seguía Carlos, con voz entrecortada, indecisa, obscurecida. Me encontré con un hombre por las calles de Quito. Paseaba ridiculamente y con aire de ser más que todos. Me acerqué a él y hablábamos, y me ofendía con su altanería. No pude tolerarlo y me burlé de él; pero se hizo amigo y me trajo a Roma, pero es un farsante. No le crean nunca nada, por más que prometa. Ha sido rey y no me lo dijo en Quito; si sabía, no le habría dicho nada. Ahora me va a fusilar sin que se me sentencie. Me matan injustamente. ¡Fusilarme! Pero si no sabía que era rey. No me maten; no; no; la bala es dolorosa. No me maten.... ¡Mamá! ¡Mamá!

Carlos Alberto, sudaba, se revolcaba como un poseído en la cama. Era imposible tenerlo quieto, por más que le sujetábamos fuerte.

—¡Me ahogo! ¡Me ahogo! Señor, déjeme. El agua me cubre la cabeza; tengo llena de agua la cabeza; mi cuerpo no, y ni siquiera se ha mojado con las gotas que deben caer. Han virado un tanque boca abajo y me cubren como sombrero. Se va a ahogar la cabeza. Me mareo. Me marca mucho este oscilar; sepárenme del agua.

Es admirable la constitución de Carlos, hablaba el doctor. Otro no habría durado tanto. Resiste física e intelectualmente.

—Mira ¿ves eso? Es el irrigador guindado en la pared. En el borde están, arrimados, un par;

son enamorados. No los veas mucho. El tiene únicamente cabeza, ella en cambio, tiene todo el cuerpo, pero le falta la cabeza, y están besándose. Ja. Ja. Ja.

Las visiones se sucedían, extrañas, profundas. Calló durante un tiempo; dormía; luego empezó a retorcerse y a articular sonidos gangosos e ininteligibles. La respiración se le hacía difícil y áspera. Como que se prensara el pecho y no pudiera levantarlo.

—Se muere, dijo el doctor, abatido.

Como si me habrían espoleado, salté atrás y me precipité hacia la puerta a llamar a la madre.

Por una adivinanza siniestra, ella estaba ya ahí, pálida, serena.

—Se....y no pude decirle más.

Con paso menudo y silencioso se acercó a la cama. Quería hablar, gritar, pero no pudo. Silenciosa, con un esfuerzo terrible, cogió la mano de Carlos y acercó a sus labios.

—¡Hijo! Hijito mío. Es tu madre, que te acaricia y te quiere. No. No te vayas. ¿Cómo puedo dejarte soló? Siempre te mostrabas tan temeroso de la soledad y necesitabas que te acompañen. No puedes morirte, porque vas ha estar solo y no es posible. ¿Dónde vas? Hijo, no puede ser, tú solito. Espérame....

Me acerqué para levantar a la señora; estaba agachado sobre la cama, cuando alzó Carlos la cabeza un tanto y habríó desmesuradamente sus ojos, luego cayó violentamente, retorciéndose. El golpe es-

tremeció la cama y sus ojos abiertos parecían eternamente ya, prendidos de mí.

La señora yacía sollozando, incada a los pies de la cama. Se acercó el doctor a Carlos, le tomó el pulso, con una voz indecisa, deteniendo las palabras, dijo:

—Ha muerto ya....

Una palabra quedó perdida en el grito terrible que exaló la señora; se botó al cuello del cadáver atrayéndolo hacia su pecho, a mecerlo, como si le engañara en su falda. Lloraba silenciosa y las lágrimas rodaban por sus senos al cuerpo exánime. Parecía que le amamantara en la hora de la muerte. Pero esta lactancia se verificaba triturando el corazón, forzando la angustia.

—¿Ves, Carlos? To vas como si salieras más que a la esquina, sin despedirte, sin decirme adiós. Querría que me hayas prometido vernos otra vez, en algún lugar, como almas o cadáveres, tú podías saberlo mejor; seguiría siendo tu madre, vigilándote. Hijo. ¡No te vayas hijo! Queda tu madre sola; ¿no te das cuenta que ya no puedes defenderla ni ayudarla? Tú eras lo único y lo último. He sobrevivido a todos, he visto morir a todos, ahora me quedo con la imagen de dos muertos. ¿Pero ves? ¡Tu otra vida la haré yo, más que nadie. ¿Comprendes? Trabajaré mucho, viviré más tiempo, para que tu otra vida, que haremos nosotros con tu recuerdo, sea dulce, bienhechora. Hijo, hijo!

La señora desmayó sobre el cadáver. Luego vino lo de siempre. El tragín apurado y frío; la premura de los ternos negros, como si el color fuera un personero de la pena.

Todo desapareció en mi contorno; parecía tener un dominio brusco sobre una idea, un concepto, de todo y de nada. Tenía un deseo vehemente sobre algo desconocido y al rato de la realización abstracta se extinguía, como si no lo habría deseado.

—¿Por qué se muere un hombre? Es terrible, brutal, desgraciada la muerte, pero sencilla y natural. Que cosa tan rara. Todos tenemos que morir, y cuánto se pelea y discute por nuestra vida. El cadáver es un cuerpo frío, inservible. La medicina no puede defendernos. Como decía el doctor, «he fatigado mi vida escuchando la confidencia biológica de los cadáveres, y aún no puedo defender uno. Por el un hombre y por todos, la vida no es nada». Recuerdo en un clase de Geología en primer año del Colegio, el profesor explicaba las capas terrestres de que se compone la tierra, hasta llegar al centro, al fuego central. Nos decía que en un principio toda la tierra fue una masa ígnea, total, como el sol. Paulatinamente habíanse ido enfriando y formando las diferentes capas geológicas que hoy conocemos. Nos daba diversos nombres. En cada capa disminuía el calor, mientras más distante se hallaba del centro de fuego. Ese calor poderoso que sostiene la vida, va reduciéndose y disminuyendo de diámetro, hasta que se extinguirá totalmente, y entonces, no será posible la vida: se extinguirá todo, en el reino vegetal y animal. No habrá calor vital y la tierra será un planeta frío, lleno de montañas y llanuras áridas, como es hoy la Luna, donde no hay vida alguna.

Uno de los compañeros, un muchacho moreno, de ojos profundos, se levantó, e indeciso y turbado dijo al profesor:

—¿y se acabarán todos los hombres? ¿Serán inútiles ya, los inventos, la ciencia, los nuevos descubrimientos; se perderá todo por ese calor inexistente?

—Todo, absolutamente, le contestó, profundamente convencido y fatal.

Y como en broma y en serio, le replicó:

¿Para qué estudiamos nosotros y para qué luchan los hombres hasta matarse? Mejor será que dejemos, también, todo.

—No se preocupe tan pronto, que tardará muchos miles de años aún; siga estudiando sin ese temor.

Todos reímos por esta broma. Pero esta sencillez infantil es una verdad. ¿A qué vamos si no es ha perdernos en la nada, que está después de ese infinito de tiempo, hasta el Frío Central? ¿Para qué inventar? ¿Para qué luchar? Paz, paz en la miseria de tiempo que tiene un hombre. Creo que luchamos, sucesivamente, de generación en generación, para el bienestar de nuestros hijos, sucesores y propietarios del planeta Tierra; pero cada vez nos hace falta más. Habrá un hombre, que con su sed de invento y perfección, haga reventar en mil pedazos a la tierra; este loco o genio, también, hará eso equivocado en una cifra de sus operaciones, pero porque aspiraba a construir algo más útil para sus hijos. Así lo han hecho todos. Yo no haré nada, ya se ha muerto Carlos y luego me moriré yo. Si. Al morir me prendió la vista. Es la última imagen gravada en su retina. Yo estoy en sus ojos muertos, inmóvil, como en una fotografía; y mi imagen se enterrará en su cadáver, sin que esto pueda suponérselo nadie. Estoy en sus ojos fríos, vidriosos,

helados, también así, frío como el muerto. Carlos Alberto, tú no sientes mi imagen que está dentro de tus pupilas, como otras veces. Pero esta vez quizá, me viste en un forma distinta; presenciaba asustado tu agonía, tu muerte, y talvez así, no estuve nunca frente a tí. ¿Recuerdas cuando fuimos al anfiteatro? No, ni así, ahora eras tú, Carlos Alberto, amigo mío....

Andaba así, cavilando cabizbajo en la calle, nublado, triste, y ví cruzar por la acera del frente, al doctor. Iba también pensativo, profundo, solo. Su ceño contraído, hacía creer que meditaba intensamente.

Se me vino de pronto en la inundación de nuevos pensamientos, lo que él dijo y yo buscaba: «nosotros somos nuestra vida y la otra vida de los muertos». No sé por qué, creí que el doctor iba formando la nueva vida del cadáver; está hilando el recuerdo de Carlos, con sus gustos, deseos, afectos. Está empezando a hacer esa otra vida, la que yo creía en los lugares propios de los muertos, castigados y premiados, a que tanto temía. Seguí sus pasos, por donde sentaban sus mismas pisadas, para seguir hurdiendo la otra vida, la nueva vida de Carlos Alberto.



Tierra del indio

La arbolada rígida de los rayos del sol, oblicua-
ba muy alargadas a las sombras de los hombres.
Estas sombras gelatinosas, verificaban contorsiones
sucesivas al cruzarse el campo de sembrío, fuerte,
extenso, ciego, hecho de nuevo con surcos nuevos
para esta otra semilla. La aurora tiene un esplendor
fascinante y maravilloso, y el incendio inmenso
del horizonte oriental, se trepa quemando las nubes
desde bajo la esquina del último monte. Atrás de
las montañas se prepara el día, con las fosforescencias
sagradas de los mares lejanos, con los perfumes
extraños del Asia escondida a la vuelta del
horizonte, para encender la piel virgen de nuestro
campo nativo.

La luz llega recién; los rayos cruzan paralelos
al suelo y parece estremecerse una fuga veloz de
tierra y de sol, hasta allá, a ese otro monte que
enjaeza la distancia y detiene todo, aún la mirada
impalpable, con sólo su gran pie descalzo.

Colorean al suelo centenares de nativos, monta-
do en sus hombros el poncho antiguo. Hombres mi-
lenarios, hijos de aquéllos viejos de descendientes
del sol, cerriles, con la disciplina ancestral de la tie-
rra. Los rostros morenos y tostados, tienen la hue-
lla ruda de los vientos parameros y superpuestas
escamas mohosas de leyenda.

La hora de la madrugada, en las tierras de sembrío serranas, es un fiesta espléndida la de la naturaleza. Hay una vitalidad fogosa, bárbara y primitiva, que enardece la acción pura de los nervios y de la sangre; nos sentimos con la grandeza de la montaña, del aire y la luz, atravesando el tiempo y el infinito, ardidos en el color hermoso de la mañana, con el sol de aquí, doncel y salvaje.

Un rastrojo de trigo amarillo claro y brillante, surge la endémica fortaleza a lo largo de un Ande púber, olvidado de las cumbres, solo. A leve rumor, centenares de aves se alzan en vuelo precipitado, por sí, defendiendo su chiquita vida de gorrión, golondrina o tórtola.

Vecino del lago de paja que sobró la hoz, se extiende un terreno inmenso, ondulado, rizado de montículos extensos y paralelos. Los indios madrugan a este nuevo suelo descubierto dos cuartas de su vientre profundo, a peinarlo cuidadosamente con sus manos gruesas y cariñosas. Vinieron de todos los caminos a unirse a la primera hora. Descalzos, dóciles y fuertes.

Todos vienen masticando su desayuno sonoro de maíz tostado. Cada día antes del trabajo, inician las horas con cantos de su religiosidad antigua. En este pedazo del mundo, como arrinconados, elevan sus voces roncadas, espesas e innumerables: canto a la tierra, a los dioses, a sus hombres. Tono manso y áspero; monotonía encogida de evocación; de fe, de adoración; poderosa y triste, como hecho para la untura terrosa de sus cuerpos. Saludan al día con su devoción primitiva, obsequiándole su emoción, a que sea bueno y humilde como ellos; canto a la natura-

leza para rendirle y santificarle: son cientos de voces formidables que cantan una leyenda al margen del día.

El sol muestra ya, casi todo su cuerpo. Todo parece de nuevo, como si las hojas del aire estremecieran un renacer bondadoso. La luz del alba acaricia la piel con cierta piedad de luz.

Regados por todas partes, los campesinos labran nítidamente la tierra; orfebres extraños y potentes; al verlos encorvados y mudos, se diría que buscan por el principio de la vida regado en los granos de tierra, o posiblemente, sus manos callosas y férreas, quieren arrancar brutalmente el fruto enraizado muy adentro. Así están, minuciosos o precipitados. Sus pupilas emblanquecidas y silenciosas, contemplan sólo, la discusión de sus mismas manos y la tierra que labran, tejiendo la verdad empolvada de sus vidas, la vida del cuerpo de tierra que estrechan o la reacción hacia los frutos. Como un filosofar plástico, desnudo, cotidiano; ahí están, su sudor muerto, el frío y el calor del suelo que besan, las cosechas producidas a través de su cansancio, su sangre extraída y rodada en el yugo luengo y pesado.

Luego de los cantos, se entregan a la tierra, a autopsiar ese vientre inmenso. Los labios plegados, el lenguaje lento del azadón y la pala, brutal y dinámico. Así pasan sus horas eternas, sepultando, desenterrando, cavando....

Obstinadamente, parece que enterrarán al tiempo, para luego sacarlo y al aventar lejos la palada, como esa tierra, esparcir el tiempo ininteligible entre el viento azoador. Pero nada se puede ver dentro del hombre: su piel requemada y dura, nos de-

tiene a todo intento interior. Trabaja silencioso y obscuro, oculto en su egoísmo racial. Indio: cerro indomable; amas callado con un espíritu de Dios y odias babosamente como un perro. Por eso también, te detesto y te amo, al sentirte hombre o al verte animal. Ni siquiera a tu cansancio protestas. Por qué no gritas con tu voz de puro hombre de América, cuando tus músculos extenuados siguen exhaustos al arado? Tu derrota has aceptado con valor orgulloso y callado: hoy estás fatalmente vencido, como hombre y como raza. Vegetas y reproduces.

Y ha ensillado una choza en el páramo, y ahí vive, nacen sus hijos, y ahí muere, el señor solitario de la inmensidad.

II

Hace dos días he llegado a la hacienda de mi amigo y he tenido que por fuerza levantarme a la madrugada. He ido al ordeño a desayunarme con leche fresca; luego he vagado abrumado de frío por los caminos húmedos, por la hierba resonante de escarcha. El rostro morado y entumecidas las manos, absorbiendo para las células, vitalidad fresca y pura.

Hacia todos los horizontes, mis ojos se hunden en infinitos profundos hasta los cielos, e intimidado, retorno al ser. ¿Quién soy, entre bosques y llanuras? El sitio que ocupo, no puede marcarse en el más grande mapa geográfico. Mis ojos tienen una oración de los sentidos y de la inteligencia, al recorrer devotos, con fervor ecuménico, esta gran tierra. Crece una sed de infinito, para ascender las alturas, besar las nubes que se arastran por las cumbres, ir más alto, volar como han volado estas rocas, hasta los siete mil metros, estar ahí, sorbiendo más infinito, cerca del cielo, como los astros... y faltarnos más cumbres para saciarnos.

* * *

Habíamos salido de paseo; cerca del cerro de sembrío, se me acercaron tres indios mozos y robustos.

Saludaron humildes al patrón y me quedaron viendo, recelosos, turbados. No acierto a aclarar sus miradas fanáticas, pero, hasta parecían llenas de un terror sagrado.

—¿Vais a cerro, pathrón?

—Sí!

—No'sta bueno así no: más; huáyrea el cerro.

Inmediatamente, me tomaron de piernas y brazos y me pusieron de espaldas al suelo, sentando toda la superficie del cuerpo por algún tiempo. Me agitaba desesperado sin comprender, hasta que dejaron de sostenerme y precipitadamente estuve de pies, para procurarme una defensa. Pero los indios permanecían quietos y mudos; uno de ellos, con voz satisfecha, me dijo:

—Ya te conocé el cerro pathrón; irás no'más, porque ya no dañarás cosecha.

Y se fueron como se van siempre, a una fiesta o a un entierro, esquivos y únicos.

Ahora entiendo sus miradas turbadas al verme a mí, desconocido de todo esto. Extranjero en sus tierras, era arbitrario al penetrar en el lugar donde se agita su emoción y su conocimiento místico. No hay poder ecuménico en un hombre, para poder abordar dónde está regado el sentimiento de amor, de odio, de colectividad, de otros hombres, y sólo somos los nosotros íntimos, hasta donde alcanza el falso sentido de un color. Ya se borrarán los colores desiguales, para ser todos: nosotros morenos de la Tierra.

Esta ritualidad no la puede evitar ningún visitante, cualquiera que sea. Parece que ellos tienen,

encomendado a su cuidado, el espíritu de estos rincones, la nostalgia de las soledades; ya soy amigo de esta tierra en el lenguaje nativo. Para presentarme, han hecho que la tierra sienta íntegramente mi cuerpo, y entienda en esa voz extraña, que soy hombre, a pesar de no haber nacido como ellos. Pero ya tienes un recuerdo lejano de que he nacido en algún puesto, más allá de donde te encuentras tú, rincón. Nací de la tierra, eso te han aclarado tus hombres. Tierra, amiga mía, voy a brincar y correr por nuestra amistad; voy a hacerme conocer por todos los trozos y a conocerte también, yo, que sólo sabía de tí, aquello mal que enseñan los laboratorios. Voy a creer y respetarte. Es que a ninguna parte podemos entrar sin tener un salvoconducto. En los salones un apretón de manos define el conocimiento de los hombres. La carne del uno y del otro, unidas, para acercar los cuerpos iguales de los hombres y dar nuestras imágenes a las pupilas. Así entramos a la propiedad civilizada. Para entrar a la tierra del indio. Para que el hombre y la tierra se conozcan, los nativos hacen dar un beso de amor a los dos cuerpos.

III

—Pathrón, taita ha dado a nosotros terreno. Mama ha dicho que's nuestro porque regaló amo Dios. Todos m'os vivido siempre y a todos ha dado papitas. Choza es la más vieja de todas y mama no quiere cambiar; yo tan viviré siempre y de traer mujer cuando case.

Hablaba el indio Tarabata. Todos respetaban esta familia antigua, la más anterior de todas las de los nativos de la región. Ahí vivían una vieja ura-ña y musgosa, acompañada de su hijo, un indio fuerte y ejemplar.... Vivían en una choza vieja amoblada de leyenda, colocada en medio del terreno de propiedad de ellos. Conocíase, como «el terreno del Tarabata». Parcela bien cuidada y cultivada con esmero. Producía legumbres, granos y papas, que la vieja madre salía a vender en el pueblo los días de feria. Siempre se la veía en la plaza, en el mismo puesto, sentada en el suelo y rodeada de todos los productos de su *llaeta*.

El terreno quedaba en los límites de la Hacienda; de extensión, tendría apenas, cinco cuadras, cuadradas. Todos le habían propuesto comprar, pero el indio resistía a toda proposición, por el cariño fanático a su pedazo; un amor abultado e intraducible. Vivía como siervo y como amo, porque se le había obligado a pagar por contribución, parte

de todo lo que producía; porque, por pura bondad del amo, se le dejaba en el terreno; en los papeles de propiedad de la hacienda constaba también ese pedazo.

Sí, Tarabata era indio. Y ser indio, es ser nada más que indio, omónimo de bestia, animal doméstico, de cosa. Un blanco no cree que al indio macho y semejante, se lo puede amar, pedir y darle amistad, con emoción clara, con abrazo sin reservas y puro. El indio es indio, no hombre. Podemos quitarle sus cosas, azotarlo, trabajarlo y explotarlo, despiadados e ignorantes, sin que ningún sentido humano toque nuestra conciencia de vencedores de piel blanca. Si alguna vez hizo o pensó una cosa magnífica, abrimos una risa idiota e incrédula, y reímos festejando sonoramente, pensando que ese agobiado ha hecho más de lo que debía; así vive, haciendo su vida en los ratos que se oculta de la mirada de los amos. Es vértebra de fuerza, renglón económico; raza para recibir el desperdicio de los vicios para que allí surja la gangrena de nuestra ociosidad y nuestra ambición. Indio, eres el esclavo de la América del siglo veinte, pero también, eres una asta donde se levanta a vencer una bandera revolucionaria: en el siglo de la era de las multitudes.

Una ocasión, llegaron invitados del amo y pernoctaron en el lugar, para seguir al otro día en viaje de cacería. Los caballos de los paseantes, podían perfectamente dormir en sus caballerizas, pero esto le importaba algún gasto en alimento. Tarabata tenía sembrada una cuadra de alfalfa y el amo mandó soltar los caballos en el alfalfar. Al otro día la sementera tenía un aspecto desolador; si bien, los

animales no pudieron comer sino una pequeña parte de la hierba, la sementera quedó totalmente destruída, con las pisadas, al trotar y andar de los caballos durante la noche; trabajo de tanto tiempo, arado y sembrado, para que el capricho del amo haga destruir en una noche esa plantación vitalicia.

Tarabata tuvo un inmenso dolor; ultrajaban su tierra; mataban su trabajo y lo que le daría el sustento.

Cuando recibió la queja el Teniente Político, le ofreció indagar y si había, como él decía, un daño y un abuso, le haría indemnizar en toda forma.

El Teniente Político se dirigió donde el señor, talvez, por ofrecérsele una oportunidad para saludarlo.

—Señor, le dije al entrar; cuanto se complacen mis ojos al saludarlo. ¿Cómo ha estado usted? ¿La señora? ¿El lindo bebesito? Que bien, que bien marcha esto, gracias a su gran talento de agricultor y estadista. He visto unos hermosos animales de su cría especial; esa es una obra grande, el dedicarse al engrandecimiento de nuestro ganado caballar. La sementera de papas creo que este año le dará una cosecha brillante; bien, bien, mi don Carlitos; es una bendición de Dios, el que usted haya venido a florecer la desolación de nuestros campos abandonados.

—Gracias, Político; usted es uno de los pocos hombres comprensivos de por aquí. Puedo yo también elogiar los méritos que le adornan para administrar justicia.

—Oh!, nada; nada; hay que hacer lo que manda la ley, con el corazón en la mano (sus pequeños

ojos de conejo, removía satisfechos y alegres, de verse elogiado por un hombre de ciudad, más que nada, el ser nombrado con el título de «político», a solas). Y a propósito, ...el molesto ese del Tarabata, viene con una queja. ¿Fuma de estos «cocheritos»? Ah! Dize que han puesto los caballos de unos señores distinguidos, que no pueden ser muchos los que visitan a usted, en el alfalfar que tiene sembrando y le han destruído la sementera. Por cierto, desde el principio ví la mentira del indio, porque usted no es capaz de eso. Por ello, antes de nada, he venido a informarme en la fuente verdadera: ¿Qué ha habido?

—Como usted, sagazmente ha comprendido, Tarabata ha exagerado. Comprenda que seis caballos pueden comer en una noche seis cargas de alfalfa, menos que más. Voy a pagarle, como precio especial, cinco reales por carga, de modo que tendría que darle tres sucres, cincuenta centavos. Me hace el favor de darle, aquí tiene.

—Muy bien, eso es ser caritativo; le doy mi palabra de agradecimiento de parte de todos los menesterosos. No le quitémos más tiempo; que pase bien, don Carlitos, ya sabe, lo que se le ofrezca, esto enteramente a sus órdenes.

—Gracias Político; tómese una copa de este gran coñac.

Los dos hombres se despedían, poniendo en su voz todo el tono de confianza y camaradería, para desvirtuar algún asomo de buena fe que quería penetrar entre sus actos delictuosos; el uno tenía la ley para hacerse cotizar y el otro dinero para comprarla. A pesar de prometerse, en uno y otro quedaba un rezago de desconfianza y temor. Profundamente

en sus pupilas, quedaba asentada la fuerza malvada de su injusticia y desde ese fondo, oculta, obraba sin temor.

Cuando fue Tarabata, le dijo que el señor ha creído que lo que han consumido los caballos en esa noche, puede valer dos cuarenta; que le pague dos reales por los papeles que ha empleado en el trabajo y que no hay que decir más, porque eso estaba en lo realmente justo.

Tarabata aceptó llorando los veinte y dos reales. Qué podía hacer ni decir a nadie. Cantando se fué por los caminos un yaraví melancólico y trágico, en que lloraba a su sementera y la maldad del amo. El sonido doloroso de su voz se quejaba impotente y para su vida. Hasta llegar a su choza se alzó la música quejosa. Indio triste, indio pobre, como las yerbas que se aplastan al peso de tu pie descalzo cuando caminas, así se agacha tu cabeza Inca, cuando pasa el amo soberbio y ambicioso.

* * *

Durante tiempo, la región ha estado infestada de cuatreros; los ladrones de ganado se sustraían todas las noches considerable número de caballos, vacas, toros; sus dueños, particularmente o con ayuda de la policía rural, persiguieron por todos los indicios y suposiciones a los sustractores, pero resultaron inútiles todas las investigaciones. En la noche del lunes, robaron a don Carlos, cuatro magníficos caballos de su cría particular: el *chalán*, el *bayo*, el *retinto* y el *cura*.

El señor protestó y alzó todos sus gritos; formó un escándalo tremendo y amonazó apresar a todos los vecinos para las investigaciones, pues en cada uno encontraba una sospecha, porque todos vivían aficionados de sus animales. Iba a hacer traer una escolta de Quito y hará latiguar a todos esos perros que vivían, para su desgracia, en las cercanías.

No era la primera vez que robaban animales; a tantos moradores humildes se los desapareció su único caballo de los viajes a la ciudad, su vaca lechera dejando al ternero que después se murió de hambre, el buey de arado que les servía tanto y que ahora, ayudado de su mujer y los hijos, arrastran el madero enorme del arado, para abrir los surcos en la tierra.

Vino la escolta de la capital. Se registraron todas las propiedades, todos los rincones. No satisfechos de haber violado innumerables intimidades, fueron presos treinta y dos campesinos, y entre ellos, Tarabata. Se les amenazó primero y luego, torturándoles, se procuró arrancarles una declaración. Las carnes sangrantes y los huesos doloridos, el martirio frenético de la corriente eléctrica, usaron los verdugos de la comisaría, para sólo oír exhalar de los labios contraídos por el dolor, quejas, quejas moribundas e impotentes.

Don Carlos, cansado de oír gritar tanto a esos desgraciados, mandó soltarles, pero que al indio Tarabata le detengan, y que siga la pista, hasta donde hayan ido.

A las cinco y media de la mañana partió Tarabata, por los caminos fríos y abandonados. La vista al suelo, fija en la huella de seis caballos de pla-

ta grande; al uno le faltaban dos clavos en el herraje de la mano derecha, y al cura, se le había roto la mitad del herraje de la pata izquierda, por una patada que casi le llega al Ambrosio y que dió contra la verja. Estaba clarito.

Kilómetros enteros de andar buscando en la arena del camino la huella borrada en partes, confusa en otras.

—Señoraá, has visto pasar seis caballos por camino?...

—No; ni'e'óido siquiera....

Golpeando en cada puerta de las tiendas del camino y preguntar fatigado, si han pasado unos caballos.

—A las cuatro de la mañana, sí cor'que pasaron.

Y avanza más lejos, bajo el sol ardiente, en la noche helada, amparado bajo los pencos, buscando calor arrinconado entre las matas de paja de los páramos, adelante, preguntando, buscando con sus ojos blancos y penetrantes, leyendo en la arena como él sólo puede leer. Indio brumoso y brutal; el viento de la montaña helada coge tu respiración en bocanadas hechas humo, como si te regalaras con un cigarro sabroso, pero es tu vida que se escapa de entre los pulmones soberbios, haciendo calor para el frío de los Andes. Camina indio formidable; busca lo que le pertenece a tu amo que te azota; anda; preguntale a ese recodo del camino si no descansaron por allí. Páramos, montes; páramos, nevados, llanos, llanos... Solito, el indio, en medio de la inmensidad, andando y comiendo tostado. Tiene ya cinco días de marcha a pie. Han tomado los ladrones por la carretera que va a Baños, algunos kiló-

metros después de Ambato, y han cruzado para el páramo de Sabañac, camino a Riobamba; ochenta kilómetros de camino; de Riobamba directamente han pasado a Guaranda; cuarenta kilómetros más; es completamente seguro que viajan hasta Babahoyo. Ves, Tarabata bueno y leal; ni siquiera puedes vengarte engañando a tus amos blancos que te maltratan así, sólo con desviarte la ruta y hacerles perder los animales. Nadie puede culparte nada. Has seguido en semanas de marcha y de cansancio hasta Riobamba; luego han tomado el carretero a Guaranda y es probable que tomen para Babahoyo; tienes que andar diez días para saberlo; tienes que dormir en la arena del camino, o más seguro, en la cuneta, para que no te atropelle un camión. Anda, cánsate, si puedes, muere, pero búscale al amo terrible sus cuatro caballos, que a precio de costo, valen cien veces más que tí.

Ya te has cortado el pie con este vidrio. No importa que sangre. Eso es, amérrate con un pedazo de trapo del calzón, machaca esas hojas de chilca y avanza estos treinta kilómetros que te faltan, para ver si te curan en Guaranda.

El frío mortal de las noches, la tierra sucia, el sol ardiente y el cansancio de treinta kilómetros más, infectaron la herida, y al llegar a la ciudad, tenía la media planta de su pie, hecha una sola llaga, sangrante, purulenta.

No había duda; ya los ladrones están camino a Babahoyo. Pero la policía de ésa, no da noticia de su aparición y sería más fácil prenderles en el trayecto. Parten dos pelotones de policías rurales, desde Guaranda y Babahoyo. Existe la posibilidad de que en medio del camino hayan desviado por algún

camino de herradura. El indio Tarabata, herido y aniquilado de cansancio, él es el que puede conocer y seguir, si han tomado para algún retiro.

Simultáneamente, partieron a las tres de la mañana las dos escoltas de cazadores. Tarabata tiene que violentar su marcha para seguir a los jinetes; avanza con un trote menudo y preciso; a medida que se va surciendo la distancia, se hace angustiado y pesado; para ayudarse, se prende con la mano derecha del extremo de la cola de uno de los caballos y sigue así ayudado, cojeando en su trote indio, hoy enfermo y en putrefacción.

Después de día y medio de marcha, a las tres de la mañana, se oye el trote lento y acompasado de unos caballos. Posible que estén cerca de los ladrones o frente a la otra escolta.

Tarabata avanza solo, tímido e indefenso, a reconocer.

A cinco cuadras de distancia, desmontó el grupo a descansar. Seis caballos y tres hombres: los animales del amo; no se equivocó en la huella; aquí hay un raspón del *cura*. Se aparta lo más posible de ellos, hasta el otro extremo del camino y quiere cruzarse desapercibido, pero uno de ellos le detiene.

—¿A dónde vas, runa?

—Aquí no'más, pathrón.

—¿Has visto alguien por atrás?

—No! No'ei visto naides; antes de ayer salí de Guaranda y ni'una'alma encontrado. Ta'luego patruncito.

Ellos le dejaron pasar sin contestarle nada. Salió bien librado con su astucia bien hecha, he hizo como que viajara hacia lejos.

Alcanzó alguna distancia y a riesgo de despeñarse, ascendió por un desfiladero que quedaba muy alto del camino y tras media hora de caminar sigiloso y cauto, con peligro de caerse a cada instante por la obscuridad, volvió a encontrar a los rurales que le esperaban desconfiados y les dijo que descansaban a cinco cuadras, llevaban revólveres y eran tres.

Esperaron hasta las primeras luces de la mañana, y con los principios de claridad, se repartieron y avanzaban escondidos, corrándoles cada vez en un círculo de ataque; cuando pudieron ya divisarles, sonaron casi a tiempo, dos disparos, uno del norte y otro del sur, para hacerles entender a los cuatrerros que estaban cercados. Uno de los tres se votó sobre un caballo, pero otro de ellos, más fornido y alto, descargó su revólver sobre el caballo, que cayó desplomado; el tercero, presurosamente espantó a los caballos que salieron en fuga veloz, camino abajo. Se emparapetaron en la cuneta izquierda, que da para la montaña cerrada, y sostuvieron un fuego nutrido con los rurales, no dejándoles avanzar un solo paso. Algo sucedió a uno de los tres y desaparecieron en absoluto, porque no se pudo encontrar la más mínima huella. El caballo caído, era el de uno de los ladrones de ganado. El resto de animales que huyó fue detenido por los rurales que avanzaron a cortarles la retirada. Una vez reunidos todos y recuperado el robo, emprendieron la marcha de regreso, a las ocho de la mañana, después de pués de breve descanso.

Mientras se desarrollaba la acción, Tarabata se había acurrucado en un rincón del camino que le ponía fuera de peligro y se quedó dormido sin quererlo. Los rurales partieron al galope tendido de sus caballos y nadie se acordó de reclamar por el indio. Ya no lo necesitaban. Les era inútil y hasta un estorbo. Ya tienes un porvenir de ocho días de marcha a pie, enfermo y sin auxilio. Días desolados de páramos, llanos, nevados, todo camino, caminos... para tus pies callosos y tus músculos percutidos de cansancio.

Tarabata despertó en cuanto oyó el trotar de los animales, pero era ya tarde para llamar. Abatido, llegó a un recodo del camino donde la hierba había crecido en abundancia prestándose para un lecho más o menos blando, y se recostó tranquilo, a reconfortar su moribundez.

Quedó dormido profundamente, que parecía un cadáver abandonado en el hueco del camino, dos días íntegros, reponiéndose de la fatiga bestial, de las semanas de camino cansante y pesado.

Indio macho, indio cobarde; quien al verte tan formidable, no te creyera un vengador fiero, el justo y cruel castigador de tus amos malvados. Hoy reposas con los músculos asfixiados, derrumbado y con hambre, por entregarte fiel al látigo que ha maculado tu americanidad, y ni siquiera gritas; duerme, duerme, que ya tendrás más cansancio en tu vida.

Al mes y medio de la partida en busca de los caballos de don Carlos, retornó por fin a la llacta, donde le esperaba su madre desconsolada y abatida. Habíandole creído muerto. Que al regreso rodó en una quebrada profunda y que no dejó ni rastro. Nadie,

siquiera, intentó un viaje en tu búsqueda o auxilio. Murió despeñado el Tarabata. Qué más! Ya no había que buscar caballos, y bien sabes que no eres tan valioso como un animal del amo.

Y tu madre pagó al cura una misa por tu alma, por eso tienes que pagarle veinte sueres al amo; ya estás salvado. Otras indias viejas, entristecidas, rezaron unos cuantos padrenuestros, para salvar tu alma despeñada y rodada.

Regresaba rendido, arapiento, con hambre; era el espectro del indio joven que fue.

—Don Carlos, ya ha regresado el Tarabata.

—Vaya, por fin. Creí que se había muerto, como dijeron; vaya, vaya....menos mal....

La butaca elegante en que se mecía recostado, siguió agitándola con el pie que descansaba en el suelo cada vez que se inclinaba hacia adelante, y entre dientes, mirando el cielo raso de cartón de la pieza, repetía, turbado:

—Vaya....ha vuelto....ha vuelto....; y seguía derumbado en su interior venenoso.

* * *

Tarabata tenía ira sorda hacia el amo desconsiderado; sus ojos de plomo se prendían feroces sobre él cuando alcanzaba a divisarlo; al ir y venir, su vista no se quitaba sino cuando ya se perdía en los pliegues del terreno; sus ojos exprimían a la silueta distante, prendidos con uñas y fuerzas impalpables,

trituyendo a la víctima como hacen las serpientes furiosas. Cómo, el poder sólo de sus ojos, pudieran caer tal que masos destructores y aniquilantes, sobre ese cerebro, ese pecho maldito. Sentarse, verle y matarle.

El hombre tiene derecho a la justicia, y justicia es la venganza. Camina, Tarabata, encárale y abofetéale estruendosamente con tus manasas; anda, que eres hombre, y bien macho. Hoy que está así, sentado en el suelo, te arrastras y clavas donde puedas una puñalada, que la primera es la dificultosa y ya el resto es poca cosa. No son immaculadas tus manos miedosas; después?...¿quién te encontrará en el páramo?

¿Por qué no será altanero tu pecho, varón salvaje del poncho colorado?

Tarabata se desliza suave, en el camino obscuro y anochecido. Se hace más confundible, porque va costeando la hilera de pencos de los tapiales del carretero, para no encontrarse con uno que otro transeúnte. Al menor ruido se acurruca en cualquier hoyo o recoveco, para hacerse completamente imperceptible. Lentamente se ha ido acercando a la casa de don Carlos, que se halla escasamente iluminada en su interior. Las once de la noche. Al amparo de una pequeña luz, arregla dos paquetes que lleva bajo el brazo, los mira fanático y cruelmente creyente, y toma por la puerta trasera, por el corral de las gallinas. Nadie. Ni los perros duermen la fiel vigilancia; nadie oye el chirrido de la puerta, hecha de maderos gruesos y toscos.

Con pasos titubeantes y leves reptiliza su cuerpo por la escalera posterior de la casa. En el des-

canso se detiene un momento, trémulo y contenida la respiración, avisora al interior de la casa. ¿Un ruido o una alucinación? Su corazón palpita con fuerza y se oye el correr amotinado de la sangre. En su cerebro se cruzan fugaces las ideas, un tanto desequilibradas y espantadas. Las envolturas que conduce, inconscientemente las tiene fuertemente apretadas en sus brazos.

Si volviera a chillar ese último escalón; no; está seguro de que no haya nadie. Cuando él va al páramo se demora diez días; ellos no regresarán hasta el Martes; todavía hay dos días y no pueden sentir que sube en este instante la escalera. El corredor atraviesa velozmente hasta alcanzar introducirse en una puerta entreabierta; pasó apresurado, sin sentirse, y pareció que una corriente de aire atravesara dentro de su cerebro, emblanqueciendo su pensamiento.

Dentro, todo sucedió más tranquilo. Safando la aldaba de una mampara, llegó al dormitorio; prendió la luz; estaba completamente vacía la alcoba. La cama invitaba con su tendido alfombrado y elegante. ¡Qué bonita era la cama! Sus manos obraban distraídas, mientras pensaba en lo espléndido de la cama. El peinador, el ropero, jarrones, muchas cosas valiosas y lindas. Se introdujo debajo de la cama y con un martillo comenzó a desclavar una de las tablas. Tanteó el subsuelo de la pieza y soltó uno de los paquetes. Volvió a poner cuidadosamente la tabla en su sitio y salió, sin equivocarse, a la cocina, sin siquiera mirar a su alrededor, maldiciendo con su creencia, al amo odiado y perverso.

En la cocina depositó en el cenicero del fogón el otro paquete.

En la mesa encontró quince centavos y un atado de raspadura y salió llevándose.

Cruzó el corredor, las escaleras, el patio, casi rodando y convulso. Nadie le había visto y serenado corrió hasta su choza. Mientras caminaba, recordaba la cama muelle y preciosa. Fue a su abrigo de paja y arropándose con otros ponchos, quedó dormido, silencioso y feliz.

—Pathrón, le decía Tarabata a don Carlos, algunas semanas después, en el corredor de la casa de la hacienda; prestá cincuenta sueres; eí de pagar en cuaresma, después de cosecha.

—Bueno, Tarabata; te voy a dar los cincuenta sueres, para que veas que soy bueno. Has de pagarme con los intereses respectivos. Ven que voy a anotarte en el libro.

Siguieron hasta el despacho.

—Aquí he apuntado que tú me debes cincuenta sueres, que debes pagarme con la primera cosecha, aumentando los intereses; ya está; el sábado he de darte. ¿Y para qué necesitas?

—Estoy de prioste para la fiesta de San José.

—Bueno, bueno; ven el sábado.

En el poblado se preparaba la fiesta, pomposa y borracha. Como era prioste Tarabata, iba a dar muchas cosas y la fiesta tenía que ser de lo mejor

El cura estaba también alegre. Con esta vez, quizá se reponga del mal año, que sin duda, ha sido el más pobre de todos los años en el curato; la crisis, pues, que osa tocar a los hijos del Señor. Los indios ya no son tan generosos como antes. En una semana, cincuenta huevos, diez gallinas y ese borrego viejo, con cuarenta sueres, por dos bautizos, un matrimonio y un entierro. Demasiado trabajo y poca paga.

Para San José, todos los indios se endeudaron. Todos, según costumbre, ayudaron con dinero al Tarabata, para que compre los castillos de fuegos artificiales, el trago y pague la misa.

Indios endomingados y alegres, seguidos de las mujeres y los hijos, desfilan por el carretero en polieroma algarabía de colores, brincando su baile, a los acordes de un tambor autóctono, disonante y sucio.

Tan-ta-ra-ra-tan-tan-tan—tan-ta-ra-ra-tan,...

Uniforme y tradicional; saltando con los calzoncillos blancos y planchados, asperjeando las alas del poncho y los anacos de las indias sabrosas.

Dos días de beber, frente a la cara ambiciosa y glotona del cura, que aprovechaba del dinero que ha esclavizado a esa gente, bebiéndoles su trago y usando de las mozas.

Agotado el último centavo, pobres y contentos, regresaron borrachos a sus chozas; arrastrando las indias a sus maridos; peleando los hombres a cada cuadra; disputando a puñetazos y arañazos los matrimonios; quedándose dormidos en los caminos o rodando en los desfiladeros. Ya han hecho la fiesta a San José, con años de su trabajo, con años de su

cansancio. Ya tiene el cura como regalarse, y ya sabe Dios, que a esos hay que perdonarles algo.

El jueves de mañana, a las cinco y media, la huasicama fue alarmada al patrón, a decirle que mientras arreglaba la cocina para preparar el café, encontró en el cenicero del fogón, trapos de maleficio y que se levante pronto, porque debajo de la cama, tiene también que haber otro.

La india, una mujer arrugada y gruesa, tenía una alarma jugosa en sus ojos. Se movía de un lado a otro, se santiguaba y oraba con precipitación. De su boca sin dientes, chapurreaba desgranando las palabras y se movía chillonamente blandiendo sus senos chorreados y las caderas enormes.

—Aura ha de venir malagüero el tiempo. Pathroncitó, Jesús, traiga al señor cura a que conjure; me muero, Jesús, cómo dizque han de hacer así; Jesús, Jesús....

—Santo Dios, Santo juerte; llevá los demonios de la casa; Santo Dios, Santo juerte....—tartamudeaba babeando la vieja.

Don Carlos, un tanto turbado por la confusión de las mujeres creyentes, impresionado por el recuerdo de maleficios de las brujas nativas que le han contado tanto en las veladas, paseaba, apretando los dientes, rumiando en su mal humor, que había un hombre que le odiaba con fe y con entereza casi fiera.

—Aura quién habrá sido pess? Jesús, tan bueno qu'es don Carlitos y de'gana hacen daños. Al Mayordomo del Manuel tan así le hicieron, y aura

ca, está pobre y enfermo; todos los animales le murió la brujería y él ca, ya no vale.

Sacaron el otro paquete y abrieron. En el uno habían trapos de menstruación, ya podridos y apesados donde se había colocado un manojo de cabellos, los del amo recogidos por el peluquero, y un pequeño haz de vellocidades de sexo, empapado en un compuesto astringente. En el de la cocina, lodo endurecido y hierbas de varias clases, que, cosa extraña, se conservaban vivas y retoñando.

Llenó de estupor a todos. El cura zaumerió y roció de agua bendita a todos los rincones de la casa, lo mismo que a todos los habitantes.

Don Carlos, aunque incrédulo, se dejaba hacer. Las indias rezongaban maldiciones al Diabolo y escupían contra las esquinas como para aplastarlo y llamaban a los ángeles para que cuiden las cosas y las personas.

La vieja huasicama, soplando por boca y nariz, decía a las paredes y a los huecos, con temor de bruja, con ceño de analfabeta, con el corazón lleno de fe y temor.

—Jesús. Quién habrá sido? tan bueno qu'es el pathrón, y quieren hacer daño. ¿Quién será pess? Jesús, Jesús...

Su voz chillona y silbante se perdía entre los huecos, huyendo como ratones.

IV

—Tarabata: el diez por ciento mensual de tu deuda, da en total, después de tres meses transcurridos desde que te presté, noventaicinco sucres; la cuenta es la siguiente: el diez por ciento de cincuenta sucres en tres meses, da quince sucres; pero como los meses son tres, entonces resulta que: quince más quince, da treinta, y más quince, cuarenticinco sucres; estos cuarenticinco, son los intereses, más los cincuenta sucres que te dí en billetes y que está anotado en el libro, como te consta, son noventaicinco, sucres los que tienes que pagarme hasta aquí.

—Jesús! Pathrón, mucho aumentado el interés.

—Ya ves; la cuenta te he explicado y es clara.

—Güeno, taita amo; cosecha no dió mucho; sólo risulta treintacinco sucres; tomá pathrón y apuntá lo'quí pago; resto ca, in otra cosecha sirá'pés; hoy ca, no puedo.

—No importa, no importa nada; puedes abonar lo que tengas y como te sea posible que no te exijo, ni te he pedido en ningún rato; descuida y me das cuando te sea posible. Yo soy bueno con ustedes y les considero. El sábado vendrás a recoger una arroba de papas que les regalo de mi cosecha.

—Dios'solo pay, taita amo.

* * *

En el salón de la casa de la hacienda, don Carlos ha recibido a sus vecinos y tertulian animadamente, fumando y bebiendo el gran coñac del amo. Indistintamente, charlan en grupos, y el Teniente Político, continúa incesantemente prodigando elogios admirativos al latifundista.

—Mire Político; toda mi obra tiene una base intuitiva. Siento no haber seguido un curso Universitario de Agronomía; nunca hube de suponerme que trabajaría en una hacienda. A la muerte de mi querida tía, heredero de ley, he tenido que forzosamente venir ha hacerme cargo de esto. Pero parece que hubiera nacido especialmente para esto, porque ya....

—Ah! sí, desde luego; usted nació predestinado para esta grandeza.

—Bueno, olvidaba decirle; tenemos un bello pascó al páramo, a cacería de venados. He hecho preparar todo y queda usted entre mis primeros invitados. Tengo cinco fusiles para mis amigos; usted, desde luego, tendrá el suyo. Me faltan sólo un poco de cartuchos; tengo nada más que ochenta y....

—Eso no importa; no faltaba más, yo le haré facilitar los que quiera; por mi intermedio, usted sabe, podremos obtener, no sólo para hoy.

—Fume estos cigarrillos rubios, que tanto me recuerdan los días de placer en la ciudad.

—Ah, conquistador.—El empleado de gobierno, usaba en la frase la más sabia coquetería—; a las chicas rubias es a las que usted recuerda; tan apuesto y adinerado, quién a de resistirle?

—A esto, se me ocurre comunicarle, lo que he tratado de hacerlo hace tiempo, pero soy tan descuidado! Hace ya un año, presté al indio Tarabata, al que tiene el terreno en el linde de la Hacienda, una cantidad de dinero que tengo anotada en el libro de Caja. Es ya mucho tiempo, los intereses han subido tanto, que la cantidad ha superado en mucho al valor del terreno y, naturalmente, como es justo, he resuelto que Tarabata me abone esa cantidad cediéndome la llaeta por la deuda, y así le quito un grave peso. Esta transacción, debe sentarla en sus libros, con algún testigo cualquiera. El honorario de su trabajo, he hecho las cuentas, asciende más o menos a cincuenta suces para usted y cinco para el testigo. Aquí tiene. Voy a retirarme, porque me siento muy cansado del trabajo. No se olvide del viaje al páramo, ni de facilitarme esos cartuchos.

—Como voy ha olvidarme don Carlos; nunca podré ser bien agradecido de sus finezas; mañana mismo haré las diligencias. Va a ser eso admirable y hace tanto tiempo que no he salido a paseo, agobiado con el cumplimiento de mi deber. Respecto al asuntito, descuide, que ya está arreglado.

—Señores, quedan en su casa; estarán bien atendidos; perdón.

Don Carlos, hombre de ciudad, rico y ambicioso, despedíase de su corte de aduladores, con el gesto despectivo y agraciado del hombre mediocre que triunfa sin dificultad, frente a los hombres que sólo tienen en sus labios una palabra babosa de elogio.

* * *

—Manda decir pathrón que quitéis de terreno, porque por lo que debís, el Teniente Político ha dicho que ya es de taita amo, así's'qui vos tenís qui irte ajuera, a cualquier parte; taita amo disque va'ser casa aquí. Te aviso verás, andate no'más.

—¿Qué dizqué?...

Y las palabras entrecortadas salían atropellándose para volar las primeras, y gritar afuera su protesta muda. El rostro del Tarabata, congelado y triste, se quedó plantado en el aire, con los ojos puestos en el infinito absoluto.

¿Qué era éste? ¿Qué había pasado? Las ideas de comprensión se atorbellinaban como sueños venidos a la carrera de un lugar de espanto. Dónde llevará a su madre vieja, cómo podrá vivir fuera de su amor. Ahí que estaban amontonados los recuerdos, allá que llevaría a su mujer cuando se case; todo profanado, todo perdido por la voracidad de una cosa rara. Y él en esta pobreza tremenda, no podrá ayudar al Manuel que es prioste para la fiesta del Niño; y él sí que le dió en unos billétes nueve-citos, y que fueron los que gastó al último porque eran los más bonitos. A la comadre María le dió esos billetes y se quedó viéndolos un rato largo; entonces fue que vino la hija, tan alhajita y él le dió un golpe en el hombro, pero élla no se molestó; por eso siguieron jugando tan lindo en toda la tarde, hasta bien en la noche. Nada no decía la comadre María y eso que él ha ido repetidas veces a visitar-la llevándole regalos, y hasta un pañolón; ahí fue lo

mejor. ¡Sí se casaría con ella! Pero ahora que no tenía nada, ni a dónde llevarla.

Tarabata estaba sentado en una esquina del terreno, fiero y silencioso, apretado en sus músculos para no estallar de ira, cuando entraron unos hombres con arados y herramientas y se pusieron a trabajar en su terreno, destruyendo todo lo anterior.

Tarabata se refregaba contra la tierra, se estrellaba contra su fuerza y su impotencia.

—¡Amo perro; amo malo!....

Y eso que la alfalfa que sembró de nuevo a de dar magnífica cosecha; para qué dañaban si estaba bien todo eso.

¡Cómo reclamar, con quién reclamar! ¡A quién pedirle justicia, cómo procurarse su venganza!

El correr del arado, rompiendo la tierra hacía un surco largo: tenía la visión exacta para el indio atormentado, de un ser que estaba poseyendo a otro y cada grano de tierra era un reflejo del espasmo sangriento en ese placer estruendoso. Pero a quien poseía un ser extraño y desconocido, a quien maltrataba una fuerza ajena, era a una cosa suya, a algo muy íntimo y sagrado de él; porque sentía llegar los dolores quejosos hasta su virilidad y su conciencia ateridas. Y esa perra tierra que se dejaba poseer y violar, sin tener un grito, sin llamarle a su lado a defenderla. Cogería al primero y lo mataría fácilmente; con el madero suelto del arado destruiría dos cráneos más, los otros huirían y entonces quedaría de nuevo de él, de él sólo como ha sido siempre. Y esas pisadas fuertes y despiadadas a la tierra blanda que se hunde, no debe ser así,

porque a él también le duele la piel, cuando sólo se hinca demasiado con el dedo. Arando más y poniendo buen abono, podrán obtener las mejores legumbres.

¡Tierra puta, tierra carajo!....

Su rostro sudoroso y frenético, brillaba a los reflejos del sol y parecía despedir de la frente y los pómulos, ira violenta y criminal. Había rastreado la tierra, de modo que a su lado se han formado algunos hoyos y él se halla totalmente cubierto de tierra, masticándola y asfixiándose con el polvo. La mano derecha le sangraba por un corte reciente, hecho con un pedazo de vidrio que rodaba cerca.

Tres horas que el indio había estado tumbado en la tierra con las cejas juntas y amenazantes; su boca tenía un rasgo terrible que cruzaba todo el lado izquierdo de la cara, comprimiendo los músculos en un gesto bravo y aterrorizante; ¡pero está inmóvil!; con los ojos bien abiertos, miraba para adentro, a su interior doloroso y vejado. Indio moreno, yo diría que eres una piedra abandonada, y que los filos de tu rocosidad sin pulimentar, tienen coraje vengativo y punzante, hacia los que te miren sin respeto.

—¡Amo perro, amo bandido!....

Esta tierra desgraciada, que ya no era de él, era como una mujer adúltera, de la que debía vengarse, a la que él debía pisotearla, escupirla, afrentarla. No merecía la consideración de nadie, porque fácilmente fue de otro, en su delante, ante su deseo detenido. Quién pudiera destruirla arrojándola lejos, donde nadie la pueda ver, donde esconda su vergüenza promiscuada. Era suya y hoy se deja manosear y

trabajar por otros, descomedidos y groseros; él que le había puesto tanto cuidado y cariño.

Bramaba el gesto de su cara, y sus dedos extendidos tenían un grito pujante, que iba al cielo y abofeteaba al sol.

Todo el día había permanecido inmóvil y estatuario en un rincón del terreno. Una vez la noche sobre sus hombros y sobre su vida, Tarabata desentumeció sus huesos anquilosados durante las horas arrinconadas y tristes, rociándoles con un poco de viento nocturnal.

Se levantó y se escurrió por los pencos hasta el camino; la luz de la luna proyectaba una sombra derrengada y abatida que caía y se levantaba estrellándose en los pliegues del terreno. Vagó toda la noche; alzaba su voz gruesa en un yaraví doliente. Su canto triste se escurría sin sombras, pero la imagen de su dolor se dispersaba en protestas humildes hacia el aire. Salían borracha y tontamente.

Trovador embarrado de páramo y frío; hombre vagabundo, fuerte como el árbol; descienes a un ocaso negro arrastrado por la corriente herrumbra-da de tu casta maldita.

Vagando inconsciente, a la mitad de la noche se encontró frente a su terreno; sus dientes crugieron feroces y comenzó a arrojarle piedras y piedras, las que veía y como podía, hasta caer cansado y quedarse dormido a la sombra de los pencos del tapial.

Al otro día le despertó el ruido de los trabajadores y el andar apurado de hombres y animales.

Se levantó y huyó lejos, desterrándose al desierto de paja, al páramo brumoso y solitario.

Le perseguía incesantemente la idea del adulterio y alimentaba una venganza cruda contra el amo despiadado y ladrón. Dos ánimos se gritaban y chocaban contra su cerebro despertándole de su sueño, oprimiéndole la garganta seca.

Sus ojos erraban desatinados y locos, lloraba en sus yaravíes, y en sus ensueños de venganza febril, se despedaza el pecho con las uñas sedientas. La locura aumenta con el frío y el hambre; en la soledad boquiabierta, Tarabata rugía, espetaba su coraje, y todos los poros destilaban sudor morboso y famélico.

El indio está tendido en la paja, con los miembros sueltos, como regados.

Se levanta desgredado y desorbitado. Corre a lo largo del páramo, corre incansable, fuerte; atraviesa montes y pajonales; sigue corriendo incontenible y absurdo. A lo lejos ve un toro cimarrón, un bello toro salvaje; su rostro se enciende y corre hacia él, como quien quisiera alcanzar anhelante una salvación. Sus ropas y los cabellos flamean al aire, formándole una estela trágica a la carrera de su cuerpo loco. El cimarrón inmóvil le ve venir indiferente; cerca ya, Tarabata de un salto monta sobre el lomo y se engarza bien a la montura cerril. La bestia, al sentir el peso del hombre emprende carrera desenfadada, pendiente abajo, corriendo una distancia apretada de atmósfera obscura y pesada, que sacude su cuerpo y dificulta la marcha. Horas de correr desmanado, cruzando bosques, atravesando llanuras. La bestia cada vez se precipita en la ca-

rrera, y parece una sombra veloz que cruzara el espacio tangenciando al suelo.

De pronto, saliendo de la bruma, se descubre a un paraje claro y asoleado, como una gran claraboya, donde se extiende una tierra plana y cultivada. Muy lejos, casi indivisible, grupos de hombres que se mueven y agitan. Tarabata dirige la bestia hacia el grupo, y en la carrera espantada va dejando una gruesa y espesa cortina de polvo amarillento. El grupo se precisa cada vez, y en él se enciende una ansia frenética de llegar a ellos; a pocas cuabras alcanza a conocer entre los hombres al amo ladrón, y corre en dirección suya. Pasando junto a él, le apresa con un lazo en la cintura, se amarra con el otro extremo del cabo y a esa carrera veloz, arrastra despedazándole el cuerpo y la vida. Tiempo han corrido así, dejando carne desgarrada y sangre del amo, untándose en las piedras del camino. Imposible detener, se dirigen hacia un abismo profundo. La carrera precipitada de la bestia no pudo evitar la caída y se hunde con jinete y hombre arrastrado, y ruedan, ruedan como pelotas de caucho, destrozándose, mutilándose a cada choque con las piedras, dejando el pensamiento embarrado a las peñas.

De pronto Tarabata, chorreando sangre, alcanza a cogerse de un racimo de pajas y se abraza, deteniéndose violentamente, produciendo un estremecimiento en la tierra y en su cuerpo.

El indio despierta del sueño fatigante. Estaba abrazado de una mata de paja, con el cuerpo resbalándose a una pequeña hondonada; tiene el pecho y la ropa destrozados por sus manos convulsas.

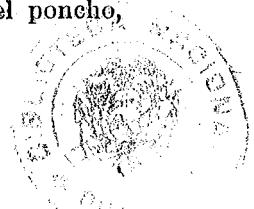
La carne macerada con las uñas, sangra abundantemente y está casi todo él, manchado de sangre y de tierra; un sudor frío y tétrico resbala de su cuerpo. La cara felina tiene un acento victimario. El sueño que encendió sus nervios como un poseído ha rendido su cuerpo y con la cabeza pegada al pecho, respira anheloso y fatigado.

Bien claro habla su sueño a este incesante y atroz deseo de venganza. La acción subconsciente ha traducido, adelantándose a la intención real: su intención de justicia, de venganza despiadada, feroz.

Doblado por el peso que sobre sus sienes ejerce la fiebre, Tarabata se sienta en su cansancio, y sobre los labios cruza una sonrisa rasgada, fuerte; sonrisa de placer diabólico, maldiciente, mazoquista.

Su deseo de venganza es grande; destrozar, matar, incendiar; vomitar muerte a todos los rostros; acuchillar al amo, embriagarse bebiendo esa grande odiada. Pero todo queda en su humanidad. Tal vez es un cobarde. En su alma atormentada se sienta un plomo pesado y frío de impotencia.

Pobre indio abandonado, tu coraje no tiene un hecho puntiagudo. Y no es que sólo seas tú; no sois cobardes; estás vencido y agotado en junta de todos tus hermanos. No es que te falte fuerza para ahorcar a un hombre, para clavarle una puñalada hasta el mango al hombre de tu odiosidad, sino que eres por demás egoísta para que se levante la poblada de tu protesta. Yo quisiera izar tu poncho y hacer bandera revolucionaria: pero acuérdate de seguir en la hora, al eco del primer grito y levanta tu alma cuando el viento flamea las alas del poncho, reclamando justicia.



Tarabata descende del páramo, encorvado y rendido; ceñudo, arrinconándose en el fondo de su última humanidad.

Tiene que vengarse de la tierra profana; la tierra adúltera y desleal que se entregó sin palabras al otro que vino, alevoso y arbitrario. Esa tierra ha de quedar estéril y marchita. El sabe cómo, nadie ha de tomarla más, ni nadie atreverse a usarla.

Deshumanizará este pedazo de suelo; a de castigarla con una mancha eterna, para que ningún hombre se atreva a tocarle. Que al pasar junto a ella se sienta el frío de la tumba y que la sombra de un cadáver se levante increíblemente, e increpe al que la toma.

El debe enterrar un muerto en medio de ese terreno; colocando un cadáver ningún nativo podrá entrar, menos aún, sembrar, profanando la memoria gélida de la muerte; que se aridesca este gran sepulcro trágico y doloroso.

Temblándole los dientes, avanza mudo, con los ojos prendidos en una visión.

Camina tamboreando sus pies descalzos y pesados en el carretero arenoso: va ha enterrar un hombre en la tierra traidora. Y él lo hará: con su fe en el pasado, con su fanatismo analfabeto; él pondrá un hombre en ese sepulcro nuevo y espeluznante.

En medio de la noche, una sombra descompuesta y bestial descubre una fosa; tiene trabajado un metro de profundidad con aliento extraño. Tarabata se acuesta en el fondo y deja caer la tierra resbala-

da por un tablón. La tierra va cubriendo su cuerpo: manta arenosa, deleznable y final; Tarabata va perdiéndose, se pierde, se entierra....

Tarabata vengador y justiciero: alzaste hacia tus Dioses la voz y ellos oyeron para ayudarte a cumplir la sentencia de tu justicia.

Indio pobre, indio bueno; como los caminos: analfabeto.

FIN

Jorge Fernández

Los libros de América, son libros jóvenes.

INDICE

Jorge Fernández, por Benjamín Carrión.....	1
Espejismo.....	5
, el hombre innumerable.....	13
Acerca del hombre que era todo como un tornillo.....	25
Generaciones proscritas.....	41
Cansancio.....	55
Antonio ha sido una hipérbole.....	77
Motivos de una agonía.....	105
Madera de Sergio Guarderas.....	135
Tierra del Indio.....	137

Pedidos y canjes al autor:
Apartado 466
Quito — Ecuador

ESTE LIBRO SE ACABÓ
DE IMPRIMIR, EN FEBRERO
DE 1933, EN LA IMPRENTA
L. I. FERNÁNDEZ.—QUITO.

